



\* UN DIA DE SIROCCO. \* — (CUADRO DE GIOVANNI COSTA.)

## 4 + M.

### EPISODIO DE CAZA Y PESCA

POR EL DOCTOR THEBUSSEM.

**Q**ASI todas las aventuras cinegéticas se hallan tan avecinadas con la fábula, y es tan escaso el crédito que merecemos los cazadores, que necesito protestar una, dos y tres veces de la certidumbre de cuanto voy á referir.

Figúrate, lector, seiscientas hectáreas de terreno llano y arenisco pobladas de acbuchos, chaparros, jaras, carrasacas y palmitos; figúrate lagunajos, arroyos, zarzas, juncias, cañas y todas las variedades de maleza que producen los tartesios campos, creciendo hasta aprisionar las ramas de árboles corpulentos como sucede en los bosques de Australia; figúrate una torre árabe alta, robusta, sólida y elegante, coronada con restos de carcomidas almenas; figúrate, por último, varias aceñas de arquitectura moruna que aprovechan las aguas de aquel terreno, sirviéndole al mismo tiempo de bella y pintoresca orla, y tendrás idea del campo de *Ben-Halluz*. En seis siglos de dominación no han podido el hacha y el fuego del cristiano esquilmar la finca ni destruir las obras musulmanas. En *Ben-Halluz* siempre se admira el lujo de la Naturaleza y se recuerda siempre la dominación de los agarenos.

Dicen antiguos pergaminos con letras minúsculas de oro y colores, que este castillo hubo de ganarlo trabajosamente Don Alfonso el Sabio, después de conquistar á Medina Sidonia, en cuyo término se halla; y agregan que en 1271 lo

donó, con sus tierras, montes, fuentes y rios, á fray Juan Martín, primer obispo de Cádiz. Desde este dueño pasó, en 1422, por precio de cuatrocientas doblas de oro moriscas, á D. Pedro Gonzalez, tesorero y canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, quien, dudando de la validez de los títulos de propiedad, hizo que se confirmasen por privilegio rodado de Don Juan II, fecho en Valladolid en 1434. Poco tiempo después, ó sea en 1439, vendió el D. Pedro Gonzalez, en mil doblas de la banda castelana, la *Alcaria é Castiello de Benalú* al concejo, alcaide, alcalde, alguaciles, caballeros, escuderos, regidores, jurados y hombres buenos de la villa de Medina Sidonia.

Todo este preámbulo (que se pudiera muy bien excusar), es para decir que mi primera expedición de caza se verificó en *Ben-Halluz*. Una ligera y excelente escopeta de piston, que era el mayor adelanto en aquellas calendas, llena de adornos nielados de plata con sus correspondientes pertrechos, formaban mis arreos. Los maestros, consejeros y directores, fueron tres notabilidades de justo renombre en el territorio.

El Padre Cordon, exclaustro franciscano, alto de cuerpo, ágil y valiente por extremo, con más pericia en tirar lobos y gallinetas que en conocer las *Sámulas de Villalpano*; Manuel de Reina, que no solamente era diestro en matar y adobar conejos al igual de un maestro de cocina, sino en cantar seguidillas, cautivando con la guitarra, y Frasquito Gil, á quien, por su certeza en tumbar corzos y

jabatos, le daban el mote justísimo del *Tirador*, pues, como dijo un célebre poeta,

....Lo era tan extremado  
Que nunca erró puntería,  
Clavando siempre las balas  
Donde clavaba la vista.

Yo, que no había pasado de matar un pajarillo en cada cinco tiros, podía considerarme junto á aquellos principes de la escopeta como el ricacho de una aldea de Galicia al lado de los Salamancas, Urquijos ó Manzanedos.

La hermosa cuadra de la torre del homenaje de *Ben-Halluz* lleva años, y aun siglos, de hallarse entregada al brazo secular del campesino. De las labores, leyendas, taraceas y ajimeces que cubrían y adornaban sus muros y gallarda bóveda, no quedan más que vestigios carcomidos por la humedad y por el tiempo. Hoy adornan las paredes groseros clavos de madera, que sostienen frenos, espuelas, escopetas, ristas de ajo, mantas, alforjas, capachos y otros menesteros de campo y de labranza.

Delante del gigantesco hogar en el cual ardía un mediano monté de leña, y en torno de la escasa superficie de la mesa, nos hallábamos cazadores y comensales, haciendo la digestión del gazpacho, pernil, queso, nueces y alfajores, que con riego de buena manzanilla de Sanlúcar había sido nuestra cena. Se hablaba de caza, refiriendo lances y sucesos en el estilo difuso y con las exageraciones y ponderaciones peculiares del vulgo andaluz. El tío Bernardo de Cozar, colono del cercano molino de Abeancos, se con dolía amargamente de los grandes daños que unas malditas zorras, burlando toda clase de trampas y armadillos, hacían en su palomar y gallinero. El senado de los oyentes confirmó la justicia y la verdad de aquellas quejas, asegurando que las raposas de la dehesa de Rejuelga, nacidas en la tierra del moro, y que pasaban á nado el estrecho de Gibraltar, excedían en talento y lucés al hombre más sabio y astuto. Adujeron como probanza el caso de dos célebres zorras de dicho país, cuya habilidad llegaba al extremo de ladrar y maullar fingiéndose perros ó gatos, y de disfrazarse de cabras cubriendo su cuerpo con pieles y cuernos que ellas mismas habían preparado al efecto. En resolución, después de mucho hablar y discutir, se averiguó, con más certidumbre que si se tratara de la órbita de un astro, el derrotero que seguían y la hora á que llegaban las alimañas al corral de Abeancos. Con tales antecedentes Manuel de Reina condenó á muerte á las zorras, agregando que no habían de salvarlas todas sus camándulas y bellaquerías, ni aun la misma bula de Meco. El Padre Cordon y Frascoito el *Tirador* confirmaron el fallo, y dispusieron que la sentencia se cumpliera á las seis en punto de la mañana del siguiente día.

Me aconsejaron que no asistiese á tan árdua empresa, porque la espesura del monte y la cantela y maestría que para el caso se necesitaba, pudieran estropearne y descomponer la fiesta.

Á las siete no habían regresado los cazadores. Viéndome solo, tomé la escopeta con intención de pasear por aquellos contornos, seguido de un perro advenedizo que voluntariamente quiso acompañarme. Pasados quince ó veinte minutos de camino, sin recordar siquiera que llevaba escopeta y podenco, éste dió un ladrido agudo, estridente y alegre; corrió en derredor de una zarza, y por último saltó con gran

ligereza, trayendo un conejo en la boca. Abandoné el arma para quitar su presa al verdadero cazador. Éste huía de mí; pero al fin, después de una lucha moral de astucia y de bajeza, logré arrancar de sus dientes el conejo. Acaricié al podenco, y le hice más halagos que candidato á elector influyente del distrito. Recogí la escopeta y seguí adelante con mi compañero, alejándome á paso largo de *Ben-Halluz*.

Comenzaba á saborear mi alegría, cuando el perro latió otro conejo.... y otro despues.... y otro luego. Dueño de las cuatro piezas, empecé á madurar un delito. No quería que fuesen testigos ni el can ni las distantes almenas del castillo. Á aquel cometí la ingratitud y la vileza de echarlo á punta de guijarro, y de éstas me oculté en la hondonada ó cauce viejo de un arroyo. Mi plan era dar un tiro á cada conejo para figurar que los había matado el plomo de la escopeta. Este proyecto resultó irrealizable, porque yo no traía más municiones que las encerradas en el cañón del fusil.

Imaginé entónces arrebucarse en junto á los muertos. Hacia de esto un tercio de siglo, y tengo la escena tan presente como si hubiese pasado en el día de ayer. El corazón me palpitaba de un modo violento. La idea de que faltase la escopeta, me estremecía tanto como pudiera espantar á Julio Gerard la presencia de un león. Recorrí aquellos cortornos para cerciorarme de que no tenía más espectadores que los árboles. Ningun falsario ni ladrón tomó en su vida tantas precauciones. Sobre una piedra llana y limpia, que salía de la tierra como tres palmos, coloqué los cadáveres de vuelta encontrada; es decir, alternando la cabeza de uno con las patas de otro. Me retiré veinte pasos; la distancia me pareció larga, y la fui acertando hasta quedar en la mitad ó menos; busqué la rasante del tiro con la superficie de la peña; hincé una rodilla en tierra; monté la escopeta, apoyándola, para mayor seguridad, en las ramas de un cambron; apunté.... recogí el aliento.... hice fuego.... y pum....

Los conejos desaparecieron como por ensalmo, y creí por un instante que se habían marchado. Hallábanse en el suelo destrozados y empujados por el tiro. Los metí precipitadamente en el zurrón; volví á registrar los alrededores para convencerme de la soledad en que me hallaba, y más ufano que el Cid Campeador tomé á paso largo el camino de la torre. Creí que la jugada estaba hecha, pero aun faltaba el rabo por desollar.

Cuando llegué á *Ben-Halluz* se encontraban allí los maestros.

—¿Murieron por fin esas zorras?—les pregunté.

—En paz descausen—dijo Manuel de Reina.

—¿Y quién las mató?

—La escopeta del Reverendo Padre Cordon.

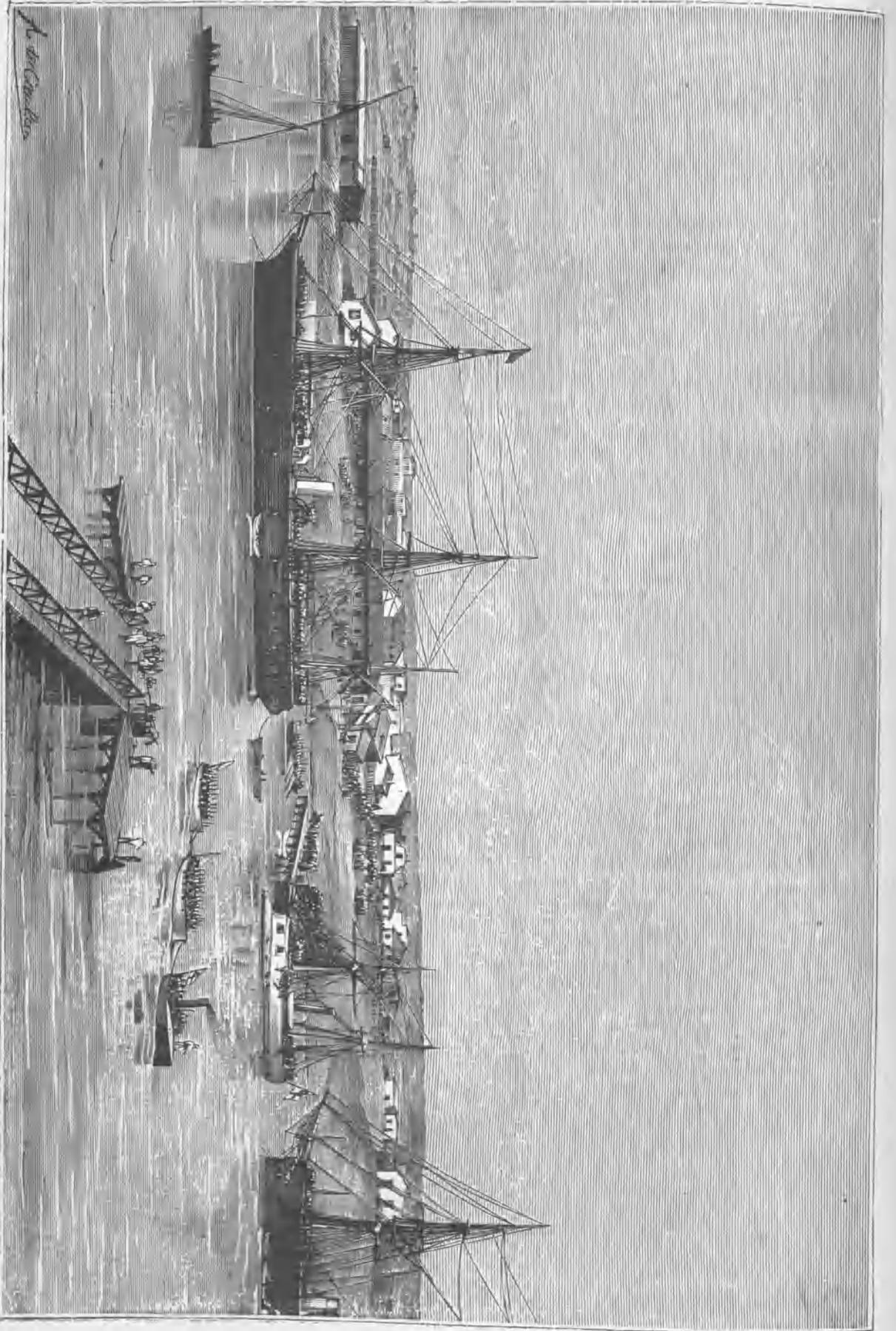
El Padre, á causa de su estado, tenía la delicadeza, ó la costumbre, de no decir nunca *yo maté*. Todo lo refería á su escopeta, como si ella se disparase por impulso propio y de un modo sobrenatural y milagroso.

—Y tú ¿qué has hecho?

—Yo, mi querido Cordon, poca cosa. Tu seráfico Padre San Francisco me ha favorecido. Aquí tienes. Y con estudiada calma é indiferencia saqué una pieza del morral.

—¡Bien! ¡bravo! ¡magnífico!....—exclamaron mis maestros; por ahí se empieza.

Y en seguida fui arrojando con orgullo á los pies del tribunal el segundo.... el tercero.... y el cuarto conejo.



CANAL DE SUEZ.—ESTACION DE «EL-KANTARAH»

La sorpresa, la admiración y el asombro se pintaron en las caras de aquellos jueces. Acudieron los guardas, pastores, mayordomos y capataces de la casería, atestiguando todos que mi ausencia no llegaba á una hora, y que habían escuchado los tiros....

Los médicos más hábiles y escrupulosos en practicar una autopsia no registran el cadáver con la prolijidad é interes con que aquellos hombres examinaban el tiro de cada conejo.—Este tiene deshecho todo el cuarto trasero; á ése le falta media cabeza; aquél no conserva ni señal del plomo, y á estotro le han rozado los perdigones una oreja.—¡Qué tiros tan raros!—decían en coro y mirándome á la cara el Padre Cordon, Manuel de Reina y Frasquito el *Tirador*. El célebre Goya hubiera pintado un gran cuadro con solo copiar la escena que refiero.

Después de mil preguntas, que me ponían en grave aprieto, y de manifestar que yo mismo no podía dar cuenta de las minuciosas explicaciones que ellos deseaban, resultó lo siguiente: Que dos de los conejos se habían tirado á boca de cañon, y otros dos á larguísima distancia; y que el golpe de un grano de municion casi frio puede, sin que resulten señales, cortar la vida de un conejo. Citáronse casos prácticos que confirmaban semejante doctrina, y con gran contento mio terminó aquella terrible indagatoria, apresurándome á colocar la escopeta vacia junto á los arrees de caza que dejé olvidados, y cuya circunstancia, por lo rara quizá, pasó inadvertida para los circunstantes. Todos ellos creyeron á pié juntillas que el discípulo se había estrenado en buena lid, y así lo publicó la fama trompetera entre los cazadores y aficionados de la comarca.

Al poco tiempo volví á *Ben-Halluz*. En el acto fui al teatro de mi hazaña y hallé en el antiguo cauce la piedra limpia, dura y hermosa que sirvió de altar para el sacrificio, conservando aún señales de los perdigones.

Quise marcar un signo que perpetuase á mis ojos el lugar de la aventura, y con cincel y martillo grabé esta especie de leyenda algebráica:

4 + M

en la cual no decía *cuatro más eme*, sino que, considerada la cruz como señal, el guarismo y la letra eran abreviatura de las palabras CUATRO MUERTOS. . . . .

Á los veinte y tantos años de estos sucesos, que por primera vez revelo, el dueño de unas tierras colindantes con *Ben-Halluz* quiso dar un ensanche de treinta ó cuarenta hectáreas á su finca, y promovió el deslinde de la misma. Los golillas otorgaron lo que se les pedía, por ser de justicia, y considerando que segun el dictámen de los peritos y reconocimiento judicial la piedra con la CRUZ, el número CUATRO y letra EME, que se halla en la cuenca del Arroyo Viejo, es indudablemente y segun dichos signos confirman, el antiguo CUARTO MOJON de la dehesa de *Ben-Halluz*, que por olvido y á causa, tal vez, de la hondonada en que se halla no se mencionó en el apeo practicado el año de 1690.....

Al llegar aqui solté la carcajada y los papelotes forenses, calculando que un aficionado á escribir máximas podia apuntar en su libro que EN MIL OCASIONES EL CAZADOR CON LOS OJOS ABIERTOS Y LA JUSTICIA CON LOS OJOS VENDADOS, NO SUELEN VER MÁS ALLÁ DE SUS NARICES.

De lo expuesto se infiere que si el cazador fui yo, el pescador fué otro.

EL DOCTOR TREBUSSEM.

Medina Sidonia, Julio de 1883 años.



«FLOR DE LOS CAMPOS.»—(CUADRO DE DANIEL STRAIN.)



DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.  
BUEN SOLDADO, MEJOR POLITICO, DISCRETO POETA Y GRAN HISTORIADOR.  
Nació en Granada, en 1503. Murió en Madrid, en Abril de 1575.

# DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

## APUNTAMIENTOS ACERCA DE SU VIDA Y SUS ESCRITOS.

.... El gran Mendoza,  
Diplomático, prócer, estadista,  
Y que de historiador y novelista  
Al par que de poeta,  
Lauro inmortal conquista.

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.—  
*La Espada y la Lira, epístola.*

### I.

CONSIDERACIONES ACERCA DE LO QUE SUELE ENTENDERSE POR TALENTO, CON MOTIVO DE LA VARIEDAD DE ESCRITOS Y OCUPACIONES DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

**F**ALSA es á todas luces la teoría de los pensadores sensualistas, que dicen que la palabra es el origen de nuestras ideas. Entre lo que el escritor concibe y lo que consigue expresar por medio de la palabra, existe casi siempre inmensa distancia. Aparte de que los sentimientos, en lo que tienen de más profundo, de más íntimo, de más personal, son y serán siempre inefables. La palabra es impotente para expresar el dolor que raya con la desesperación, ó la alegría que se manifiesta en la sonora carcajada que priva por el momento de la facultad de hablar.

Y sobre las dificultades de carácter permanente que siempre existen para expresar por medio de la palabra todo lo que conciben y todo lo que sienten los seres humanos, existe también, en ocasiones, otra dificultad transitoria, que aparece cuando el valor histórico de una calificación no se halla de acuerdo con lo que razonada y exactamente debiera significar aquella calificación. Así acontece en el momento actual, en que nosotros deseamos establecer con exactitud la verdadera y real distinción que existe entre lo que generalmente se llama talento, y sólo debiera llamarse aptitudes especiales para tal ó cual orden de la actividad humana, y lo que debiera ser designado con tan honrosa calificación.

Se cree por la generalidad de las gentes, por aquella multitud á la cual Cervántes llamaba vulgo, siquiera estuviere formado de señores y príncipes; se cree por el vulgo de las gentes, que el autor de hermosos cuadros ó de bellas poesías necesariamente han de ser personas de talento; y sin embargo, de vez en cuando tal creencia no suele resultar de todo punto verdadera. La aptitud especial para escribir poesías, pintar cuadros, modelar estatuas, resolver problemas matemáticos, en suma, la aptitud especial que pide cualquier orden de la actividad humana, no siempre se halla informada en el carácter de generalidad que debe tener el verdadero

talento. De aquí se infiere que la valía intelectual de los personajes históricos es tanto ménos controvertible, cuanto mayor es el número de las diferentes esferas en que han demostrado sus aptitudes especiales; y por esta causa aparecen tan grandes muchos insignes varones, que llenan con la relación de los hechos de su gloriosa vida inmortalizadas páginas de nuestra historia patria durante los siglos XVI y XVII.

Á este número de insignes varones pertenece D. Diego Hurtado de Mendoza. Poeta, acepta en sus versos la reforma de la poesía castellana, conforme al gusto italiano, pero sin olvidar la tradición de nuestros antiguos escritores; historiador, escribe apasionándose de lo que cree justo y verdadero, sin que le ciegue el amor á su patria, ni siquiera el afecto á las personas de su propia familia; novelista de costumbres, se inspira en la realidad de la Naturaleza y de la vida humana, necesario fundamento de toda belleza en este género de obras literarias; diplomático, mantiene briosa y hábilmente los fueros de lo que entiende como justos derechos de la grandeza de su patria y del Emperador á quien representa; caballero sin tacha, si se cree herido en su dignidad personal, pone en olvido todo cortesano miramiento, y arroja por un balcón del regio alcazar el arma con que procuraba herirla el menguado que provocó su noble indignación.

El talento, la aptitud general para llevar á feliz remate todo género de empresas y la energía para mantener sus convicciones, lo mismo con la pluma del escritor que con la espada del caballero; tales son los rasgos que caracterizan al soldado, diplomático, historiador, poeta lírico y novelista D. Diego Hurtado de Mendoza, de cuya vida y obras literarias vamos á ocuparnos en el presente escrito.

### II.

PROSOPÍA ILUSTRE DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA:  
SU PATRIA: SUS ESTUDIOS Y SUS PRIMEROS SERVICIOS  
MILITARES.

Nació D. Diego Hurtado de Mendoza en la ciudad de Granada (1), á fines del año de 1503 ó á principios del siguiente: su padre, uno de los más célebres generales que sirvieron á los Reyes Católicos en la conquista de aquel reino, fué don Íñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla y prí-

(1) Decimos que D. Diego de Mendoza nació en Granada porque así lo afirman todos sus biógrafos; pero la verdad es que D. Tomás Tamayo de Vargas sostiene, al parecer con algún fundamento, que es natural de Toledo; y hasta ahora nosotros no conocemos ningún documento en que se demuestre que el autor de *El Lazarillo de Tordes* es granadino, y no toledano, como pretende que sea el comentarista de Garci-Lasso.

mer Marqués de Mondéjar, hijo del Conde de Tendilla que fué hermano entero del primer Duque del Infantado, don Diego Hurtado de Mendoza, y ambos hijos del célebre don Íñigo Lopez de Mendoza, primer Marqués de Santillana y conde del Real: su madre, D.<sup>a</sup> Francisca Pacheco (D. Nicolás Antonio la llama D.<sup>a</sup> Juana), segunda mujer del Marqués, era hija de D. Juan Pacheco, Marqués de Villena y primer Duque de Escalona. Fué el quinto entre sus hermanos, que todos han merecido honroso lugar en nuestra patria historia: D. Luis, el primogénito, capitán general del reino de Granada, y después presidente del Consejo; don Antonio, virrey en ambas Américas; D. Francisco, obispo de Jaén; y D. Bernardino de Mendoza, general de las galeras de España. Consta también que tuvo dos hermanas: D.<sup>a</sup> Isabel, que casó con D. Juan Padilla, y D.<sup>a</sup> María, mujer de D. Antonio Hurtado, conde de Monteagudo.

Dícese, no sin fundamento, que la instrucción que recibió D. Diego de Mendoza en su niñez y en los primeros años de su juventud, debió ser muy esmerada; y como por aquel entonces el célebre italiano Pedro Mártir de Anglería vino á España bajo la protección del primer Conde de Tendilla, y este sabio maestro tuvo correspondencia epistolar con el padre de nuestro D. Diego, no es aventurada la suposición de que franquearía al nieto de su protector los tesoros de su ciencia, como lo hizo con gran número de los hijos de los magnates de aquella época (1). Parece que en estos tiempos de su niñez y de su adolescencia fué cuando el futuro historiador de la *Guerra de Granada* comenzó á aprender los rudimentos de la lengua arábiga, que cultivó después durante toda su vida. Ya más entrado en años, pasó el joven hijo del primer Marqués de Mondéjar á la Atenas de España, á la célebre ciudad de Salamanca, en cuya Universidad cursó latín, griego, filosofía, y derecho civil y canónico. Por esta época es cuando se cree que escribió el D. Diego la famosa novela picaresca intitulada: *Vida de Lazarillo de Tormes*.

«Inclinado por su genio, dice un biógrafo de D. Diego de Mendoza, á engolfarse en acciones de mayor estrépito y renombre, pasó á Italia, y militó muchos años. No consta en particular, añade este mismo biógrafo, las guerras ni las campañas en que se halló; pero hablando él mismo del mal aparejo y desórdenes que veía en la guerra de Granada, los compara con los numerosos ejércitos en que yo me hallé, dice, guiados por el emperador Carlos, y otros por el rey Francisco de Francia; de donde se puede conjeturar se halló en el ejército que sitió á Marsella en 1524, y en la batalla de Pavia, en que afirma Sandoval que se distinguió la compañía de D. Diego de Mendoza, que es favorable conjetura para creer fuese nuestro autor; si bien eran algunos los que en aquel mismo tiempo se conocían con el mismo nombre y apellido, que no se puede

(1) En el siglo histórico de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica que escribió D. Diego Clemencín, se lee lo siguiente: «En 1487, el Conde de Tendilla, embajador en Roma, había convidado á venir á España y traído consigo á Pedro Mártir de Anglería, erudito milanés, que se presentó á los Reyes en Zaragoza. Doña Isabel, aunque ocupada á la sazón en los aprestos para continuar la conquista del reino de Granada, deseó que Mártir de Anglería se dedicase á la enseñanza de los jóvenes palaciegos; y aquí relata Clemencín la forma en que se realizó el propósito de la Reina Católica; pero lo copiamos sus palabras, porque con lo ya escrito se halla cumplido el fin que nos proponíamos en la presente nota.

«afirmar por cosa cierta. Igualmente es verosímil que concurriese á la guerra que se hizo contra Lautrech, sobre el edicaco de Milan, y á la batalla de Bicoca, en 1522, así como á la entrada de Carlos V en Francia, en 1536. Lo cierto es que aun siguiendo la inquietud y estruendo de las armas, manifestaba su ardiente inclinación á la literatura, y en el tiempo de invierno, en que aquéllas regularmente permitían más descanso y ociosidad, dejaba los cuarteles y pasaba á las más célebres Universidades, como Bolonia, Padua, Roma y otras, para aprender de los maestros de mayor mérito, matemáticas, filosofía y otras ciencias. Oyó entre estos maestros á Agustín Nifo y á Juan Montesdocca, famoso filósofo sevillano, muy aplaudido y premiado en las Universidades de Italia, y que murió en 1532.»

Se ve, pues, por los párrafos que de copiar acabamos, que los servicios militares que prestó durante su juventud Don Diego Hurtado de Mendoza nos son enteramente desconocidos; y que sólo por conjeturas más ó ménos fundadas, pueden señalarse las guerras y campañas en que es probable que tomase parte, y sólo también conjeturalmente cabe decir que el capitán D. Diego de Mendoza, que mandaba una compañía que se distinguió por su esfuerzo en la batalla de Pavia, tal vez sería la misma persona que el estudiante de Salamanca, de quien se dice que en sus ratos de solaz había escrito la *Vida de Lazarillo de Tormes*.

Las biografías de D. Diego Hurtado de Mendoza últimamente publicadas suelen dar como hechos averiguados las fundadas conjeturas acerca de los servicios militares de este personaje, que ántes trascribimos; pero en verdad, que lo único que se sabe con certeza es que el historiador de la *Guerra de Granada* militó durante su juventud en los ejércitos que guiaba el emperador D. Carlos V, pues así lo dice él mismo en las páginas de su justamento celebrada y famosa historia (2).

(2) Escusas y confusas son las noticias que existen acerca de las particularidades de la vida de Hurtado de Mendoza. Don Baltasar de Zúñiga, autor de la *Breve memoria de la vida y muerte de D. Diego Hurtado de Mendoza*, que se publicó acompañando á la primera edición de la *Guerra de Granada* (Lisboa, 1627), y se reprodujo en la segunda (Madrid, 1674); D. Baltasar de Zúñiga se limitó á referir, con exagerada concisión y sin precisar fechas, algunos de los acontecimientos de más bulto en la vida de nuestro D. Diego; y Lopez de Sedano, en la biografía que se halla en su *Personas Españolas*, poco añadió á lo que ya había dicho el mencionado biógrafo.

El célebre Ticknor, en su estimable *Historia de la Literatura Española*, afirmó que la biografía que precedió á la edición de la historia de la *Guerra de Granada*, hecha en Valencia, en 1770, por D. Benito Monfort, estaba escrita por D. Íñigo Lopez de Ayala, y esta afirmación fué aceptada como verdadera por D. Cayetano Rosell y el Dr. William I. Knapp, autores respectivamente de las biografías de D. Diego de Mendoza, que se hallan en la *Biblioteca de Autores Españoles* y en la *Colección de libros españoles raros y curiosos*, publicada por el Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Rancho Rayon, si bien uno y otro escritor creyeron equivocada el nombre de Íñigo, y dijeron que el autor de la tragedia *Numancia*, D. Ignacio Lopez de Ayala, era el biógrafo á quien Ticknor se refería. Nada más absurdo que todo esto. En la *A advertencia del editor* de la edición de la *Guerra de Granada*, publicada en Valencia, en 1840, después de destruir el error cometido por D. Nicolás Antonio al decir que la primera edición de este libro se publicó en Madrid, en 1610, siendo así, como ya ántes dijimos, que fué en Lisboa y en 1627, había de otras varias ediciones, diciendo que parece que las promesas de Valencia tomaron á su cargo perpetuar la obra del Salustio español, pues la reimprimó en dicha ciudad, en 1730, Vicente Cabrera, y Salvador Bailó en 1766; y finalmente, añade, en 1776 la volvió á dar á la estampa nuestro infatigable D. Gregorio Mayans, en la oficina de D. Benito Monfort, adornándola con una docena vidas del autor y su retrato. Parece, pues, que la *Vida de D. Diego Hurtado de Mendoza*, que Ticknor, Rosell y Knapp atribuyen á

## III.

MISIONES DIPLOMÁTICAS DE HURTADO DE MENDOZA EN VENECIA Y EN EL CONCILIO DE TRENTO: SU GOBIERNO EN LA CIUDAD DE SIENA, Y SU EMBAJADA EN ROMA.

La vida de D. Diego Hurtado de Mendoza, á contar desde el año de 1538, en que ya desempeñaba el cargo de embajador en Venecia, corre enlazada con los acontecimientos políticos de mayor resonancia en la primera mitad del siglo XVI. Otorgó el invicto César Carlos V á Hurtado de Mendoza señaladas muestras de su singular estima, confiándole la ya dicha representacion diplomática en Venecia, con el fin de que evitase que esta aristocrática República, rompiendo la liga que habia hecho con el Papa y con el mismo Emperador para amenguar el poderío del turco, se aliase con Francia; nombróle despues gobernador de Siena, ciudad levantisca y que dificilmente soportaba la dominacion de los españoles; y andando el tiempo, en 1542, le mandó que pasase á Trento en compañía del gran canciller Granvela y su hijo el obispo de Arras, para que le representasen en el Concilio que en dicha poblacion habia de verificarse; pero sin que por esto dejase su embajada en Venecia, ni su gobierno de la ciudad de Siena.

Don Gregorio Mayans, en la biografía del autor de la *Guerra de Granada* que precede á la edicion de esta obra, hecha en Valencia, en casa de D. Benito Monfort, refiere larga y detenidamente los servicios prestados al Emperador por don Diego Hurtado de Mendoza, ora demostrando al Senado veneciano la inconveniencia de romper la liga santa contra el turco, ora evitando con sus acertadas consideraciones que el Emperador viese al Papa los estados de Milan y Siena, como ya habia vendido á Cosme de Médicis las fortalezas de Florencia y Liorna (1), ora sosteniendo enérgicamente las preeminencias que correspondian al Emperador y á sus representantes en el Concilio tridentino, y ora, por último, contribuyendo con las tropas que levantó al asedio de la ciudad de Siena, armada en armas en ausencia suya, y despues reuniendo gente en la Romanía para defender las costas de Italia, amenazadas por los turcos, y enviar á los ejércitos de

Lopez de Ayala, está escrita por D. Gregorio Mayans; y así tambien pertenece á cuervo la varia erudicion que en sus páginas se halla, tan propia de la docta pluma de aquel sabio valenciano.

Los biógrafos de Hurtado de Mendoza, posteriores á Zúñiga, Sedano y Mayans, que son los Sres. Rosell, Knapp y el anónimo autor de la noticia biográfica que precede al tomo XII de la *Biblioteca clásica* (libros en prosa de D. Diego Hurtado de Mendoza, Madrid, 1881), no han añadido ninguna noticia de importancia á las anteriormente citadas; y la biografía de D. Diego de Mendoza, que se halla en el tomo del *Semanario Pictórico Español* del año 1843, es sólo un mal extracto de la de Mayans, que, á lo que sea en verdad, es la menos incompleta, aun cuando lo es mucho, puesto que nada dice de los embajadas en Inglaterra y en la corte del Gran Turco, que, segun parece, desempeñó Mendoza, aunque no se pueden fijar las fechas en que esto se verificó.

(1) En el primer tomo de *Ilustraciones de sucesos particulares* de la *Biblioteca de Autores Españoles*, ha publicado D. Cayetano Rosell un escrito que Mendoza dirigió á D. Luis de Ávila para que este personaje le diese lugar á manos del Emperador, donde se discute con gran libertad acerca de los sucesos que en aquel entonces agitaban á Europa. Por este escrito y por el que hizo para persuadir al Emperador de que no vendiese los Estados de Milan y Siena, escrito que tambien ha publicado el Sr. Rosell en el citado volumen, se confirma la idea, que ya ántes se presume, de que el varonil carácter de D. Diego de Mendoza le impulsaba á mantener sus convicciones, siquiera fuesen contrarias á las del augusto César Carlos V.

6 Africa pertrechos y refuerzos al cargo de Antón Doria y D. Berenguer de Requensas.

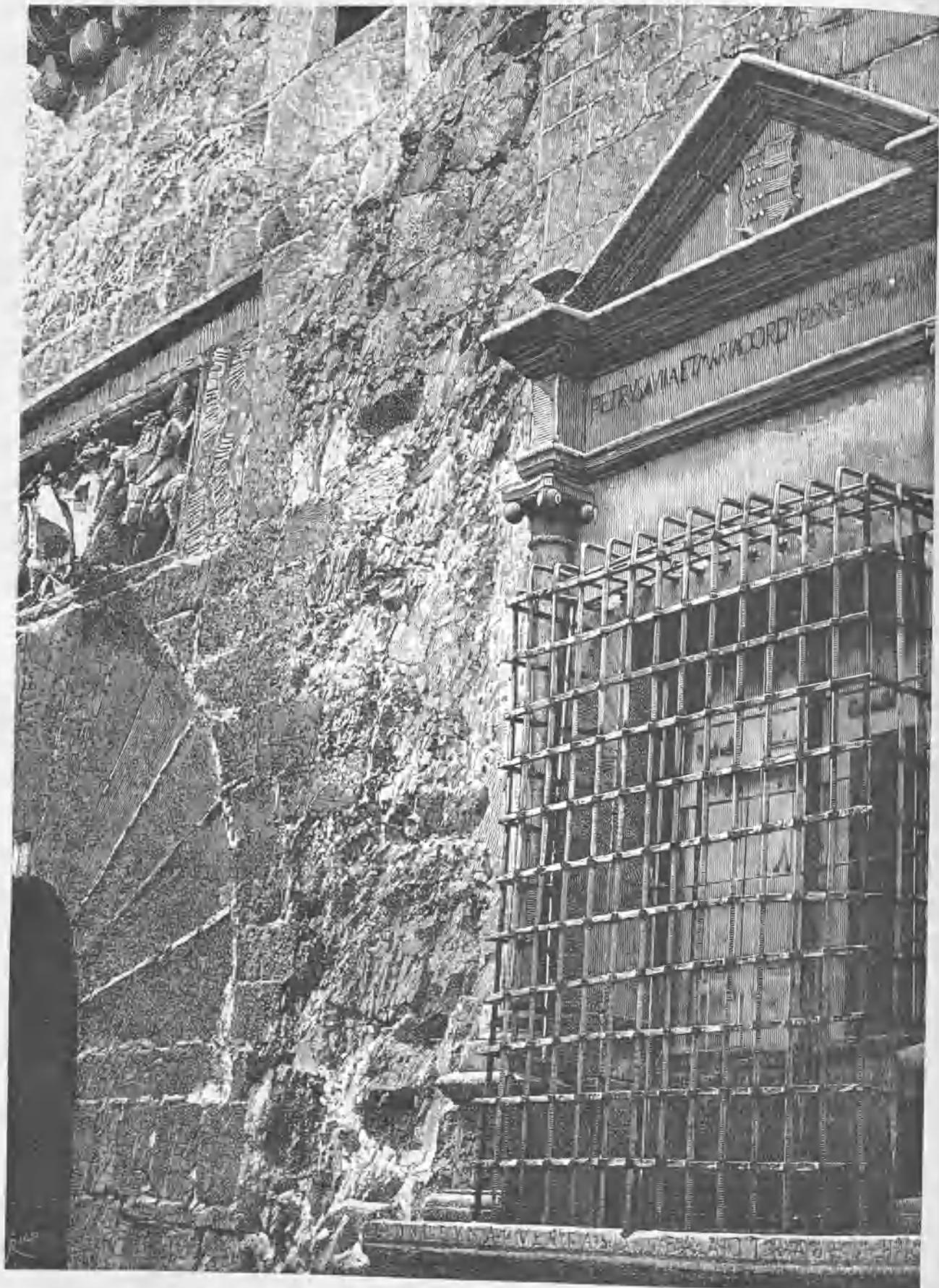
Recordando estos servicios militares y políticos de D. Diego de Mendoza, y recordando tambien el mérito de las obras literarias del capitán general de Siena y del embajador de Carlos V en Venecia y en Roma, se comprende que no son exagerados los calificativos que aparecen en el letrero de la lámina de la Caligrafía Nacional que representa el retrato de este personaje; en cuyo letrero se lee lo siguiente: *don Diego Hurtado de Mendoza, buen soldado, mejor político, discreto poeta y grande historiador.*

Si, buen soldado era D. Diego de Mendoza, pero aun mejor político, y donde mayormente demostró las altas dotes de su enérgico carácter y de su clara inteligencia, fué, sin duda alguna, en el desempeño de su embajada en Roma, cargo para que fué designado por el Emperador, en el año de 1547. Tratábase de trasladar el Concilio que se celebraba en Trento á otra ciudad, y aun quizá de interrumpir su celebracion por plazo indefinido, resoluciones ambas que eran de todo punto contrarias á los deseos del Emperador; y así, para cumplir la mision que se le habia encomendado, al poco tiempo de llegar á Roma el nuevo embajador D. Diego Hurtado de Mendoza, presentó un escrito al Pontífice, alegando las razones que tenia el César Carlos V para oponerse á la traslacion ó suspension del Concilio. Pero todo fué en vano. El Pontífice, que lo era á la sazón Paulo III, respondió negando la validez de las razones que el Emperador alegaba para que el Concilio continuase en Trento; y en la octava sesion que éste celebró, en el día 11 de Marzo de 1548, decidióse la traslacion del Concilio á Bolonia por cuarenta y cuatro votos contra doce que se opusieron, casi todos españoles.

Pintar el enojo del emperador Carlos V al saber esta resolucion de los padres del Concilio, y relatar todo lo que se hizo para evitar que se llevase á cabo la traslacion á Bolonia, traspasaría los límites en que deben encerrarse estos apuntamientos biográficos (2); baste decir que fueron tales y tan enérgicas las reclamaciones que hizo contra la resolucion de que se trasladase el Concilio á Bolonia el embajador don Diego de Mendoza, que todos los historiadores están contestes en referir que en cierta ocasion le dijo el Papa: *que parase mientes en que estaba en su casa, y que no se excediese; á lo cual le respondió D. Diego: que era caballero, y su padre lo habia sido, y como tal habia de hacer al pié de la letra lo que su señor le mandaba, sin temor ninguno á Su Santidad, guardando siempre la reverencia que se debe á un Vicario de Cristo, y que siendo ministro del Emperador, su casa era donde quiera que pudiese los piés, y allí estaba seguro.* Y Pablo Sarpi añade otro rasgo que indica la energia y hasta la violencia del carácter de D. Diego, cuando relata que amenazó al cardenal de Santa Cruz con arrojarle al rio Adige si se obstinaba en aconsejar la disolucion del Concilio de Trento.

Quando la discordia entre el Pontífice y el Emperador ha-

(2) La publicacion del famoso *Interim* (1548) de Carlos V, y el asesinato del hijo del papa Paulo III, Esteban Luis Pucosio, son acontecimientos que acompañan la pluma de quien escribiere una verdadera historia de la vida de D. Diego de Mendoza; pero de tan graves acontecimientos no se puede hablar ligeramente, como por necesidad habria de suceder en estos breves apuntamientos biográficos, y por esta causa nos limitamos á hacer la indicacion que se expresa en la presente nota.



ÁVILA.—VENTANA Y REJA DE LA CASA-FUERTE DE D. PEDRO DÁVILA.  
(De fotografía de Laurell.)

bia llegado á su más alto grado murió Paulo III, en el día 10 de Noviembre de 1549; y en el mes de Febrero del siguiente año ocupó el solio pontificio el cardenal Juan María de Monte, que tomó el nombre de Julio III, el cual estimaba en todo lo que valian las prendas personales de D. Diego Hurtado de Mendoza y le concedía su leal amistad, y sea por estas circunstancias ó por temor al enojo del Emperador si se desatendían sus pretensiones, lo cierto es que el nuevo Papa dispuso que las sesiones del Concilio continuasen celebrándose en Trento, en cuya ciudad se reunió de nuevo el Concilio en 1.º de Mayo de 1551; asistiendo como embajador del César D. Francisco de Toledo, que llegó á Trento el día 29 de Abril del año que de citar acabamos.

Señal es también de la estimación que alcanzaba D. Diego de Mendoza con S. S. Julio III, el nombramiento que este Pontífice le dió de Confalonier ó Alférez Mayor, general que diríamos hoy día, de la Santa Iglesia Romana, con motivo de la guerra contra el Duque de Castro, que á la sazón lo era Horacio Farnesio.

Los cuidados del gobierno de Siena, cargo en aquel entonces más militar que político, como lo demuestra en su mismo nombre, capitán general de Siena; los cuidados del gobierno de Siena obligaron á D. Diego de Mendoza á volver á esta ciudad, en la cual, con el apoyo de los franceses, se preparaba un levantamiento en armas para destruir la dominación española; levantamiento que D. Diego trató de evitar dictando rigurosas medidas, que enconaron tanto los ánimos en contra suya, que un día que paseaba por los alrededores de la ciudad, recibió varios disparos de armas de fuego, y uno de ellos le mató el caballo que montaba. No se atemorizó por esto el gobernador de Siena; pero conociendo que era inevitable el alzamiento en armas de la ciudad, y sabiendo la próxima venida de la armada turquesa para amenazar las costas de Italia, levantó tres mil soldados italianos, que puso á las órdenes de su íntimo amigo el Conde de Petillano; y cuando ya se hubo verificado la sublevación de Siena, contribuyó personalmente á la dirección de las primeras operaciones militares, hasta que, convencido de las grandes fuerzas de los sublevados, á quienes ayudaban los franceses con socorros de hombres y pertrechos, y quizá porque su presencia sería necesaria en Roma para continuar ejerciendo influencia en los asuntos del Concilio tridentino, volvió á desempeñar su embajada en la Corte pontificia, hasta que por un incidente desagradable fué relevado de este cargo. Fué el caso, á lo que parece, que habiendo faltado al respeto debido al Emperador el *baruchelo*, ó sea el jefe de los esbirros, D. Diego le hizo castigar sin auencia de las autoridades romanas, de quien este funcionario dependía; por cuyo hecho se lastimó tanto el amor propio del Pontífice, que se quejó amargamente al César de la conducta de su embajador; y Carlos V, atendiendo á estas quejas, nombró, en los comienzos del año de 1551, á D. Juan Manrique de Lara, hijo de los Duques de Nágera, para que le representase en Roma con el carácter de su embajador extraordinario, ordenándole que se avisase con su antecesor D. Diego de Mendoza, á fin de que éste le señalase los medios más conducentes para poner en ejecución las instrucciones que llevaba con arreglo al estado de los negocios pendientes con la corte romana. Así terminó D. Diego Hurtado de Mendoza su embajada en Roma, habiendo mostrado en el tiempo que la

desempeñó su habilidad diplomática y la energía de su carácter, aunque, quizá en lo concerniente á este último punto, traspasó alguna vez los límites de la prudencia.

Tal vez cuando el César Carlos V se vió obligado á relevar á Mendoza del alto cargo que desempeñaba en la corte pontificia, sería cuando le nombrase su embajador en Inglaterra, pues en las poesías de D. Diego aparece consignado que desempeñó esta embajada; y es presumible que la desempeñase en la fecha que acabamos de indicar, si el Emperador quisó mostrarle que su relevo de la embajada en Roma no era señal de que hubiese caído en desgracia. También, según Sedano, en un códice florentino se dice que D. Diego de Mendoza fué embajador de Carlos V cerca del Gran Turco; pero se ignora por completo la época en que esto pudo verificarse.

Además de haber servido D. Diego de Mendoza los elevados cargos diplomáticos y militares que dejamos mencionados, perteneció también al Consejo del emperador Carlos V y fué comendador de las casas de Calatrava y de Badajoz en la Orden de Alcántara.

#### IV.

MOTIVOS QUE PRODUIERON EL DISFAVOR CORTESANO DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA; SU DESTIERRO Á GRANADA; SU REGRESO Á MADRID, Y LA FECHA DE SU MUERTE.

Parece que D. Diego de Mendoza regresó á España por los años de 1554, y fijó su residencia en Madrid, pero el favor que había gozado durante el reinado del emperador Carlos V cesó de todo punto en el de su hijo y sucesor el rey D. Felipe II. Quizá por respeto á sus relevantes servicios se le concedió un sitio en el Consejo de Estado, pero bien sea porque no consiguió llevar á buen término la comisión que Felipe II le confió al encargarle de que en Aragon se aceptara por virrey á cierto magnate no nacido en aquel reino, lo cual era *contra-fuero*; ó bien por otra causa que ahora apuntaremos, la verdad es que el antiguo embajador en Venecia, en Inglaterra, en Roma y en el Concilio de Trento vivió olvidado de la corte, hasta que se halló un pretexto para desterrarle á Granada (1).

Don Juan José Lopez de Sedano, describiendo á Hurtado de Mendoza en la biografía que publicó en su coleccion de poesías titulada *Parnaso Español*, dice así:

«Fué D. Diego de grande estatura, robustos miembros, el color moreno oscurísimo, muy enjuto de carnes, los ojos vivos, la barba larga y aborascada, el aspecto fiero, y de extraordinaria fealdad en el rostro. Fué asimismo dotado de grandes fuerzas corporales, y de no ménos valor y firmeza en las fuerzas del ánimo, como notado también de áspera condición y riguroso genio, que le opinaron de algo arrojado é intrépido en la conducta de los negocios de Estado.»

(1) El canónigo D. Tomás Gonzalez, en carta dirigida á D. Martín Fernandez de Navarrete, fecha 19 de Marzo de 1819, dice que D. Diego de Mendoza estuvo preso y procesado por las cuentas de las obras del castillo de Siena y de su embajada en Roma; y que el proceso original se conserva en el Archivo de Simancas. Sin duda la sentencia que recayó en este proceso no sería desfavorable para Hurtado de Mendoza, cuando fué preciso aguardar al lance ocurrido en las régias habilitaciones para poder decretar su destierro de Madrid. Véase acerca de este asunto la *Vida de Cervantes* de D. Martín Fernandez de Navarrete.

La afirmación de la extraordinaria fealdad del rostro de Don Diego de Mendoza que hace el colector del *Parnaso Español*, no se halla muy de acuerdo con lo que aparece en el retrato que de este personaje se conserva; demás que la fisonomía de hombres de tan elevadísimo talento como el autor de la *Guerra de Granada* siempre se halla alumbrada por la luz de la inteligencia, cuyo poder es tan grande, que dicen que cuando Sócrates se dedicó asiduamente al estudio de la filosofía se mejoraron sus facciones, que, según parece, no eran nada bellas. Pero, sea lo que quiera de esta cuestión de estética, la mayor ó menor hermosura personal de Hurtado de Mendoza no le impidió dedicarse, en ocasiones, á galanteos amorosos; y sin duda fué fruto de alguno de ellos un hijo natural que tuvo; cuyo hijo, según cuenta D. Baltasar de Zúñiga, residía en Valladolid, y era muy parecido en el rostro á su padre, pero no en el entendimiento, pues era de todo punto imbécil. Se dice que los galantes atrevimientos del noble embajador del César Carlos V le llevaron á rivalizar hasta con el rey D. Felipe II, que cuando era príncipe había obsequiado á cierta ilustre dama, que se llamaba D.<sup>a</sup> Isabel de Velasco, á quien dió cédula de esposo al envidiar de la princesa María. Viendo que no era posible que se efectuara su matrimonio con el Príncipe, D.<sup>a</sup> Isabel de Velasco hizo poner en sus reposteros el siguiente mote: *Es imposible y forzoso*, mote que comentó D. Diego, quizá celoso ó desengañado, con tanta libertad en los conceptos, que no nos atrevemos á copiar aquí la cuarteta en que lo hizo, por más que se halle ya impresa en una obra literaria muy conocida, y que anda en manos de todo el mundo.

Acaso esta antigua rivalidad amorosa entre Felipe II y el preclaro descendiente del primer Marqués de Santillana (I), le ocasionó á este último el olvido en que se pusieron sus altos merecimientos militares y políticos, y el destierro con que se le castigó por causa harto liviana. Aconteció que hallándose cierto día D. Diego de Mendoza en las habitaciones de Palacio, trabóse de palabras con un caballero, y en el calor de la disputa sacó éste un puñal, pero D. Diego, defendiéndose, se lo quitó y lo arrojó por una ventana que daba á un corredor del Palacio. Consideró este hecho el rey D. Felipe como grave desacato á su persona por haberse verificado en la regia morada; mandó prender á D. Diego de Mendoza, y le ordenó que saliese desterrado de la corte, sin consideración á su ya avanzada edad de sesenta y cuatro años, ni á los grandes servicios que había prestado á su patria durante el reinado del César Carlos V.

En una carta dirigida al cardenal Espinosa, que ha sido publicada por los Sres. Gayángos y Vedia, traductores de la *Historia de la Literatura Española*, de Ticknor, en las anotaciones de esta obra, y también por el Sr. Rosell en la *Biblio-*

(1) Puede que sea alusión á las fatales consecuencias de esta rivalidad la indicación que hizo Cervantes en el terceto final del soneto que escribió al publicarse en 1610 las poesías de D. Diego de Mendoza; terceto final que dice así:

Que así el suelo sabrá que sabe el cielo,  
Que el renombre inmortal que se desea,  
Tal vez le alcanzan amorosas culpas.

También Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, al tratar de Mendoza, mezcla confusamente ideas de amorosos triunfos, con la afirmación de que le hurtaron su bien y de que fué cuanto discreto, desgraciado.

*teca de Autores Españoles*, procura D. Diego justificar su conducta en el lance acaecido en Palacio, mencionando otros lances de mayor gravedad, y en que no se procedió contra sus autores con tanto rigor como en el suyo se procedía, y termina diciendo:

« Pudiera traer muchos ejemplos de más de estos de hombres que se ha disimulado con ellos, ó han sido restituidos brevemente, y no fueron tenidos por locos; sólo D. Diego de Mendoza anda por puertas ajenas, porque de sesenta y cuatro años, tornando por sí, echó un puñal en los corredores de Palacio, sin poder excusarlo, ni poder exceder de lo que bastaba.»

Sin duda las disculpas de D. Diego no fueron atendidas, pues continuó viviendo desterrado en Granada hasta poco tiempo antes de su muerte, en cuya época Felipe II le permitió volver á Madrid, según se infiere de una carta dirigida al famoso cronista de Aragón, Jerónimo de Zurita, donde le encarga que le busque vivienda proporcionada é inmediata á la suya. Á los pocos días de haber llegado á la Corte cayó en cama, comenzando su enfermedad por el pumón de una pierna, y concluyendo su vida en el mes de Abril de 1575, cuando contaba setenta y dos años de edad. Habiendo sido desterrado Hurtado de Mendoza á la edad de sesenta y cuatro años, esto es, por los años de 1567, y habiéndosele consentido volver á la Corte en 1575, se deduce fácilmente que su destierro duró no menos de ocho años; pena desmedida para la falta que había cometido, y que no deja bien parada en esta ocasión á la justicia del rey D. Felipe II.

## V.

VARIADOS CONOCIMIENTOS, Y RELACION QUE EXISTE ENTRE LA VIDA Y LOS ESCRITOS DEL AUTOR DE LA «GUERRA DE GRANADA».

Reúnense en D. Diego Hurtado de Mendoza cualidades y condiciones de carácter que rara vez andan juntas. El filósofo, engolfado en sus profundas meditaciones acerca de lo que es permanente, á pesar de las mudanzas continuas de la naturaleza y de la vida, y acerca de lo que es eterno, á pesar del fugaz correr de los tiempos; el filósofo, ocupado en reducir á sistemático conocimiento la variada trama de la Historia, suele poner en olvido particularidades al parecer insignificantes, y que en ocasiones determinan grandísimos acontecimientos; el filósofo puede acertar cuando discurre acerca de lo universal y de lo eterno; suele errar casi siempre cuando trata de lo particular y transitorio. El poeta, viviendo en las regiones del sentimiento que inspira la contemplación de la belleza, ve el aspecto estético de los acontecimientos humanos, y queriendo realizar en la vida la sublime idealidad que su pensamiento concibe, choca con lo que Hegel llamaba las *impurezas de la realidad*, y suele adquirir, no sin fundamento, fama de extravagante, cuando no de rematadamente loco. El erudito, viviendo entre los libros, llega á desconocer por completo las condiciones de la vida social, y llega á dar más importancia al hallazgo de un manuscrito raro y curioso que al descubrimiento de las leyes biológicas por las cuales se rige la sociedad humana. De aquí que el guerrero, el político, y hasta el hombre de mundo sue-

len llamar ideólogo al filósofo, loco al poeta, é inepto al erudito. No así el caudillo de las primeras tropas que acudieron á sofocar la sublevación de Siena; no así el hábil diplomático del Concilio de Trento; no así el cortesano galanteador, que, según Simonde de Sismondi, concitó en contra suya tantas enemistades, durante su residencia en Roma, por el feliz resultado de sus aventuras amorosas, como las que le ocasionaba la tenaz defensa de los intereses del César frente á los intereses de la corte pontificia; no así, en fin, D. Diego de Mendoza, que, guerrero, político y hombre de mundo—si vale la calificación—cultivaba la filosofía, escribía inspiradas composiciones poéticas, y abarcaba con su constante estudio el dominio de las lenguas latina, griega, hebrea y arábiga, y el conocimiento de las antigüedades españolas, de las matemáticas y del derecho civil y canónico.

No es D. Diego de Mendoza el sabio abstraído en sus meditaciones, ni el poeta soñador, ni el erudito indigesto; pero tampoco es el rudo guerrero, despreciador de la ciencia; ni el político empirico, ni el frívolo cortesano; D. Diego de Mendoza reúne en su inteligencia y en su carácter las varias aptitudes del pensador y del poeta, sin que estas aptitudes le priven del conocimiento de la realidad; y así en su vida se armonizan sus pensamientos y sus acciones, y es á la vez, lo que muy raras veces acontece, filósofo y guerrero, poeta y político, estudioso erudito y galanteador cortesano.

Toda obra literaria tiene necesariamente algo de auto-biografía; y los escritos de Hurtado de Mendoza, lejos de apartarse de esta regla, la confirman aun con mayor amplitud de lo que en su enunciado se promete. En efecto, la novela picaresca titulada *Vida de Lazarillo de Tórnes*, que se dice escribió D. Diego de Mendoza siendo estudiante en Salamanca, bien pudiera haberse escrito en cualquiera otra época de la vida de su autor, que no tenia ese carácter duro y severo con que pretenden pintarle los historiadores que sólo se fijan en los altos cargos políticos y militares que desempeñó, y en las serias ocupaciones que estos cargos ocasionan.

El Embajador del emperador Carlos V en Venecia, Roma y en el Concilio tridentino, y según parece, también en Inglaterra y en Turquía, es el mismo que escribe, hablando de los embajadores, estos burlescos endecasílabos:

¡Oh, embajadores, puros majaderos,  
Que á los Reyes quieren engañar,  
Comienzan por nosotros los primeros!

El tirano de Siena, como, con más pasión que justicia, llama á Hurtado de Mendoza el autor del libro *De la littérature de midi de l'Europe*, es el mismo que se deja tiranizar por los encantos de femineil hermosura, y quizá en momentos de celoso despecho comenta la leyenda escrita en los reposteros de D.<sup>a</sup> Isabel de Velasco, en la forma libre y agresiva que antes indicamos; y escribiendo á D.<sup>a</sup> Magdalena de Bobadilla una carta *con cuentas de tutor y quejas de galán*, alardea de ingenio y la dice que padece cuatro engaños; á saber: los amigos que la aconsejan; los criados que la comen; los confesores que la absuelven, y ella misma, que cree en todas estas personas.

El D. Diego de Mendoza que, en los últimos años de su vida, buscaba en la comunicación epistolar con Santa Teresa de Jesús los consuelos y enseñanzas del misticismo católico, es también el autor de gran número de burlescas poesías, es-

critas con tanta libertad de pensamiento y de forma, que el P. Fr. Juan Diaz Hidalgo no las consideraba dignas de ver la luz pública (1).

De todo esto se colige cuán sin fundamento se pretende quitar á D. Diego de Mendoza la gloria de ser autor de *El Lazarillo de Tórnes* (2), diciendo que los donaires y las truhanerías en que este libro abunda no son propios del austero carácter que *debía tener* el político y el canonista que representaba al emperador Carlos V en el Concilio tridentino. No en verdad: *El Lazarillo de Tórnes* representa una de las fases de la flexible y múltiple condicionalidad del carácter de Hurtado de Mendoza; así como en la historia de la *Guerra de Granada* aparece el político sagaz y el capitán experimentado, en *El Lazarillo de Tórnes* se refleja el ingenio del hombre curtido en los azares de la vida, y por esto creemos, contra la opinión de todos los biógrafos que nos han precedido en la tarea que ahora estamos llevando á cabo, que *El Lazarillo de Tórnes*, que por vez primera se publicó en Amberes, en 1552, no es la obra del estudiante de Salamanca, hijo del primer marqués de Mondéjar, sino más bien la del embajador de Carlos V en la Corte de S. S. Paulo III. Y ya se comprende que es muy posible que, por mal entendidos miramientos, se haya dicho y se haya propalado la idea de que sólo en los años de su florida juventud es cuando el grave estadista D. Diego de Mendoza pudo imaginar y escribir la novela picaresca que tan alto coloca su nombre entre los cultivadores de este género literario.

Pero si Hurtado de Mendoza en su *Lazarillo de Tórnes* y en su *Guerra de Granada* ha dejado impresos muchos rasgos de su carácter, donde aparece retratado, digámoslo así, de cuerpo entero, es en la colección completa de sus poesías líricas, que en el año de 1877 han dado á la estampa los señores Marqués de la Puensanta del Valle y D. José Sancho Rayón, en su notable *Colección de libros españoles raros y curiosos*. Cumpliendo la ley más ineludible de la poesía lírica, don Diego de Mendoza, aunque conocedor de los clásicos, no se propone imitarlos servilmente, antes por el contrario, procura sostener su vigorosa personalidad, y principalmente usando los metros cortos, siguiendo la escuela poética que defendía Cristóbal de Castillejo, escribe discretísimos versos; y en sus epístolas nos revela, ya los deseos de paz y tranquilidad que suelen cruzar por la mente de todo el que vive arrastrado por el torbellino del mundo, ya el conocimiento de los hombres y de las cosas que sólo puede adquirirse en la experiencia de los negocios y en las luchas de la vida. Filósofo moralista, diestro político, enamorado galán, sabio hu-

(1) Fray Juan Diaz Hidalgo, que en 1816 publicó por primera vez la colección de las poesías de Mendoza, sólo incluyó en su libro noventa y seis composiciones. Las demás poesías de D. Diego han permanecido inéditas hasta el año 1877, en que se dio á luz el tomo undécimo de la *Colección de libros españoles raros y curiosos*, en cuya portada se lee: *Obras poéticas de don Diego Hurtado de Mendoza, primera edición completa*; y en efecto, en este volumen se hallan ciento setenta composiciones poéticas, cada doble número del que componían las publicadas por el P. Hidalgo, que eran las mismas, con pocas diferencias, que después se reimprimieron en la *Biblioteca de Autores Españoles*.

(2) Fray José de Sotomayor, por algun otro motivo, además de los que en el texto se refutan, supone que *El Lazarillo de Tórnes* fué escrito por un fraile jesuita llamado el P. Fr. Juan de Ortega; pero confesamos que no nos convencen sus razonamientos ni las pruebas que alega en favor de su aserto.



MARINA MILITAR ITALIANA.—EL «CORTEBONA», BUQUE ACORAZADO DE PRIMERA CLASE, CONSTRUIDO EN EL ARSENAL DE TRIESTE.

manista, ingenioso cuando era menester el uso del ingenio, severo y profundo cuando la gravedad de las circunstancias así lo exigían, tal fué, sin duda alguna, D. Diego Hurtado de Mendoza, y tal aparece moralmente retratado en la colección completa de sus poesías líricas.

## VI.

SERVICIOS PRESTADOS POR DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA AL PROGRESO DE LA CULTURA HUMANA: JUICIO ACERCA DE SU NOVELA «VIDA DE LAZARILLO DE TÓRMES» Y DE SUS POESÍAS LÍRICAS.

Las ideas de los políticos pueden clasificarse en progresivas, conservadoras y retrógradas. Quizá sorprenderá que nosotros calificásemos de progresivas las ideas políticas de D. Diego Hurtado de Mendoza. Cierto que el embajador en Roma del cesar Carlos V representaba la política imperial; pero si esta política abogó en Villalar las libertades castellanas y conservó la Inquisición, creada por los Reyes Católicos, también esta misma política destruyó el feudalismo, enaltecó en varias ocasiones la importancia del poder civil, y sosteniendo los fueros y preeminencias del Emperador en el Concilio de Trento, puso las bases para que, andando el tiempo, los juristas expusiesen la teoría del regalismo, mediante la cual se niega la unidad absorbente de todo poder teocrático.

La libertad de juicio del estadista Mendoza se halla patente en su historia de la *Guerra de Granada*, donde se leen las veladas censuras que dirige contra las medidas adoptadas para que los moriscos dejarán su religión y sus tradicionales costumbres, y tales censuras sólo en nombre de ideas progresivas podrían fundamentarse; y esta misma libertad de juicio le llevaba á sostener que el mucho tiempo que en la juventud se dedica al estudio del latín se emplease en aprender las ciencias en la lengua materna (1), doctrina que dos siglos después volvió á sostener el insigne Feijóo, y aun entonces fué considerada como prematuro adelantamiento.

Pero sí, á pesar de lo dicho, los servicios prestados á la causa del progreso de la civilización por el político D. Diego de Mendoza, podrán ser más ó menos cuestionables, no lo serán, ciertamente, los servicios que prestó á la cultura de su siglo, siendo su casa el centro de reunión de sabios y eruditos, gastando grandes sumas en hacer copiar antiguos manuscritos griegos, juntando una copiosísima biblioteca y una colección de monedas, siendo tales y tan grandes sus esfuerzos para fomentar el estudio de todo orden de conocimientos, que Mr. Simonde de Sismondi dice que, posteriormente al Petrarca, nadie ha hecho más de lo que hizo el

autor de la *Guerra de Granada* por el progreso de las letras en la época del Renacimiento (2).

Y á pesar de esta ocupadísima vida de embajador, que tiene á su cargo los más altos intereses del Estado; de político, que gobierna una república inquieta; de caudillo, que levanta tropas en plazo perentorio; de magnate, que recibe en su casa y anima y protege á sabios y eruditos, D. Diego de Mendoza halla tiempo bastante para componer cerca de doscientas poesías líricas, traducir del griego la *Mecónica* de Aristóteles, escribir en latín epístolas como la que dirigió al dominico Fr. Bartolomé Carranza, dándole las gracias por la dedicatoria de su libro *Suma de los Concilios*; adquirir tal grado de conocimiento en las antigüedades de España, que era consultado hasta por los más doctos acerca de los puntos dudosos de las antiguas divisiones geográficas de la Península, y leer y anotar de su puño y letra tantos libros, que en su vejez escribía á Jerónimo de Zurita: «Estoy maravillado de los muchos libros que he leído, habiendo aprendido tan poco de ellos.»

Eternas pruebas de la gran valía intelectual de Hurtado de Mendoza se hallan en su novela picaresca *El Lazarillo de Tórmes*, en su historia de la *Guerra de Granada*, en la colección de sus poesías líricas y en algunos otros escritos suyos de menor importancia (3). El examen detenido de todas

(2) Dice Mayans que el embajador Mendoza puso particular esmero en juntar manuscritos griegos, haciéndolos copiar á gran costa, y buscándolos hasta en los más remotos confines de Grecia, valiéndose para esto de Nicolás Sofiano, Arnolfo Ardenio y otros doctos griegos, y que por este medio se logró en Europa el conocimiento de obras que no se habían visto, y quizá se hubiesen perdido; tales eran las de San Gregorio Nazianzeno, San Basilio, San Ciriaco de Alejandría, todas las de Arquímedes, Heron, Apiano y otros; que tomados de un códice de su biblioteca, se publicaron las obras de Josefo; y sobre todo esto, añade, el regalo de manuscritos que le hizo el Gran Turco Soltan, por haber dado libertad á un cautivo que alcanzaba su estimación, sin pedirle ningún rescate, fué de tanta importancia, que hay quien dice que consistió nada menos que en una nave cargada exclusivamente con los manuscritos regalados; y ya se comprende lo que pudo contribuir tal suma de códices al conocimiento y conservación de algunas obras de los antiguos escritores griegos y romanos.

Y la erudición de D. Diego de Mendoza no se limitaba á la antigüedad greco-romana; véanse los elogios que le tributa Ambrosio de Morales en su dedicatoria de las *Antigüedades de España*, por sus variados conocimientos; véase la obra de Dormer, *Progreso de la historia del reino de Aragón*, donde se hallan varias cartas suyas, entre las cuales hay una dirigida al historiador Jerónimo de Zurita, remitiéndole una copia de la *Crónica del rey D. Alfonso el XI*, escrita en verso, obra que ha permanecido manuscrita hasta hace pocos años, y que el eruditísimo D. Nicolás Antonio conocía muy imperfectamente, según puede verse en su *Biblioteca antigua*.

Por último, D. Diego de Mendoza, para que no se perdiesen los tesoros bibliográficos que había reunido, regaló su librería al rey D. Felipe II, destinándola á que formase parte de la Biblioteca del Escorial, pues decía el mismo D. Diego con arrogante desenfado y algo de exageración andaluza, que siendo el Monasterio escorialense «la más sabrosa fábrica antigua y moderna que yo he visto, no me parece que le falta otra parte que poner en ella la más sustanciosa librería del mundo.»

(3) Las obras escritas por D. Diego de Mendoza de que hay noticia son las siguientes:

Una carta censurando un libro de historia del capitán Pedro de Salazar. Esta carta se imprimió por primera vez en Nápoles, en 1548; está dirigida al autor del libro censurado, y aparece escrita por el Bachiller de Arcadia, que es el pseudónimo que tomó Hurtado de Mendoza. El eruditísimo D. Adolfo Castro dice que cree haber leído otra carta dirigida á la misma persona y tratando del mismo asunto antes dicho, escrita también por nuestro D. Diego, pero no recuerda en qué biblioteca leyó el códice donde se hallaba dicha carta. Véase sobre estos particulares el tomo de la *Biblioteca de Sabores Españoles* titulado: *Curiosidades bibliográficas. — Vida de Lazarillo de Tórmes*, Amberes, 1852. Un tomo en 4.<sup>o</sup> — *libros picarescos*. Ya hemos dicho en otra

(1) Se halla esta noticia en la dedicatoria á D. Diego de Mendoza de una edición de las obras filológicas de Cleon, cuidadosamente corregidas por el célebre humanista Paolo Manuzio. Por esta misma dedicatoria se sabe que una hermana de nuestro D. Diego era muy instruida en la lengua latina. En el *Elogio histórico de la Reina Católica*, de D. Diego Clemencín, se citan á las dos hermanas de Hurtado de Mendoza como sobresalientes por su saber y doctrina; pero aquí debe haber algo de error, porque se llama á una de estas damas D.<sup>a</sup> María Pacheco, y á la otra se le da el título de Condesa de Monteleagudo; y la verdad es que D.<sup>a</sup> María Hurtado de Mendoza y Pacheco era Condesa de Monteleagudo.

estas obras literarias ocuparía mayor espacio del que ahora podemos disponer. Habrémos, pues, de limitarnos á decir lo preciso para que se pueda formar juicio del mérito de don Diego de Mendoza como novelista, historiador y poeta lírico.

Después de los libros de caballerías y de las novelas pastorales, obras en las cuales la fantasía del autor campeaba libremente, relatando maravillosas venturas ó creando zagales y pastores de todo punto imaginarios, apareció la novela picaresca, género literario en que el ingenio de los españoles adivinó las condiciones más principales que deben llenar las obras novelescas, según hoy afirma la novísima escuela del naturalismo literario. La observación de los hechos, la realidad de la vida como fuente y fundamento de la belleza en las obras de entretenimiento, ya sean dramáticas ó ya novelescas, ésta es la enseñanza fundamental de la escuela naturalista, y observación de los hechos y exacta pintura de la realidad de la vida se halla sin duda alguna en las llamadas novelas picarescas, que no son ni más ni menos que novelas de costumbres escritas en forma á veces festiva y otras veces satírica; y de aquí el mérito innegable de estas producciones, consideradas como documentos históricos, que es uno de los aspectos que más realza la importancia de las obras literarias. Y es común dictámen de críticos é historiadores de las letras, que *El Lazarillo de Tormes* es la mejor de nuestras novelas picarescas, y no solamente la mejor, sino acaso la única que por la brevedad del relato, por la viveza de las descripciones, por la exacta pintura de los caracteres, puede leerse sin fatiga aun por las personas menos conocedoras del mérito

de las producciones novelescas. *El Lazarillo de Tormes* puede ser leído con tanto placer por el más culto académico como por su iliterato cocinero; lo cual quizá no pasaría ni aun con la *Vida del Gran Tacaño*, del insigne D. Francisco de Quevedo. Y signo es de gran valía en los libros de entretenimiento que gusten á la vez á los doctos y á los indoctos, porque para que esto suceda, preciso es que reúnan condiciones al parecer contradictorias; la delicadeza de expresión que á los doctos enamora, y la *pintura de efecto*, lo que pudiera llamarse el *efectismo*, que siempre alcanzará los aplausos y hasta la admiración del vulgo de las gentes.

Traducido *El Lazarillo de Tormes* á casi todas las lenguas europeas, ha colocado el nombre de su autor, D. Diego Hurtado de Mendoza, entre los primeros novelistas de su época, y así la fama del prosista ha oscurecido en parte la del poeta lírico, que, según común parecer de sus contemporáneos, compartía con Garcí-Lasso y Boscan la gloria de haber reformado la poesía castellana conforme al gusto italiano, introduciendo en ella el uso frecuente del endecasílabo y la imitación, más ó menos libre, de los grandes poetas griegos y latinos. No negaremos nosotros la influencia que podría ejercer Hurtado de Mendoza en los cambios verificados en el gusto poético de los ingenios españoles; sus contemporáneos cuentan á D. Diego de Mendoza entre los reformadores de la métrica castellana, y sus razones tendrían para hacerlo así; pero es lo cierto que los endecasílabos del autor de *El Lazarillo de Tormes* son en realidad de verdad lo ménos á propósito que cabe imaginar para que, mediante su lectura, se adquiriera afición á este género de metro (1).

Lope de Vega decía: — ¿Qué cosa aventaja á una redondilla de D. Diego de Mendoza? — Y D. Tomás Tamayo de Vargas escribía en sus anotaciones á Garcí-Lasso: — El ingenioso caballero D. Diego de Mendoza, ¿qué quiso decir, que no pudiese, en sus coplas castellanas? Verdad decían el Fénix de los Ingenios y el anotador de Garcí-Lasso: usando los metros cortos es Hurtado de Mendoza un poeta fácil y generalmente correcto, pero cuando escribe sonetos ó epístolas en tercetos endecasílabos, da lástima ver profundas ideas, y hasta poéticas imágenes, encerradas en versos de insoportable dureza, ó tan flojos y desmayados, que justifican plenamente la censura que de ellos hizo D. Diego de Saavedra Fajardo en su *República Literaria*.

El ilustre historiador de la literatura española, F. Bonterwek, que siendo alemán, por más que supiese la lengua castellana, sin duda no podía apreciar todos los primores de sus formas poéticas, dice que las epístolas de D. Diego de Mendoza son superiores á las de Horacio; juicio que quizá no sea injusto si se comparan los conceptos expresados por el protegido de Mécenas con los que el embajador de Cár-

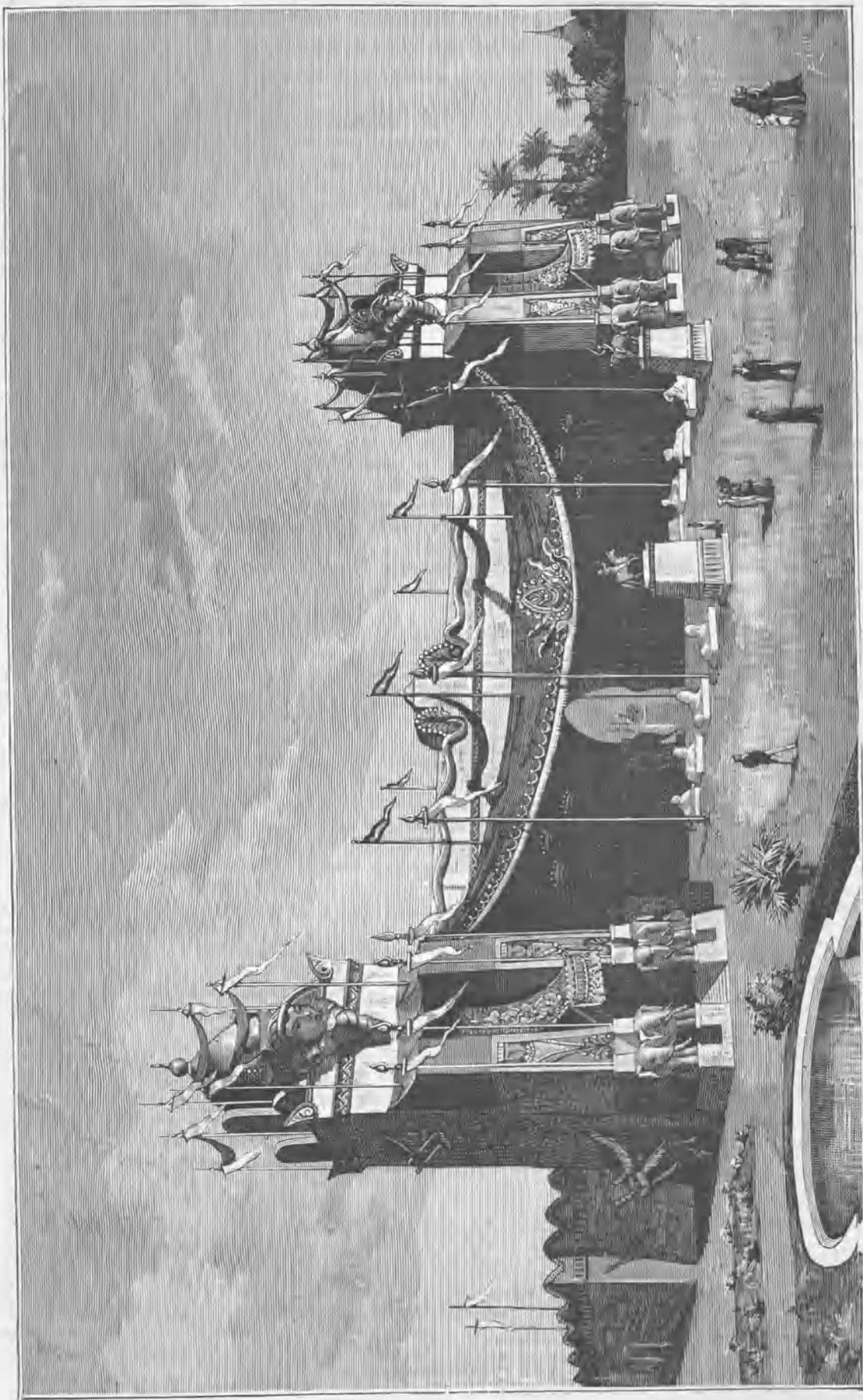
nota la fecha de la primera edición (1610), y de la única edición completa de las poesías líricas de Mendoza (1877). — *Guerra de Granada*. En la biografía que precede á la colección completa de las poesías de D. Diego de Mendoza, su autor, que, á lo que parece, es un compatriota del ilustre Ticknor, cose que por primera vez destruyó el error cometido por D. Nicolás Antonio y por D. Cayetano Rosell, que fijan en 1610 la fecha de la primera impresión de este libro; pero ya se habrá visto en una nota anterior que en la *Advertencia del editor* de la edición de Valencia de 1830 se demuestra que la historia de la *Guerra de Granada* no se imprimió por primera vez hasta el año de 1627. — *Diálogo de Curato y el alma de Pedro Luis Farnato, hijo del papa Paulo III*, impreso por primera vez en el tomo de la *Biblioteca de Autores Españoles* que se titula: *Curiosidades bibliográficas* (Madrid, 1865); tomo que ha dirigido por el notable escritor gallego D. Adolfo de Castro. — *Paraphrasia in totam Aristotelem*. — *Mecánica de Aristóteles*, traducción del griego al castellano, dedicada al Duque de Alba. — *Comentarios políticos*, escritos en latín, manuscrito. — *In Compañía de Ponce*. — *Batalla sacra*.

El autor de tan diversas obras bien se comprende que era digno de los elogios que tributaron á su erudición y ciencia Ambrosio de Morales, Paulo Manrico, Fr. Bartolomé Carranza y otros ilustres contemporáneos suyos. Para terminar esta nota copiamos aquí un trozo de una carta escrita en Trento por el docto magister D. Juan Puez de Castro, y dirigida al historiador Jerónimo de Zurita, en cuyo trozo, ocupándose de D. Diego de Mendoza, se dice lo siguiente:

«En erudición es muy vasta y extraña: es gran aristotélico y matemático, latino y griego, que no hay quien se le pare; el fin es un hombre muy abastado. Los libros que aquí ha traído son muchos, y son en tres maneras: unos de mano, griegos, en gran copia; otros impresos de todas facultades; otros de los italianos; todos están públicos para quien los pide, si no son los italianos, que no se dan sino á los hombres que tienen necesidad de los ver para el Consejo. Ha sido una gran cosa ésta, y tan grandemente dispuesta, que atiende, de grandes costas que ha costado, ha dado gran luz á todos, que ni supieran qué libros eran necesarios, ni de dónde se habían de traer.»

Se halla la carta á que pertenecen el trozo que acabamos de copiar, en la obra de Dornier, *Progreso de la historia del reino de Aragón*. Creemos necesario llamar la atención de los lectores sobre la variedad de conocimientos que requiere la formación de una biblioteca tan numerosa y tan útil como la que, según Puez de Castro, había llevado á Trento el sabio consejero don Diego Hurtado de Mendoza.

(1) Justo se dice, sin embargo, que en la época del Renacimiento no era privativo de D. Diego de Mendoza el escribir con incorrección los versos endecasílabos, pues como atinadamente observa D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes*, al tratar de los reformistas de la poesía castellana conforme al gusto italiano, «es necesario confesar que la verificación de estos mismos innovadores (si exceptuamos la de Garcí-Lasso) era dura y escabrosa, como se nota en Boscan, don Diego Hurtado de Mendoza y Hernando de Acuña, pues con frecuencia acompañaban una copia ó estrofa, concluida sus versos en acento agudo, ó no elegían las palabras más sonoras y corrientes, haciendo áspera la pronunciación con las repetidas diéresis y símilas, sin permitir cuánta armonía y rotundidad perdían sus versos por semejantes omisiones ó negligencias.»



HOLLANDA. — FACHADA PRINCIPAL DEL PALACIO DE LA EXPOSICION COLONIAL DE AMSTERDAM.

los V en sus epístolas expone, pero juicio que sería de todo punto absurdo si se intentase comparar la forma, la elegante versificación de Horacio con los mal hechos tercetos endecasílabos del autor de la historia de la *Guerra de Granada*.

Coligese de lo hasta aquí expuesto, en orden al asunto de que estamos tratando, que de D. Diego de Mendoza se puede decir con justicia que es un notable pensador, que escribe en verso cuando usa del metro endecasílabo (1); y que cuando emplea los metros cortos, cuando emplea los metros tradicionalmente castellanos, es un verdadero poeta, pues sabe expresar en bella forma las creaciones de su mente.

## VII.

DE CÓMO SE ESCRIBIA LA HISTORIA EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO.—JUICIO ACERCA DE LA «GUERRA DE GRANADA», DE HURTADO DE MENDOZA.—CONCLUSION DE ESTOS APUNTES CRÍTICOS Y BIOGRÁFICOS.

Observa D. Cayetano Rosell, en la introducción del primer volumen de la colección de *Historiadores de sucesos particulares*, de la *Biblioteca de Autores Españoles*, que lo que hacían Garcí-Lasso y Boscan en orden á la poesía lírica, á saber: considerar que el estudio y la imitación de los antiguos y celebrados vates griegos y latinos era condición precisa para poder crear obras poéticas dignas de eterna loa, esto mismo hacían los historiadores de la época del Renacimiento, que pretendían ganar el laurel de la fama póstuma, estudiando asiduamente é imitando, con más entusiasmo que conlura, las inmortales producciones históricas de Tucídides y de Xenofonte, de Tito Livio y de César, de Tácito y de Salustio. Pero así como en poesía la imitación de los *modelos escritos*—si vale la frase—sólo puede producir, por ejemplo, odas pindá-

(1) Mr. Simonde de Sismondi, en su libro *De la littérature du Midi de l'Europe*, ha traducido en prosa francesa varias poesías de Mendoza, y como en estas traducciones ha desaparecido la incorrecta versificación de las composiciones originales, conservándose los pensamientos que en ellas se expresaban, resulta que los versos de D. Diego de Mendoza aparecen menos poéticos, menos bellos que la prosa de Mr. Simonde de Sismondi. Lean los que sepan francés y castellano la siguiente traducción de un trozo de la epístola dirigida á D. Luis de Ávila y Zúñiga, y después de toda comparación con los tercetos de la misma epístola de D. Diego de Mendoza, y se convencerán de la verdad de nuestras palabras.

Dice así la traducción citada:

«Le monde que je souhaite est tout autre, c'est un autre lieu, un autre temps que je cherche; tout mon désir est de retourner jour du repos dans ma maison. C'est là que ma vie s'écoulera sans passion, loin du mécontentement et du trouble; là je ne servirai le roi que pour mon plaisir. Si ses démons s'étend jusqu'à moi, s'il me donne de quoi vivre dans la médiocrité, j'en jouirai; sinon, je prendrai patience. Je me reposera jusqu'à indulger ma paresse; je mangerai sans souci à mes heures, je dormirai d'un sommeil libre d'inquiétudes. Cependant, j'apprendrai que les enseignes victorieuses de la flotte d'Espagne parcourent le Levant. Les enfans, les jeunes filles, les matrones et les prêtres, toute cette troupe timide, écroulera, pétrifiée d'étonnement. Un ambassadeur de haute naissance arrivera peut-être chez moi, fatigué du voyage, et contera ses longues courses; avec le vin qu'il répandra sur la table, il dessinera sa route. Il vaudra narrer tous ses hauts faits, tandis qu'il cachera le but de sa venue. Par deux mille tourmens, on ne pourrait obtenir de lui ce qu'on désirerait en savoir, dût-on même creuser jusque dans ses entrailles.»

Por no alargar esta nota no copiamos los tercetos de Mendoza á que se refiere la anterior traducción; tercetos que pueden verse en el primer tomo de los *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

ricas, de seguro inferiores á las odas de Píndaro, ó sátiras loracianas, de seguro inferiores á las sátiras de Horacio, así también la imitación de los historiadores de la antigüedad clásica sólo produjo, como no podía ménos de suceder, obras históricas, donde la forma no se hallaba de acuerdo con la índole propia de los hechos que en ellas se narraban; obras históricas donde hasta la antigua forma que se trataba de imitar aparecía sin vida, como pálido reflejo de luz rodeada por las sombras de lo pasado.

De la censura que acabamos de formular acerca de los historiadores de la época del Renacimiento, se debe exceptuar casi siempre, según con razón afirma el Sr. Menéndez y Pelayo, á D. Diego Hurtado de Mendoza, «el cual, por haber pasado su vida, no en un claustro, ni en los bancos de una escuela, sino á todos los soles de la política y de la guerra, y por haber puesto las manos y el entendimiento en las más altas empresas de su siglo, comunicó á la imitación misma algo de personal y jugoso, y un cierto andar libre y desenfadado, émulo de la inmortal brevedad de Salustio. Á veces traduce literalmente á sus modelos, v. gr., á Tácito, en la llegada de Germánico al campo, donde perecieron las legiones de Varo; pero nunca nos parece más clásico, es decir, más empapado en el grande arte de los antiguos (que él había estudiado más directamente y con más independencia de juicio que ningún otro español de entonces), que cuando da más ensanches á la espontánea vivacidad de su natural cáustico, maldiciente y severo. Entonces sí que verdaderamente dilata los términos de la lengua castellana, con aquel decir suyo, de tan precisa rapidez y de tan enérgica condensación: finales bruscos y desgarrados, sentencias que aun parecen correr sangre y quejarse de los dientes de la sierra que las ha dividido.»

Hemos copiado los párrafos que anteceden del discurso de ingreso en la Academia de la Historia del joven catedrático D. Marcelino Menéndez y Pelayo, porque entendemos que en ellos se expresan acertadamente los méritos que avaloran el libro de D. Diego de Mendoza, que corre con el título de: *Guerra de Granada, hecha por el rey D. Felipe II, contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*. En el comienzo de este libro su autor dijo lo siguiente: — «Mi propósito es escribir la guerra que el Rey Católico D. Felipe II, hijo del nunca vencido emperador D. Carlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos: parte de la cual yo vi, y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento.» En efecto, D. Diego de Mendoza, desterrado en Granada desde el año de 1567 hasta el de 1575, puede decirse que fué testigo casi presencial de la guerra cuya historia escribió, puesto que la rebelión de los moriscos se verificó en Setiembre de 1568, y el vencimiento de estos rebeldes en 1570.

Murió Hurtado de Mendoza, como ya dijimos, en 1575, dejando inédita su historia de la *Guerra de Granada*; y esto sucedió así, no por impensado azar, sino porque es lo probable que D. Diego escribiese dicha historia con la determinación, ya tomada, de no publicarla durante su vida, que si otro fuera su propósito, hubiera mirado más en medir sus palabras y encerrarlas dentro de los estrechos límites en que cabía tratar de los asuntos de Estado durante el reinado del rey católico D. Felipe II.

El licenciado Tribaldos de Toledo, bibliotecario del Duque de Olivares y cronista mayor de Indias, publicó en Lisboa, en 1627, la primera edición de la *Guerra de Granada*, con un prólogo, que, según el uso de la época, decía: *Luis Tribaldos de Toledo al lector*, y precedida de una *Breve memoria de la vida y muerte de D. Diego Hurtado de Mendoza*, escrita por D. Baltasar de Zúñiga.

Tribaldos de Toledo, para explicar la tardanza en la publicación de la historia de la *Guerra de Granada*, escribió en el antes citado prólogo: «que es muy antiguo en el mundo el odio á la verdad, y muy ordinario padecer trabajos los que la dicen; y que del conocimiento de este principio nace que todos los historiadores cuerdos comprendan lo sucedido antes de sus tiempos, ó guardan la publicación de los hechos presentes para siglos en que ya no vivan los de quien ha de tratar en su narración.»

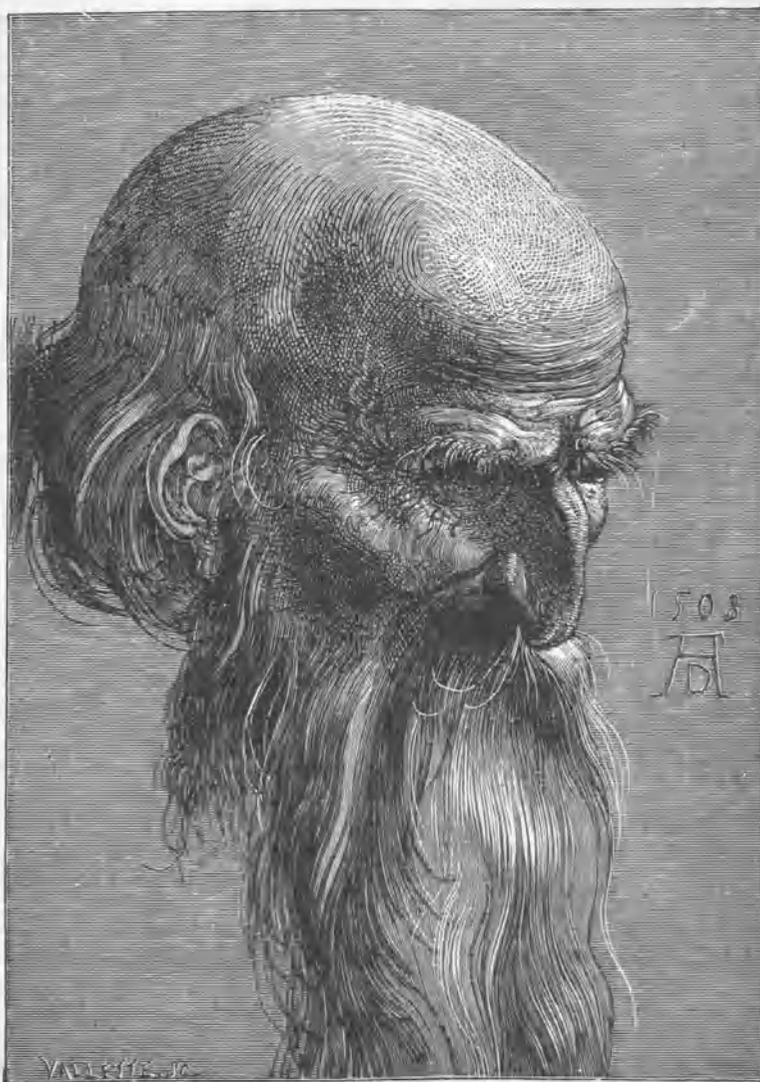
Tiempo es ya de poner término á estos apuntamientos bio-

gráficos. Varon tan eminente como D. Diego Hurtado de Mendoza requería más detenido estudio acerca de su vida y sus escritos, que el que nosotros le hemos podido consagrar en la ocasión presente. Antes de terminar queremos hacer hincapié en un punto sobre el cual ya hemos procurado llamar con insistencia la atención de los lectores durante el curso de este escrito; la grandeza del carácter y de los talentos de Hurtado de Mendoza se refleja en la variedad de sus aficiones y de sus aptitudes; variedad que en ocasiones parece engendrar cualidades contradictorias, y de esta aparente contradicción hizo gala el mismo D. Diego de Mendoza al escribir un soneto amatorio, donde, para pintar las ocupaciones de su vida, comenzaba diciendo:

Ora en la dulce ciencia embebecido,  
Ora en el uso de la ardiente espada.

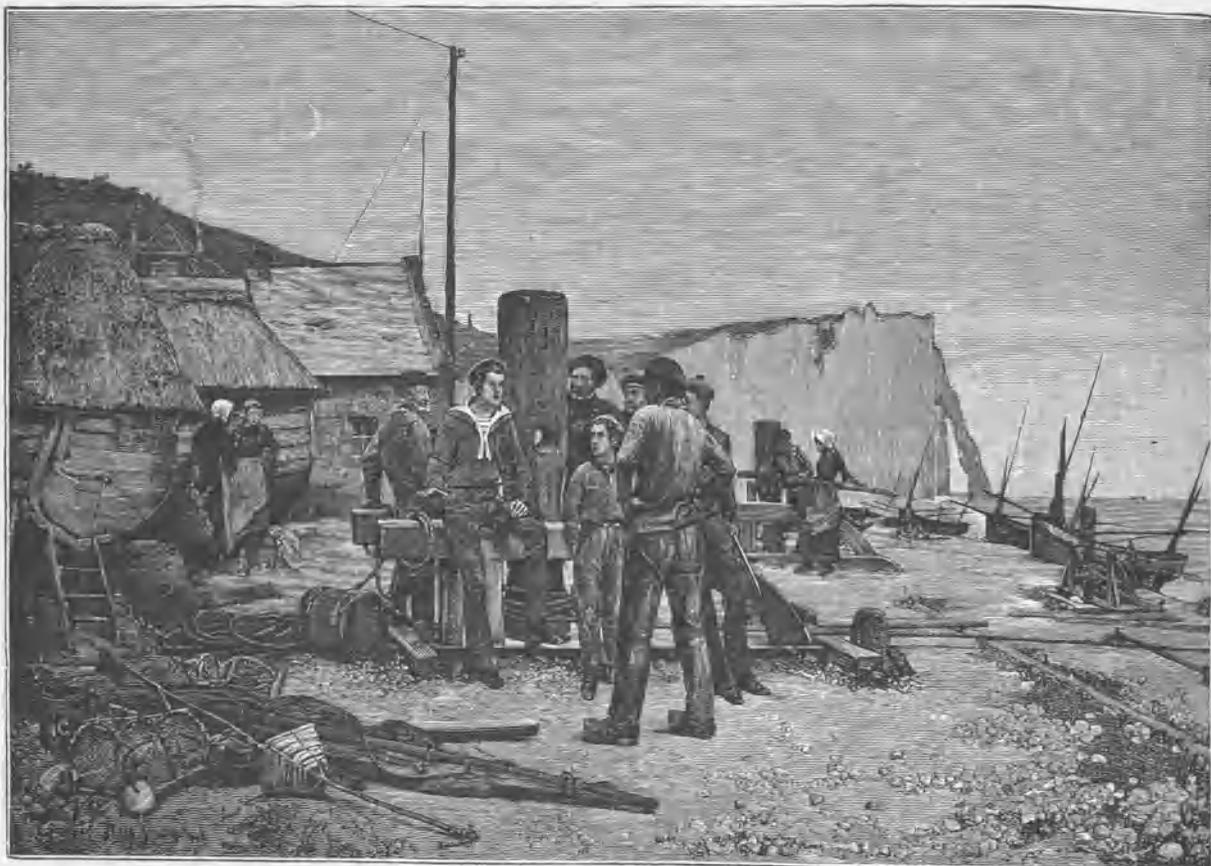
LUIS VIDART.

Madrid, 4 de Julio de 1883.



CABEZA DE UN APÓSTOL, POR ALBERTO DURERO.

(De la obra *La Gravure*.)



«LA NARRACION DEL MARINO.»

(CUADRO DE H. BACON.)

## UNA CACERÍA MARAVILLOSA.

(RECUERDOS DEL RIO CAUTO.)

I.

**D**E poca memoria gozo y voy á referir sucesos ocurridos hace diez años; háganme merced de feebas y de nombres, que así ganaremos mucho. Como dudo interesar al lector descontentadizo, para el indulgente escribo estos recuerdos de tiempos mejores, es decir, de tiempos pasados; basta de exordio.

II.

En Junio de 1872 me dieron el mando, no precisamente de un acorazado de primer orden, sino de una lancha cañonera recién construida en la Habana.

Yo era entonces alferez de navio, y encontré mi buque espléndido.

Se llamaba la *Lista*.... Media 14 metros de eslora, 3 de manga, 1,5 de puntal é igual calado. Su máquina era de dos hélices con fuerza indicada de 24 caballos y nominal de 12; su velocidad debiera exceder de 6 millas (pero no cumplió con lo debido). Montaba un cañon de bronce rayado de 8 centímetros. Su tripulacion era de 14 hombres.

Como la *Lista* estaba destinada á operar en el rio *Cauto*, plagado entónces de insurrectos, fué blindada con hierro de suficiente grueso para detener la bala de fusil. Tambien se le dotó de planchas movedizas y manejables que enganchaban en una baranda sobre cubierta. Despues vimos que todo aquello era nulo ante los proyectiles Remington.

Desde la Habana á Manzanillo (pasando por cabo San Antonio) hay más de 300 leguas: distancia que salvó la *Lista* á remolque del cañonero *Criollo*, cuyo comandante, D. Luis Gonzalez de Oliváres, áun recordará con emocion las peripecias de aquel viajecito de *placer* que duró quince dias.

Por milagro escapamos de una catástrofe.

Una semana cumplida tuve que mantenerme con tocino crudo y galleta. El pequeño camarote de mi barquichuelo era una sucursal del Océano, donde nadaban los libros, el calzado y mi perro de Terranova.

Por fin llegamos á Manzanillo, y poco despues entré en el *Cauto*, rio de 40 leguas de curso, cuya boca dista 15 millas de aquel puerto, y cuyo nacimiento arranca de las sierras del Cobre.

### III.

El rio *Cauto* es angosto y muy profundo; sombreado en casi toda su extension por altísimos árboles de selva virgen, donde casi no penetra el sol, pero tampoco la brisa, su temperatura es sofocante en invierno, y en verano insufrible; cierto dia vi caer asfixiadas algunas gallinas de Guinea en medio del rio al procurar atravesarlo.

Nada más pintoresco que aquellas márgenes, ni más insalubre; nada tan majestuoso y bello durante el dia, y tan imponente y triste durante la noche. En las horas de sol uniman el paisaje innumerables pájaros de diversos tamaños y colores, desde la garza real á la cotorra, desde el ave de rapiña á la perdiz, y surcan las verdosas aguas el cocodrilo y la gicotea (especie de tortuga). En las horas de tinieblas interrumpen el natural silencio los mugidos del toro salvaje, los aullidos del perro gíbaro y otros ruidos extraños é indefinibles.

La mayor anchura del rio no llega á 100 metros, y sus tornos y revueltas, sembrados de troncones sumergidos, hacen peligrosa la navegacion. En todo su primer tercio, ó sea hasta donde alcanza la manigua, hay plaga de mosquitos. Una noche que decidí fondear cerca de la desembocadura en espera de una balsa con insurrectos, fué mi gente acibillada de tal modo, que toda se arrojó al agua ocho ó diez veces; así pues, los pequeños insectos se posesionaron del barco en absoluto.

Yo tenía á bordo á un cabo de mar, con carácter de contramaestre, que era una alhaja: jóven, fuerte, trabajador, enérgico y entendido á fuer de valenciano; se llamaba Baeza. Confieso que en diez y seis años consecutivos de vida de buque no he encontrado otro que le igualara.

Baeza fué el único hombre de la tripulacion de la *Lista* que salió conmigo del rio *Cauto*; todos los demas murieron en él.

Si, allí murieron no solamente los que componian la tripulacion primitiva, sino los enviados por su desgracia para cubrir las vacantes; así como tambien la casi totalidad de los que sucedieron á estos últimos.

¡Y si entónces hubiera terminado la terrible renovacion! Pero, por más que sorprenda, fué verdad tristísima que tambien sucumbieron los que podrían considerarse como tercera tanda (1).

Esto produjo horror en el Apostadero, y como medida salvadora me enviaron una tripulacion de negros y de ma-

nilos. En efecto, fué acertado; pues sólo una tercera parte pagó con la vida su estancia en el rio.

Las fiebres en primer término, el tífus y hasta el cólera, eran azotes tan terribles como inevitables. No bastaba salir del *Cauto*, que así lo hacia yo á menudo para llevar los enfermos al hospital de Manzanillo. A bordo de mi lancha no habia médico, ni era posible que lo hubiera; ni medicamentos de ninguna clase; cierto que la mejor botica habria sido tan inútil como un libro en japonés.

Allá en el fondo del rio, donde comienza á ser navegable, se hallaba (y se hallará) un pueblecito llamado *Cauto el Embarcadero*; en él acuartelaba un batallon de cazadores: el batallon de Antequera.

Aquel punto, distante unas 60 millas de la boca, era el que más frecuentaba yo para dejar enfermos y hacer viveres. Tambien solia visitar un fuerte, situado entre dicho pueblo y la desembocadura, en el que existia un corto destacamento. Se llamaba el *Guamo*.

*Cauto el Embarcadero* y el *Guamo* eran, pues, los únicos lugares donde hallaba socorros y gente amiga.

Todas las orillas estaban desiertas, ó debian estarlo, pues mis instrucciones mandaban hacer fuego sobre cualquier persona que alcanzara á distinguír.

### IV.

¡Cuán cierto es que el sentimiento se embota ó se adormece! Yo me había acostumbrado á ver cómo desaparecian los hombres de mi cañonera, y, con rubor lo confieso, encontraba muchas horas de encanto en aquellas agrestes márgenes, en aquel silencioso y magnífico bosque, atravesado por una larga cinta de agua verde y tranquila, cual fácil camino abierto por la industria más bien que por la Naturaleza.

La pasion por la caza me enloquecía. ¿Dónde pudiera ejercitarla con más latitud? Desde el tierno pajarillo á la sabrosa gallina de Guinea solicitaban constantemente el tiro de perdigones; y no de tarde en tarde un tiro de bala, el jabalí, el toro, el caiman y (Dios me perdone) el hombre, el insurrecto, que aparecía entre los árboles sólo el instante preciso para disparar su fusil y lanzarnos una cargada ó una blasfemia.

Así es que, por lo comun, navegaba yo sentado á proa sobre cubierta con la escopeta Lefaucheux á un lado y el rifle Spencer á otro, los que debidamente empleaba segun se ofrecían á la vista ejemplares de caza menor ó de caza mayor. Imagínese bien el poco cansancio con que caminaba muchas leguas, y lo abundante y variado de las piezas que recogería.

En las instrucciones oficiales se me recomendaba mucha movilidad, y á fe que las cumplia concienzudamente. El tránsito del rio por las partidas insurrectas era tanto, que diariamente hallábamos y destruíamos dos ó tres balsas. Algunas llegué á distinguír con *cargamento*; pero de súbito, todo se arrojaba al rio, y en cuatro brazadas ganaban el bosque. Sorprenderlos era imposible; el ruido de la máquina se oía á enorme distancia en aquel desierto. Sin embargo, mucho lográbamos, porque el constante deshacer balsas (alguna de 200 pies de superficie) dificultaba en extremo al enemigo la frecuencia del paso.

(1) El cañonero *Alonso Alcaraz* (mandado por D. Joaquín Lázaga), que tambien estuvo algun tiempo operando en el *Cauto*, llegó á contar á veces con sólo cuatro ó cinco hombres hábiles entre los 40 que componian su tripulacion.

Mas como no es mi propósito referir hechos de guerra ni escaramuzas, sino episodios de caza, á éstos voy á concretarme.

Yo era el proveedor *egoísta* de la cocina de á bordo (1). Los marineros disfrutaban de manjares que no desdeñaría un gastrónomo cortesano. Hé aquí el *menú*:

Sopa de gicotea ó de cangrejos.

Frito de pajaritos ó de patas de cerdo gíbaro.

Pescado de varias especies.

Guisado de gallina de Guinea, ó garza con arroz, ó ternera con patatas.

Asado de vaca ó toro (á la parrilla).

Postres: frutas de guayaba y de coco.

Sólo por excepcion comíamos *huthas* ó *juthas* (especie de rata

(1) Algunas veces, por éncargo de los destacamentos que pedían carne fresca, nos reunimos las tripulaciones de mi lancha y la de otra igual (la *Pera*, destinada también al río), y dábamos grandes batidas á las reses vacunas: en cierta ocasion se cobaron siete toros magníficos.



enorme que sabe á conejo). Este animal abunda allí extraordinariamente, y se le halla siempre encaramado á los árboles. Su caza es facilísima. Jamas huye; puesto un cazador al pié del árbol le puede disparar veinte tiros, hasta que herido ó muerto cae pesadamente.

Las gallinas de Guinea levantan el vuelo cuando se les acosa en tierra; pero si el bando está posado y repartido en las ramas de un árbol frondoso, en él permanecen aunque se les fusile; así he matado sucesivamente ocho ó diez gallinas. No respondo que sea regla general, pues casi siempre he herido á esta clase de aves ó peonando en los claros del bosque, ó de tenazon al levantar el vuelo.

Las garzas y otros muchos pájaros acuáticos, cuyos nombres he olvidado, revoloteaban por las orillas; para cobrarlos me servia á la perfeccion un magnífico perro, legítimo de Terranova, que habia adquirido en el muelle de la Habana, presintiendo su mucha utilidad.

Dik era su nombre. Cierta vez una garza herida le dió tan fuerte picotazo cerca de un ojo, que por poco se lo vacía. Desde entónces anduvo muy reacio y precavido en el desempeño de sus funciones.

Dik tenia la costumbre de arrojarle al agua en persecucion de los caimanes que aparecian cerca del barco. Su audacia era digna de mil laureles, y como la bala de mi rifle heria ó espantaba al terrible anfibio ántes de que lo alcanzara el perro, Dik regresaba siempre lleno de orgullo por su victoria. La confianza en sí mismo llegó á ponerlo en riesgo grave. Un día, estando yo en la cámara, oí los ladridos de Dik, su caída al agua, y á poco las voces de Baeza, que pedía una carabina; subo y llego en el momento de ver al perro que mordía una pata del caiman; vuélvese éste con las mandíbulas abiertas y las clava en el hocico de Dik. Entónces disparé, destrozando el cráneo del anfibio; éste murió y Dik continuaba preso, chillando como un condenado; hubo que ayudarle á desprenderse, y en seguida curarle un labio partido y una oreja rasgada.

Dik no echó en saco roto la suave advertencia; en lo sucesivo le enardecia muchísimo ménos la presencia de los caimanes, y aun diríase que le era poco grato hasta el olor á almizcle que los denuncia. Jamas volvió á perseguirlos.

La caza del caiman es muy sencilla. Una bala cónica atraviesa su coraza como si fuera de papel; dudo que el cocodrilo del Nilo sea impenetrable á tales proyectiles; las dimensiones de aquél exceden á las del caiman de las Antillas, pero no mucho, pues entre los 30 ó 40 de estos reptiles que he matado, algunos median más de tres metros de longitud.

## V.

Pero ni la caza del caiman, ni la del cerdo salvaje, ni la del toro son dignas de recordacion, á pesar de los lances curiosos (para los cazadores) que en ellas ocurrieron, singularmente con uno de aquellos últimos animales.

En cambio, juzgo de interes grandísimo, por sus peripecias y originalidad, una cacería que realicé, y sobre la que hasta ahora no he visto, oído ni leído cosa que se le parezca.



TIPOS DE LA AMÉRICA DEL SUR.—DAMA CHILENA EN TRAJE DE MISA.

(De fotografía.)

Creo que los verdaderos aficionados me agradecerán les haga una relación de ella, rigurosamente histórica y perfectamente exacta.

En uno de mis viajes de *Cauto* á Manzanillo supe que los tiburones estaban haciendo estragos en la rada; que aparecían por debajo del muelle de madera, que rondaban de continuo al rededor de los buques; que algunos días ántes habian devorado á un hermoso perro, y poco despues, partido por mitad á un pobre muchacho, negrito, de catorce años.

Los tiburones solian verse entré dos aguas é imponian terror por sus dimensiones. Concebí la idea de pescarlos, mas no tenia á bordo un currican de bastante resistencia, y marineros del puerto habian empleado aquel medio inútilmente.

Pero es el caso que cada vez que yo veia pasearse á los tiburones en libertad me cegaba la ira, y (véase qué extraño efecto) llegué á sentir hácia ellos un odio feroz y un deseo ardentísimo de exterminarlos.

Resuelto firmemente á conseguir este propósito, quedé más tranquilo, pues sé por experiencia que casi siempre *querer es poder*. Desde luego decidí no regresar al *Cauto* por entónces, y cada día practicaba alguna idea poco feliz.

Una tarde maté á un gran cocodrilo en un riachuelo cercano, é imaginé ponerlo de cebo á los tiburones; hice así amarrándolo fuertemente y atando la cuerda á un poste de la punta del muelle.

Yo me coloqué allí de centinela con mi rifle.

El cocodrilo muerto no enseñaba más que la prolongada cabeza y permanecía perpendicular.

Trascurrió media hora.

De pronto la cuerda dió un tremendo estrechonazo; el agua se removía furiosamente, trocándose en fango puro; una lucha de gigantes parecia entablada bajo la superficie, y por momentos aparecía ante mis ojos un lomo negruzco ó una aleta blanquecina. El tiburón habia hecho presa del caiman y procuraba partirlo ó arrancarle un trozo.

—¡Esa carne es muy dura!—decia Baeza, que estaba á mi lado.

Yo esperé uno de los instantes en que el tiburón descubria el lomo y le *planté* un balazo.

Inmediatamente cesó la lucha y el ruido; todo quedó en calma. Miré y nada distinguí; sondé y no hallé más que el fondo. El caiman habia desaparecido y también el tiburón.

Yo no abrigaba duda que habia herido al esqualo, pues casi le tocaba la boca de mi rifle; si hubiera huido, se lo hubiera visto alejar; si hubiera muerto, allí, en el fondo debería hallarse, y no se le encontraba.

Trató de convencerme y salí en un bote con tres marineros para explorar un buen espacio.

En el sitio del disparo la profundidad no llegaba á dos brazas y á través del agua se distinguía el fondo vagamente. Despues de algunos minutos de pesquisas, vimos un enorme cuerpo gris que reposaba en el fango.

Era el tiburón, tendido boca arriba y sin ningún movimiento. Otro enorme esqualo se hallaba reconociéndolo, al parecer, y al fijarse en nosotros se alejó.

Todos lanzamos un grito de alegría.

—Es preciso extraerlo y llevarlo sobre el muelle—le dije á Baeza.

Éste procuró enganchar el largo bichero (1) en una aleta del esqualo. Fué muy sencillo, y entre los tres hombres empezaron á cobrar del bichero y subir el tiburón á la superficie. Como todo cuerpo sumergido pierde de su peso el del agua que desaloja, elevábamos aquél sin trabajo á pesar de que media seis metros de extensión.

Cuando la gente que ocupaba los muelles vió aparecer al terrible esqualo, rompió á palmotear y á decirme que lo llevara hasta ellos para sacarlo del agua.

Ese era mi propósito; mas de repente el bote sufrió un vaiven que casi lo vuelca; el mortecino tiburón habia revivido y daba fuertes coletazos.

Baeza, que tenia agarrado el bichero, pidió auxilio, y los otros dos hombres corrieron á ayudarle; así los cuatro nos agrupamos á proa, yo con el rifle y los demas asidos al bichero con todas sus fuerzas.

El tiburón arrancó como una flecha, arrastrando el bote hácia fuera del puerto.

Corria con tal velocidad, que la proa (ya sobrecargada) iba casi debajo del agua.

Yo temia que el bichero se desprendiese, mas estaba profundamente clavado en la aleta; preciso era que los marineros no lo abandonáran.

—¡Apretad los puños, cuidado con soltar!—gritaba yo.

—¡Primero me cortan las manos!—respondía Baeza.

—¡No hay cuidado, mi comandante!—decian los demas, duplicando sus esfuerzos.

Mientras, yo disparé sobre el tiburón, que aceleró su marcha (2).

El rifle Spencer contiene siete cartuchos que pueden consumirse en dos minutos; preparé el segundo é hice fuego.

El esqualo tampoco se detuvo, y el bote seguía anagándose y los borbotones de agua nos habian empapado de piés á cabeza, sin aplacar nuestra sed de persecucion. Los del muelle daban gritos que no podíamos comprender. Sin duda celebraban lo curioso del espectáculo.

No hay en el mundo una nave que haya corrido sobre el mar con tanta rapidez como nuestro bote, remolcado por el enorme tiburón.

Un tercer disparo también fué ineficaz. Sentí impulsos locos de echarme con un cuchillo sobre aquel lomo tragabalas.

Los marineros jadeaban de cansancio. Un minuto más y el esqualo se marcha con el bichero.

—¡Baeza—grité—si se escapa te mato!

—No habrá lugar, señor; el tiburón va muerto.

—Pero corre....

—Es que lleva mucha *arrancada*—respondió gravemente.

Al fin di con un medio eficaz. Puesto un pié sobre la borda y otro sobre el hombro de Baeza, dominando mucho mejor al enemigo, le lancé el cuarto proyectil.

Entónces el tiburón se detuvo y comenzó á descender.

Ya era nuestro. Un quinto tiro lo dejó totalmente exánime y se pudo remolcar.

(1) Palo fuerte y flexible, de tres á cinco metros de longitud, que termina en un hierro de punta y un gancho; sirve en las embarcaciones menores para atracar y desatracar.

(2) Siempre que recuerdo esta aventura le hallo mucha analogía con la del famoso globo de Julio Verne remolcado por un elefante.

En el acto le pasamos unos cabos ó cuerdas por el cuerpo, y una vez seguros de no perder la presa, se achicó el bote, que estaba casi anegado.

En seguida lo llevamos al pié del muelle. Allí fué recibído con atroz algarabía por el pueblo y los soldados de la guarnición, que apoderándose de las cuerdas, subieron al terrible pez.

Sobre las tablas del muelle lo descuartizaron en pocos minutos, y cada hombre se llevó un trozo de aquella carne dura, coriácea é indigesta. En vano les grité que no se comía, que casi no se mascaba; ¡ inútiles clamores!

Ann ignora las consecuencias.

No se crea que yo quedára contento al ver á mi enemigo hecho jigote.

Faltábame el otro, no ménos grande y temible, que habíamos visto reconociendo al herido.

Seguramente aquellos dos eran autores de todas las fechorías ejecutadas en el puerto. Destruyéndolos, éste se hallaría libre de malos huéspedes, es decir, hasta que lo invadieran otros barateros de su jaez.

Sobre el muelle no quedaba más que la enorme cabeza del escualo.

Contemplándola se me ocurrió ponerla de cebo, como había hecho ántes con el caiman, y aunque *nunca segundas partes fueron buenas*, en este caso resultó inmejorable.

Á poco de echarla al agua fué cogida por el otro tiburón. Lo mismo que anteriormente, hice fuego sobre el lomo á boca de jarro, y quedó mal herido en el fondo, cerca de un pailebot.

Desde allí lo enganchamos con el bichero, se atrajo hasta la superficie y se envasó con rapidez. Sólo en los momentos de *levantarlo* fuera del agua comenzó á agitarse y á dar terribles coletazos en el aire.

Le encajé tres tiros, y ya muerto se introdujo á bordo.

Allí le abrieron el vientre, hallándosele un tiburoncito muy bien formado, que vivió cuatro dias en una tina con agua.

De este modo extraordinario y original exterminé á la amable familia. Quiere decir que si alguna vez caigo al agua y me come uno de estos peces feroces, no habrá sido impunemente.

El que sepa lo difícil que es apoderarse de un tiburón; lo duros que son para morir; lo temibles dentro y fuera del agua, y la astucia que poseen para librarse del cebo, no prestará mucho crédito á mi relato (1).

(1) De las obras completas de Buffon, tomo XXVIII, *Historia Natural de los cetáceos y de los peces*, por el Conde de La Cépède, transcribo los siguientes curiosos datos sobre el tiburón:

«Este formidable animal llega hasta una longitud de más de diez metros; pesa algunas veces más de mil libras, y estamos muy distantes de poder afirmar que es exagerado el aserto de los que han pretendido que se había pescado un tiburón cuyo peso excedió de cuatro mil libras.

»Pero la magnitud no constituye su único atributo; recibió además una fuerza prodigiosa juntamente con armas mortíferas, y tan feroz como voraz, impetuoso en sus movimientos, ávido de sangre, é insaciable en la matanza, es realmente el tigre del mar. Busca sin temor á sus enemigos, los persigue con más obstinación, los ataca con más denuedo y los combate con mayor encarnizamiento que todos los demás habitantes de las aguas.

«Terrible, aunque se le haya agobiado de cadenas, luchando violentamente para quebrantarlas, conservando un gran vigor aun cuando esté completamente bañado en sangre, y pudiendo con sólo el impulso de su cola apartar la desolación en torno de él, cuando ya está próximo á espirar,

Afortunadamente el lauce tuvo mil testigos de vista. La maravillosa cacería de los tiburones fué objeto de conversacion en todas las casas de Manzanillo, y yo podría probar plenamente la exactitud de sus puntos, si en ello ganára algo, por ejemplo: una apuesta contra cualquier incrédulo.

¿por ventura no es el más formidable de todos los animales, á los que no concedió la naturaleza armas ponzoñosas? El tigre más furioso, en medio de las arenas abrasadas por los rayos perpendiculares del sol, el cocodrilo más colosal en las costas ecuatoriales, la serpiente de mayor magnitud en los desiertos africanos, ¿deben inspirar tanto temor como un enorme tiburón en medio de las olas agitadas?

»Algunas veces la escasez de alimentos más sustanciales les obliga á contentarse con *sepias*, moluscos ó gusanos marítimos, pero los mayores animales son los que busca con más ardor, y á consecuencia de la perfeccion del olfato, así como de la preferencia que da á las sustancias cuyo olor es más fuerte, se apresura á lanzarse donde quiera que haya cuerpos muertos de peces ó cuadrúpedos y órdáveres humanos. Sigue, por ejemplo, á los buques *uegreros*, que, á pesar de las luces que esparció la filosofía, de la voz del verdadero interés, y el grito indignado de la humanidad ultrajada, salen aun de las costas africanas. Digno compañero de tanto cruel conductor de estas funestas embarcaciones, las escucha con constancia, las sigue con tesón hasta los puertos de las colonias americanas, y mostrándose sin cesar al rededor de los bajelos, agitando en la superficie del agua, y por decirlo así, con su boca siempre abierta, espera con ansiedad los cadáveres de los negros que sucumben bajo el peso de la esclavitud á de las latigas propias de tan largo tránsito. Se ha visto uno de estos cadáveres de negro ahorcado en la extremidad de una verga que distaba más de seis metros sobre el nivel del agua del mar, y á un tiburón hacer varias tentativas hasta alcanzar el cadáver, consiguiendo por último, y despojar sin temor cada uno de sus miembros. ¡Qué energía en los músculos de la cola y de la parte posterior del cuerpo no debemos suponer para que un animal tan volentinoso y tan pesado pueda elevarse como un dardo á tan considerable altura! Qué prueba del vigor que hemos creído debíamos atribuirle! Y en vista de esto, ¿podríamos poner en duda los dones rasgos que hereditan la voracidad de los tiburones? Y todos los navegantes ¿no saben el peligro que corre un pasajero que oye al mar cerca de los parajes más infestados por estos animales? Si procura salvarse á nado, no tarda en verse cogido por un tiburón, que violentamente lo hunde en el agua. Si se llega á arrojarle una cuerda de socorro, levantándole así por encima de las olas, se lanza el tiburón y se vuelve con tanta prontitud, que á pesar de tener la abertura de la boca debajo del hocno, deliene al desgraciado, que ya se arda libre, lo desgarrá completamente y lo devora delante de sus compañeros horrorizados.

»Pero ¿cuál es el medio que puede emplearse con buen éxito para librar á los mares de un escualo tan peligroso?

»La pesca.

»Se prefiere para esto que el tiempo esté en calma, y en algunas costas, tales, por ejemplo, en las de Islandia, se espera á que lleguen las noches más largas y más oscuras. Se prepara un anzuelo cejado generalmente con una gran porcion de tocino y se ata á una cadena de hierro larga y fuerte. Si el tiburón no está muy hambriento se acerca al cebo, gira alrededor, lo examina, por decirlo así; se sieja, vuelve de nuevo, comienza á tragárselo, y desprende por último su boca ya ensangrentada. Si entonces se mueve el cebo, como si se quisiese sacar del agua, sus apetitos se reaniman, su avides se exalta, se arroja sobre el cebo, lo traga con ansiedad y procura hundirse en los abismos del Océano; pero como se siente debenido por la cadena, hace esfuerzos violentos para arrancársela y llevarla en pos de sí: como no puede vencer la resistencia que se le opone, forcejea, salta, se pone furioso, y según se dice, procura vomitar todo lo que ha tomado y vaciar un cierto modo su estómago. Cuando ya se agitó por mucho tiempo y sus fuerzas principian á debilitarse, se tira de la cadena de hierro hacia la costa ó hacia el buque pescador, á fin de que la cabeza del escualo se presente fuera del agua: entonces se le tienden cuerdas con nudos corredizos para oprimir su cuerpo fuertemente, y con más particularidad hacia el origen de la cola; y despues de haberle así cejado de cuerdas se tira de él completamente para trasportarle á la embarcación ó á la playa, donde sólo se acaba de tomar tomando las más exquisitas precauciones contra su terrible mordedura y los golpes que con su cola puede dar.

»Finalmente, es muy difícil privarle de la existencia; pues resiste, sin exhalar el último aliento, á la acción de las más profundas heridas, y aun mucho despues de haber espirado, las diferentes partes de su cuerpo manifiestan todos los indicios de una excesiva irritabilidad.

## VI.

He dicho que no quiero referir episodios de guerra, pero ántes de terminar estos apuntes de mi estancia en el río *Cauto*, debo enviar un saludo cariñoso á los entónces oficiales del valiente batallón de Antequera, algunos muy conocidos y apreciados hoy en la república literaria, como el escritor D. Felipe Ovilo y el poeta D. Adelardo Calle. También era un publicista muy distinguido el ya difunto coronel que mandaba aquel batallón, D. Nicolás Castor de Caunedo.

Con ellos tuve la gloria de compartir las fatigas y los trabajos de una expedición que duró seis días, recorriendo cuarenta leguas de un territorio por donde hacía mucho tiempo no transitaba ningún soldado.

Raro parecerá que yo abandonára el buque para seguir á la tropa en tan larga expedición, mas la cosa fué muy *correcta*: persiguiendo un día una balsa á toda fuerza de máquina, saltó en cien pedazos la tapa del cilindro; atraqué entónces á *Cauto el Embarcadero* para remediar la avería (que inutilizaba la cañonera durante una semana), y enterado de que el batallón salía á operar, puse un oficio al Jefe de la División naval notificándole que iba á unirme á los expedicionarios con algunos marineros, medio que se me ofrecía de prestar servicios al país mientras el buque se hallaba inútil.

Dejé, pues, muy recomendado á Baeza el mayor celo y al maquinista la compostura del cilindro.

Poco ántes de salir y mientras me colgaba el machete y

recogía cartuchos, exclamé en voz alta para mí mismo, recordando á Paul de Kock:

— Vamos allá, ¡Ahora tengo mi liebre!

— ¿Una liebre aquí, mi comandante? — repuso Baeza asombrado.

— Aun no; pero la traeré; es mi secreto: por ella vine al *Cauto*.

Seis días después había yo regresado al cañonero sin la más pequeña novedad. En las cuarenta leguas que recorrimos, hallamos dos veces á las partidas insurrectas y las derrotamos completamente. La más numerosa (de 500 hombres) en los montes de *Curaito*, y la menor en *Laguna de Indios*. Entónces supe apreciar todo el valor y el sufrimiento de nuestras tropas, y más particularmente de la veterana que componía el batallón de Antequera y su caballerosa oficialidad.

Cuando entré abordo, me dijo Baeza con malicia,

— ¿Y la liebre, señor?

— La traigo en el bolsillo: ¡no lo dudes!

Poco después dejé el mando de la *Lista*, porque me hallaba muy mal de salud, y vine á España.

Trascurridos algunos meses me concedieron el empleo de capitán de ejército, por las operaciones en el *Cauto*.

Pero ¿qué habrá sido del honrado Baeza?

Hubiera visto la *liebre* que yo perseguía.

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

Madrid, 5 de Julio de 1883.



ROMA.—INTERIOR DEL PANTEÓN

## Á MI AMIGO EL POETA VELARDE.

Feliz te escribo, de mi dicha cierto,  
Al arribar, al fin, ¡oh dulce amigo!  
Del santo hogar al suspirado puerto.

En él mi suerte está; yo lo bendigo:  
¡Bien hallada la costa que me espera  
Brindándome al llegar calma y abrigo,

Para formar mi nido en su ribera,  
Como el ave en la selva florecida,  
Al lado de mi dulce compañera,

Ya tiene empleo mi agitada vida  
En la paz de este hogar; paz venturosa,  
Cuanto más ignorada, más querida;

Donde el cansado espíritu reposa  
Sin la sed de ambicion rebelde y brava  
Que en la lucha del siglo nos acosa.

Rompa el orgullo del deber la traba  
Y arrastre al hombre con soberbio anhelo  
Por una senda, del error esclava,

Dejándole la duda por consuelo,  
Sin amparo, sin luz, sin fe, sin guía,  
Sin la suprema aspiracion al cielo.

Busque ese amor fugaz, que dura un dia,  
Quien no sepa, por cándido ó vehemente,  
Que no es amor el que logrado había.

Siga del mundo la veloz corriente  
Quien anhele la dicha transitoria  
Del triunfo que persigue locamente;

Tal vez mande, cual sierva, á la victoria;  
Mas tal vez en el pecho ó en las manos  
Se clave las espinas de la gloria.

Del mundo loco los placeres vanos  
Queden por siempre atras; que la conciencia  
Halla goces más dulces y más sanos.

¿Qué debo de ese mundo á la experiencia?  
Helando sin piedad mis ilusiones,  
No me dió en su lugar ni una creencia;

Y al cabo, ¿qué logré con sus lecciones?  
¡Sólo olvidar lo que aprendí en la cuna  
Entre besos y sueños y oraciones!

Cortesano servil de la fortuna,  
Con todos mis placeres ha gozado;  
Mis lágrimas.... ¡jamás enjugó una!

Y escéptico, procaz y degradado,  
Siempre le vi pidiendo al poderoso  
La proteccion que debe al desgraciado.

Mas ¿quién recuerda el vendaval furioso  
Cuando el iris dibújase en el cielo  
Y surge el sol del porvenir dichoso?

¿Qué más compensacion, qué más consuelo,  
Que el muro de mi hogar, que me defiende  
De torpe envidia y punzador recelo?

No es el amor que en público se vende  
El que en torno de mí canta y anida  
Y sus alas blanquísimas extiende.

Manantial de ternura bendecida,  
Se temple en el dolor y se ennoblece,  
La virtud y el respeto son su vida,

Da brío en el trabajo, que enaltece,  
Animo al que vacila en la pelea,  
Fuerzas al que en la lucha desfallece,

Y con la fe del mártir en su idea,  
Ni le arredra el dolor, ni teme al llanto,  
Ni se dobla su fuerza gigantea.

Abrazado al deber en lazo santo,  
Jamás en su mision duda un segundo,  
Ni el sacrificio le produce espanto;

Y el sacrificio, por amor fecundo,  
Alienta al corazón, llena la vida,  
Señala al cielo y embellece el mundo.

¡Oh dulce paz soñada y conseguida,  
Contigo, hasta el dolor juzgo dichoso;  
Sin tí, la misma dicha me intimida!

Ya el trabajo no es hoy yugo ominoso,  
Porque al cesar me espera confiada  
La que me ofrece bienhechor reposo.

¡Ah, cuán dulce imagino la velada  
Allá en la noche del invierno frio,  
De cierzos y de nieves azotada!

Léjos el viento bramará bravío  
Y arderá en la espaciada chimenea  
El leño, que dió frutos en estio;

El fuego, que se aviva y culebrea,  
Se enroscará sobre la seca rama,  
Que al sentirse abrasar chisporrotea,

Y miéntas una cruje y otro brama,  
Vencé el fuego voraz y el leño cae  
Envuelto en los penachos de la llama.

Junto al fuego, que al par tèmpla y distrae,  
Nos juntará, con íntima delicia,  
La profunda pasion que nos atrae.

Allí la confidencia y la caricia,  
La esperanza feliz mal encubierta,  
De la ilusion la virginal primicia,

El placer, el afan, la dicha cierta....  
¡Ah, qué hermoso es soñar! ¡Bendito el sueño  
Que sólo en brazos del amor despierta!

¿Hay porvenir más grato y halagüeño?  
Aun tal vez nos lo guarde la fortuna  
Si Dios bendice nuestro afan risueño,

Y al colmar nuestras dichas una á uria,  
El ángel que en su nombre nos envia  
Baja á llenar la venturosa cuna.

Ya mi sér se estremece de alegría  
Pensando cuando el dulce pequenuelo  
En sueños con los ángeles sonria,

Y de sus ojos entreabriendo el cielo,  
Le aparte cuidadoso de la frente  
La rizada guedeja de su pelo.

Tal vez ya me extravio locamente,  
Mas déjame soñar que está á mi lado,  
Aunque sufras creyéndome demente.

Yo lo conozco, sí, yo lo he soñado;  
Yo he visto en amoroso desvario  
Circular por su rostro nacarado

La sangre que heredé del padre mio,  
Junta con la que late por las venas  
Del dulce sér, mitad de mi albedrío.

Mas ¡ah dolor, cuán pronto me encadenas!  
Las dichas que han de ser luz de mi historia,  
Al nombrar á mi padre ya son penas.

Ni el noble anciano mirará mi gloria,  
Ni el hijo mio sus palabras sanas  
Grabará para siempre en su memoria,

Ni yo veré con dichas más que humanas,  
Juntos y unidos en abrazo estrecho  
Tan blondos rizos y tan nobles canas.

Mas siempre al estrechar contra mi pecho  
A ese sér de mi sér, que el alma ansia,  
En suspiros y lágrimas deshecho,

Le hablaré de mi padre cada dia,  
Y entonces él sabrá por mi cariño  
Lo que el honrado viejo me queria.

Y con voz trabajosa y sin aliño,  
El venerado nombre de su abuelo  
Será el primero que pronuncie el niño,

Y rezará por él, con firme anhelo,  
Esa pura oracion de la inocencia  
Que ya sabe el camino que va al cielo.

En su ejemplo formando su existencia,  
Le enseñaré desde su edad temprana  
La senda del honor y la conciencia,

Y ayudando á mi empresa soberana,  
Su madre verterá sobre la cuna  
La dulce esencia de la fe cristiana.

Con ella, despreciando la fortuna,  
Caminará seguro por el mundo  
Si su vaiven constante le importuna,

Y unidos siempre por amor profundo,  
Podré pensar, mirándole á mi lado  
Cuando cierre mis ojos moribundo,

Que dejo en él mi nombre asegurado  
Con digna estimacion, si no con gloria;  
Tal vez nunca inmortal, mas siempre honrado.

¡Feliz el que consigne la victoria  
De ver, al caminar hácia la muerte,  
Prolongarse en sus hijos su memoria!

¡Ah! tú ya conseguiste de la suerte  
El bien que yo ambiciono y necesito:  
¡Cuán dulce envidia me consume al verte

Quando te sigue, con discordé grito,  
La alegre turba de tus hijos bellos,  
Aves y flores de tu hogar bendito!

La fama, que te manda sus destellos,  
Y te ofrece entre palmas y loores  
Glorioso nombre que recojan ellos.

Ellos son de tus obras las mejores,  
Y Dios sabe el fervor con que le pido  
Que su vida feliz siembre de flores.

Adiós; aquí concluyo y me despido,  
Sabiedo el alma que feliz la sella,  
Que aunque muera esta carta en el olvido,  
No morirá nuestra amistad con ella.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



«DUELO Á MUERTE.»—CUADRO DE MEISSONNIER.

(De fotografía de Goupil y Compañía, de París.)



## MIS AMORES.

(A CAVESTANY.)

I.

Parécenme los cantos que hoy exhalas  
Mariposas que á mí llegan volando  
Con átomos de sol sobre las alas,

É igual tu acento, por lo vivo y blando,  
Al hilo de la fuente cristalina,  
Que rueda reluciendo y murmurando;

Y es que siempre en su trova más divina  
Rompen gozosos, al hacer el nido,  
Alondra, ruiseñor y golondrina.

Encuétrame tu cántico abatido,  
Luchando en balde por dejar el suelo,  
Cual vencejo que á tierra se ha venido;

Mas alzóme á tu voz, y cruzo el cielo,  
Que tengo, en todo igual á ese avecilla,  
Si el paso inútil, poderoso el vuelo.

Me crezco ante el poder que á otros humilla,  
Y lucho hasta triunfar, cual vencedora  
Resiste, endureciéndose, la arcilla

Al fuego, que las aguas evapora,  
Los mármoles calcina, el hierro funde,  
Y á sí mismo, insaciable, se devora.

Cual levántase el humo y se difunde  
Por el cielo, primero que la llama  
En resplandor vivísimo lo inunde,

Abatido el poeta gime y clama  
Antes que rompa en claridad el fuego  
Que su alentado corazón inflama.

¡Ay! que vive sin dicha ni sosiego  
Con las pasiones en perpétua lidia,  
Y en él se ceban con enojo ciego

Los tigres del rencor y la perfidia,  
Las bestias del orgullo y la ignorancia,  
Y las sierpes del odio y de la envidia ;

Y responde del mal á la arrogancia,  
Como el incienso al ascua que le quema,  
Levantándose en nubes de fragancia.

## II.

Deja que alabe su virtud suprema :  
Por loco el vulgo necio le reputa,  
La fortuna le lanza su anatema,

Y la critica al uso, prostituta  
Por el error ganada y la impudicia,  
Le amarga y le envenena con cicuta.

Aquel á quien mal crítico acaricia  
Llagado debe estar, porque el gusano  
Sólo encuentra placer en la inmundicia.

Del arte eunuco y miserable enano,  
Que puede y se alza más, juzga el idiota,  
Siendo infame, crüel ó chabacano ;

Y ora impío á los débiles azota,  
Y ejerce de verdugo las funciones,  
En altar erigiendo la pieota ;

Ora halaga del vulgo las pasiones  
Plagiando obscenidades de Epicuro,  
Muecas de momo, insultos de bufones,

Que entraron á engendrarle, de seguro,  
En contubernio bárbaro y sin nombre,  
La hiena, el jímio y el reptil impuro ;

Ver en él, las más veces, no te asombre,  
Un cuerpo indigno de abrigar un alma,  
Y un alma indigna de animar á un hombre.

## III.

Mas, ah, perdona si perdi la calma ;  
Ya vuelvo en mí, como al ceder el viento,  
Á erguirse torna la abatida palma.

Al poner en tu hogar el pensamiento,  
Ó del mio aplacerme en la dulzura,  
El corazon regenerado sienta,

Y en himnos mis clamores de amargura  
Se truecan, y mis roncas carcajadas  
En ahogados sollozos de ternura.

Las nubes en mi mente condensadas,  
Y los dolores en mi pecho fijos,  
Cual hiedras en los muros arraigadas,

¿Qué son ante los puros regocijos  
Que me brinda el hogar, donde me espera  
La santa madre de mis tiernos hijos ?

¡ Bien haya la bendita compañera  
Que de mi vida, con su fe amorosa,  
Perpetúa la alegre primavera,

La musa fiel, la estrella luminosa  
Que me guía en mi vuelo á lo infinito,  
Más que el sol pura, como el sol hermosa !

¡ Bien haya la que llamas en tu escrito  
*Alegre turba de mis hijos bellos,*  
*Aves y flores de mi hogar bendito !*

¡ Lucir miro en la madre los destellos  
Que le prestan sus hijos, y el tesoro  
De las bellezas de su madre en ellos !

¿Que soy pobre ? ¡ Qué importa ! ¿ Acaso ignoro  
Que el dorado metal desconocía  
La edad dichosa que llamamos de oro ?

## IV.

Si el social espectáculo te hastía,  
Vén á mi hogar, verás cómo despierta  
Tu espíritu apenado á la alegría.

El ángel de la paz guarda la puerta :  
No llares á ella, no, que ya la tiene  
La vigilancia del amor abierta.

*Ella*, al abrir, el paso me detiene,  
Y de *ella* en pos, gritando y sonriendo,  
La alegre turba de mis hijos viene.

Uno, amigo de escándalo y estruendo,  
Con una cuerda mi baston embrida  
Y en tan bravo corcel sale corriendo ;

Otro emprende á mi cuello la subida  
Y me besa con ánsia, y palmootea  
Después de la victoria conseguida ;

Aquel, que ni mi nombre balbucea,  
Ni en pié se tiene, de su madre en brazos  
Por venirse á los míos forcejea,

Y *ella*, nudo comun de tantos lazos,  
Entre todos, benéfica, reparte  
Dulces sonrisas, ósculos y abrazos.



## V.

Confabulada en silencioso aparte,  
¡Ah, no te rias! me declara guerra  
La turba, ardiendo en el furor de Marte,

Y á mis ropas, beligeras, se aferra,  
Y tal lucha, que al cabo da conmigo  
Y con mi grave autoridad en tierra.

¿Cómo, di, de sus brazos me desligo,  
Si son cadenas para mí de flores,  
Y cómo, recobrándome, les digo

Que cesen en sus risas y clamores,  
Si al oírlos, de júbilo desmayo,  
Creyéndome que cantan ruiseñores?

Parece que viveza les dió el rayo,  
El brote tierno la salud y el brio,  
Color la adelfa, que florece en Mayo,

Y que su aliento refrescó el rocío,  
Y endulzaron sus labios los panales,  
Y encendió sus miradas el estío.

Cuando, rendidos en batallas tales,  
Sus párpados de rosa cierra el sueño,  
Y les sume en arrobos celestiales,

Y el ángel de la paz va con empeño  
Luces y ecos dejando adormecidos  
Con sus alas cargadas de beleño,

Sonámbulos de dicha mis sentidos,  
Embriagados quizás, por doquier hallan  
Orgías de colores y sonidos,

Aromas vivos que entre sí batallan,  
Ondas que bullen, pájaros que trinan,  
Alas que zumban, ósculos que estallan.

## VI.

No sólo estos amores me fascinan;  
Otros, dulces también, me dan consuelo  
Y mi mente fantástica iluminan;

Amores que entre sí no traban duelo,  
Antes, unidos en concordia santa,  
Cual mística oracion suben al cielo.

Los tengo en un país de gracia tanta,  
Que el sol, enamorado de los seres,  
Con más rico pincel los abriganta;

Donde todo convida á los placeres,  
Horizontes sin fin, campiñas bellas,  
Mares azules, lánguidas mujeres;

Allí, donde con más dulces querellas  
Se encienden en amor los ruiseñores  
Al trémulo irradiar de las estrellas;

Donde son pura miel frutos y flores,  
La noche ténue albor, la aurora día,  
El día vivo incendio de colores;

Y el culto y el amor idolatría,  
La sangre lava, rayo el pensamiento,  
Poeta el hombre, la mujer poesía:

¡ Ah! que Dios, al tomarte por asiento,  
Más dones, patria mía, te ha otorgado  
Que estrellas derramó en el firmamento.

## VII.

Hay en ella un lugar casi olvidado,  
Donde amor, como al ave emigradora,  
Otro nido me tiene reservado.

La mar besa, allí siempre rugidora,  
Los blancos caseríos de una aldea,  
Que le parecen, cuando el sol los dora,

Al nauta que al mirarlos se recrea,  
Caracoles y conchas nacarinos  
Que amontonó en la orilla la marea.

Allí mi nido está; vientos marinos,  
Que de las sales el olor intenso  
Juntan al resinoso de los pinos,

Mantienen claro el horizonte inmenso,  
Y vencen en perfume y en templanza  
Al hálito que brota del incienso.

Aquel nido es el iris de bonanza  
Que me presta en mis luchas con el mundo  
El místico placer de la esperanza,

Y hácia él mirando con amor profundo  
Mi corazón, como la tierra, se hace  
Cuanto más lo desgarran más fecundo.

## VIII.

¡ Oh! deja que me engria y me solace  
Trayendo lo pasado á la memoria,  
Que á nueva vida así mi alma renace;

Que me olvide del arte y de la gloria,  
Y pinte, y ría, y llore dulcemente  
Al narrar episodios de mi historia.

¡ Venid, recuerdos míos, á la mente,  
Y brotad y corred, sin orden, puros  
Cual surge y corre el agua de la fuente!

Evocaré ante tí con mis conjuros,  
Para que al verlo, plácido sonrias,  
Mi antiguo hogar de enjalbegados muros,

Patio espacioso, verdes celosías  
Y blancas azoteas, escenario  
De mis pueriles juegos y alegrías.

Las flores hacen de él un incensario,  
Y animanle palomas en bandadas,  
Que se alzan á la voz del campanario.

Las olas del Atlántico encrespadas,  
Llorando aún de Trafalgar la rota,  
Se tienden á sus piés desconsoladas,

Y al surgir de la espuma la gaviota,  
Y la aldea al cruzar, con su graznido  
Las domésticas aves alborota.

## IX.

Allí, cuando el mar ruge enfurecido,  
La barca pone en salvo y la red deja  
Tendida al viento el pescador curtido,

Y aguijando de bueyes la pareja,  
Surca, en vez de las aguas con la quilla,  
El fértil suelo con la corva reja;

Y en cambio, el labrador, hecha la trilla,  
Bajar suele á la pesca del marisco  
Ó á tirar de la jábega á la orilla,

Y el pastor trafagar de risco en risco,  
El retorcido caracol buscando  
Con que el hato congrega en el aprisco.

## X.

De un fuerte que se va desmoronando  
Las ruinosas murallas y bastiones  
Dan al lugar aspecto venerando,

Aunque en vez de banderas y cañones,  
Corónase de hiedra el almenaje  
Y de nubes de gárgulos aviones.

Rompe al pié del castillo el oleaje,  
Llegándole á ceñir, cuando se explaya,  
Con una cinta de nevado encaje,

Y una y otra fortísima atalaya,  
De trecho en trecho en la ribera erguidas,  
Dibujan el contorno de la playa.

A espaldas del lugar, vegas tendidas,  
Abruptas cumbres y apacibles lomas  
Se muestran al trabajo agradecidas,

Y el naranjal esparce sus aromas,  
Ufánase la vid, la mies ondea,  
Arrúllanse en los pinos las palomas,

La cabra en los barrancos ramonea,  
Y el arroyo entre mirtos y juncuales  
Más vivo que el azogue culebrea.

Allí, hasta en infecundos arenales,  
Las hiedras y las zarzas lujuriosas  
Enrédanse en las pitas y nopales,

Es todo el año Abril para las rosas,  
Y está el espacio trasparente lleno  
De enjambres de pintadas mariposas.

Dando vida á paisaje tan ameno,  
Y belleza y unción, un templo santo,  
Que alza su torre á la region del trueno;

El templo aquel que con alegre canto  
Me saludó al nacer; el que Dios quiera  
Que acompañe á mis hijos en su llanto,

Cuando, llegado al fin de mi carrera,  
Entre los míos y mirando al cielo,  
En la casita de mis padres muera.

## XI.

¡ Mis padres ! ; Ah ! ; Si vieras con qué anhelo  
Su amor busco, en la sed que me devora,  
Como fuente de paz y de consuelo !

Bebo en ella ternura embriagadora,  
Mi pecho acongojado se dilata  
Y más lágrimas vierto que la aurora ;

Lágrimas dulces y congoja grata,  
Como hijas del placer que, cuando es hondo,  
En suspiros y en llanto se desata.

Del corazón en el oculto fondo,  
Donde lejos del mundo indiferente  
Mis amores dulcísimos escondo,

La imagen de mis padres sonriente  
Se ve con más pureza retratada  
Que el cielo azul en cristalina fuente.

A mí vuelve la luz de la mirada,  
En mis secretos íntimos penetra,  
Y verás la vehemencia apasionada

Con que del cielo mi cariño impetra  
El dejar, siempre que su nombre escribo,  
Un pedazo del alma en cada letra.

## XII.

En medio del escándalo en que vivo,  
¡ Cuántas veces oír juzgo el acento  
De mi madre, que me habla persuasivo,

Y hasta me llega á parecer que siento  
Mi faz, que ajan las penas y los días,  
Acariciada por su dulce aliento !

Entonces, á los triunfos y alegrías  
De las artes y el mundo, á la opulencia,  
Á cuanto sueñan locas fantasías,

Prefiriera el volver á la inocencia  
Del tiempo en que ella con afán sembraba  
La semilla del bien en mi conciencia,

Y mi razón dormida despertaba  
Con leyendas piadosas, y mi sueño  
Con besos y cantares arrullaba.

Nadie dijera, al ver mi torvo ceño,  
Que aún incólume guardo la ternura  
De aquel amor tan cándido y risueño,

Olvidando, al chocar con mi rudeza,  
Que cuanto más el fruto es delicado  
Necesita más áspera corteza.

## XIII.

¡ Cuántas veces también quedo arrobado  
Las virtudes trayendo á la memoria  
De mi padre y maestro idolatrado !

Con él por guía, al recorrer la historia,  
Vislumbré al Hacedor tras el destino,  
Al hombre conocí y amé la gloria.

Él de los pueblos me enseñó el camino,  
Y reguló á mi vista en el espacio  
De tanto sol y mundo el torbellino.

Hizo á mi mente caminar despacio,  
Ya á las riendas del cálculo sujeta,  
Ya á las leyes artísticas de Horacio.

Viendo dentro de mí como un profeta,  
Me mostró el cielo azul, y fui creyente ;  
La natura después, y fui poeta ;

Y á fin de que pintara vivamente  
Y con belleza lo que el alma humana  
Mira en torno de sí, medita ó siente,

Ante mí desplegó la pompa ufana  
Y el tesoro de gracias y hermosura  
De la robusta lengua castellana.

## XIV.

Mas ¡ cuánto de mi amor á su ternura !  
Ellos viven por mí, sueñan conmigo,  
Reducen su ambición á mi ventura,

Gozan lejos de mí si la consigo,  
Transidos de pesar si me abandona,  
Me abren sus brazos para darme abrigo ;

Si triunfo, su entusiasmo me corona ;  
Si desmayo, su acento me espolea ;  
Si delinco, su gracia me perdona ;

Adaptanse á mis gustos y á mi idea,  
Cual toma el agua pura de seguida  
El color del lugar que la rodea ;

Aun más que yo se duelen de mi herida  
Si me muerde el rencor, y el de mi muerte  
Fuera el último instante de su vida.

## XV.

Más no pido ni quiero de la suerte,  
Que con darme tal bien me dió bastante  
Para vivir en paz, dichoso y fuerte.

Quien pretendió ambicioso y delirante  
Las dichas apurar á todo costo,  
Parece en locura semejante

Al labrador que por hacer su agosto  
Tanto y con fuerza tal prensa el racimo  
Que al fin concluye por agriar el mosto.

Más la humildad que la arrogancia estimo:  
Estéril es la roca aunque bravia,  
Y muy fecundo, aunque rastrero, el limo.

La montaña que al valle desafia  
Porque en luz y en grandeza le aventaja,  
Encuentra castigada su osadía

Por el rayo que airado la desgaja,  
El huracán que indómito la azota  
Y el hielo que perenne la amortaja.

Débil soy, mas sin miedo á la derrota,  
A luchar con los fuertes me aventuro;  
Y así como la aligera gaviota

Ni teme el ronco mar ni el viento duro,  
Y cierta del empuje de su vuelo,  
Todo lugar paréceme seguro,

Yo afronto toda lucha sin recelo,  
Cierto de que la fe me da sus alas  
Para que pueda remontarme al cielo.

## XVI.

Más grato que pisar doradas salas  
Y verme deslumbrado por el brillo,  
Riqueza y hermosura de sus galas,

Me es el hogar de humilde pueblecillo,  
Donde el ajuar es pobre, el aire sano,  
El pan moreno y el vestir sencillo.

No allí el lenguaje artificioso y vano,  
Ni la mortal ponzoña que adereza  
Con mieles el astuto cortesano,

Sino el candor y rústica nobleza  
De quien todo lo aprende de la pura,  
Grandiosa y liberal Naturaleza.

La paz, que es en el mundo la ventura,  
Suele habitar callada alguna choza,  
De los bosques perdida en la espesura.

Bajo aquel techo de apretada broza,  
Que al crujir por los vientos combatido,  
Parece que se queja y que solloza,

Los días pasa quien allí ha nacido,  
Sin sentir otro afán ni otros temores  
Que los tiernos del ave por su nido.

Emblema son allí de los amores  
Las mariposas que en tranquila calma  
Se besan en el cáliz de las flores,

Y llévanse en fructíferos la palma,  
Que para ser fecundo el amor pide,  
Salud al cuerpo y castidad al alma.

## XVII.

Nadie allí con zozobra el tiempo mide,  
Que pasa tan callado, que parece  
Querer que á reposar se le convide.

Como plata bruñida resplandece  
En medio del ajuar el limpio acero  
Del arado que el ocio no enmohece.

Para avivar la lumbre, en vez de tuero,  
En el hogar anchísimo se quema  
La mata de tomillo ó de romero,

Siendo de lujo la ambición suprema  
El vestir limpia ropa perfumada  
Por el denso humo azul de la alhucema.

A lo que abarca allí con la mirada  
Reduce el hombre la extensión del mundo,  
Del que no anhela ni conoce nada;

Para él no existe sabio más profundo  
Que quien le augura, consultando al cielo,  
Si el año será estéril ó fecundo;

Trabaja todo el día con anhelo,  
Sin quejarse jamás del peso grave  
Del azadón con que remueve el suelo;

Halla sueño en la noche largo y suave,  
Y cuando el alba azul toca sus ojos,  
Se despierta cantando como el ave.

## XVIII.

Ante tal majestad caigo de hinojos,  
Desprecio la mundana logrería,  
Los héroes de la fama danme enojos,

Y ansioso de verdad y de poesía,  
Busco en la gran Naturaleza asilo,  
Como en el seno de la madre mía.

Rompiendo entónces, para mí, el sigilo  
Que cierra sus arcanos, abrillanta  
Los apagados tonos de mi estilo,

Con sus grandezas mi ánimo levanta,  
Con sus dulces amores me enajena  
Y con su pura sencillez me encanta.

## XIX.

Muéstrame aquí la singular escena  
De los nuevos enjambres zumbadores  
Que, al salir en tropel de la colmena,

Se apiñan en racimos bullidores,  
Y parten en tendida caravana  
En busca de otro asilo y otras flores;

La oruga que en su cárcel se arrellana,  
Esperando el instante lisonjero  
De convertirse en mariposa ufana,

O cómo, tras de súbito aguacero,  
Sus viveres y larvas asolea  
La hormiga en derredor del hormiguero.

Allí el pino me llama y lisonjea,  
Imitando, al mecerse en el espacio,  
El rumor y el vaiven de la marea,

Ofreciendo á las tórtolas palacio,  
Y abriendo el duro tronco á la resina,  
Que se cuaja en botones de topacio.

Allá encuentro la alegre golondrina,  
Que hasta que el nido abandonado toca,  
Por desiertos y mares peregrina,

Ó la alondra, que canta como loca,  
Bañándose en el agua que el rocío  
Depósita en los huecos de la roca.

## XX.

Aplázcome los dias del estío  
Recorriendo los altos matorrales  
Que se alzan en las márgenes del río,

Donde flores me ofrecen los rosales,  
Agraces uvas la silvestre parra  
Y zarzamoras dulces los zarzales;

En oír cómo canta la cigarra,  
Sobre la mies saltando de ola en ola,  
Hasta que al fin sus élitros desgarran;

En escuchar la alegre batahola,  
Del gallo pendenciero, cuya cresta  
Parece, en lo encendida, una amapola,

Y en buscar en el soto ó la floresta  
Manso arroyuelo y pabellon de flores,  
Que alivien los bochornos de la siesta.

## XXI.

Aguas, hojas y pájaros cantores  
Me acuerdan los afanes de la vida,  
Con sus varios y múltiples clamores.

Miro la paz del alma apetecida  
En la fuente que muda se dilata,  
Quedándose en el lago adormecida;

La ambicion que á los hombres arrebató,  
En el estruendo y en el polvo vano  
Con que viene á morir la catarata,

Y el batallar del pensamiento humano  
En el constante hervir y en el eterno  
Bramar y rebramar del Oceano.

Cuando aparecen en el brote tierno,  
Escucho en los rumores de las hojas  
La voz del niño y el cantar materno;

En el otoño, ya sin savia y rojas,  
Las oigo que murmuran del destino,  
Y me lloran tristísimas congojas

Cuando van á merced del torbellino,  
Ó el haz inmenso de apretada leña  
Las barre, despiadado, del camino.

El duro traquear de la cigüeña  
Imita los ruidos del trabajo  
Y el sonoro pisar de la almadreña;

El codicioso afan habla en el grajo,  
En el mirlo la burla descarada,  
Y en la fiel golondrina el agasajo.

Contrastan del pinzon con la balada,  
Del mochuelo el pronóstico que aterra  
Y el llanto de la tórtola cuñada.

Es del gallo el cantar grito de guerra,  
La alondra entona la oracion más pura  
Que al cielo se levanta de la tierra,

Y el ruiseñor, oculto en la espesura,  
Llena la triste noche de armonía  
Y el corazón humano de ternura.

## XXII.

Sencillez, majestad, gracia, poesía  
Adonde quiera que á mirar acierto;  
Moviendo por igual mi fantasía

Las mudas soledades del desierto,  
La sublime altitud de las montañas  
Y de huracanes y olas el concierto,

Que el gárrulo murmullo de las cañas,  
El prado que de fértil hace alarde  
Y el calor patriarcal de las cabañas.

Tan hermoso hallo el sol cuando en la tarde,  
Cansado de su altura y poderío,  
Lento declina y sin fulgores arde,

Como al surgir con indomable brío,  
Limpiando de vapores el ambiente  
Para verse y quebrarse en el rocío.

Y tanto cual la risa de la fuente,  
Las auras ledas, el azul sereno,  
Y el canto de las aves elocuente,

Amo la tempestad, en cuyo seno  
Los vientos chocan, cuájase el granizo,  
Fulgura el rayo y se revuelve el trueno.

## XXIII.

Mas no hay belleza, majestad ni hechizo  
Que tanto me fascinen cual las glorias  
De la patria, que adoro y divinizo.

Llena mi mente está de sus memorias,  
Lleno mi corazón de amor por ella,  
Cual la tierra y el mar de sus victorias.

Mas ¡ay! que al evocar la edad aquella  
En que sus hijos, grandes y viriles,  
La hicieron fuerte, respetada y bella;

Y al verla hoy presa de congojas miles,  
Los grandes sabios charlatanes hechos,  
Y los caudillos mercaderes viles;

Sin fe las almas, sin valor los pechos,  
La honra sin culto, bárbaro el idioma,  
Y los altares de Jesus deshechos,

Del Dios imploro que los vicios doma,  
Que arroje sobre tanta villanía  
Las llamas que arrasaron á Sodoma.

## XXIV.

¡Quién hubiera logrado ver el día  
En que el fiero leon de nuestro escudo  
Los campos castellanos recorria,

La crin revuelta y el mirar sañudo,  
De ira en la boca sanguinosa baba  
Y desgarrando con zarpazo rudo

El corazon de la morisma brava,  
Que huyendo de la muerte con espanto,  
Á los desiertos libicos tornaba!

Escarmento de infieles y quebranto,  
Los persiguió en Orán y hasta en las olas  
Del golfo alborotado de Lepanto,

Y anheloso de luchas y aureolas,  
Y hallando á sus hazañas poco grandes  
Los lindes de las tierras españolas,

Clavó sus garras en Italia y Flándes,  
É hizo de asombro enmudecer la tierra  
Al rugir en las cumbres de los Andes.

## XXV.

Mil veces con amor pensé en la guerra,  
Como vivo cauterio al ocio blando,  
Que de los pechos el valor destierra,

Y otras mil veces me dormí soñando  
Que el polvo de la muerte sacudia  
En la tumba el Apóstol venerando,

Y en pro y en honra de la patria mía,  
Requiriendo el bridon y la armadura,  
Á combatir magnánimo volvía.

Levantarse le vi en la sepultura,  
Y recorrer del templo el laberinto  
En el silencio de la noche oscura,

Medrosos retumbando en el recinto  
De su paso el rumor, y el resonante  
Crujir del hierro que llevaba al cinto;

Despues, en fortaleza semejante  
Al ariete que el muro desportilla,  
Desencajar la puerta rechinante,

Y echar, al fin, á su corcel la silla  
Y al grito de «¡Santiago y cierra España!»  
Lanzarse hácia los campos de Castilla.

## XXVI.

Iba bufando su corcel con saña,  
Sobre la suelta crin floja la brida,  
Turbia la vista que el furor empaña,

La cola al viento, la cerviz tendida,  
El ijar palpitando con anhelo,  
La ancha nariz al aire apercebida,

Y en su carrera, superior al vuelo,  
Encendiendo los duros pedernales  
Y con vigor desempedrando el suelo.

Del Santo al grito y á pisadas tales  
Alzábanse los muros arruinados  
De castillos y viejas catedrales,

Y los antiguos héroes esforzados  
La losa sepulcral volcaban fieros,  
Aun por la muerte misma no domados.

Le seguian los bravos caballeros,  
Los monjes predicando la cruzada,  
Y en apretados grupos los pecheros;

Y, bullendo cual mar alborotada,  
Y creciendo en caudal, la muchedumbre  
Corría tras del Santo desalada,

Quien, de un monte subiendo á la alta cumbre,  
Con la viva aureola de su frente  
Encendió á España entera en clara lumbre.

## XXVII.

Y en torno de él llegaron de repente  
Los del Salado y Navas de Tolosa,  
La cruz por guarda al corazon valiente;

El Cid, cuya epopeya portentosa  
De los siglos resiste á la balumba,  
Y enciende toda sangre generosa,

Y aun cubiertos del polvo de la tumba,  
Guzman, en patrio amor sin semejante,  
Y el no igualado capitan de Otumba.

Dando celos al gran Carlos de Gante  
Alli Cisnéros, tras la férrea cota  
Ocultando la púrpura brillante;

Con los suyos Colon, que en débil flota  
De no surcado mar venció la saña,  
Un mundo hallando al fin de su derrota,

Y entre innúmeros héroes por compañía  
La reina más grandiosa entre los reyes,  
La primera Isabel, madre de España.

Allí el Rey Sabio promulgando leyes;  
Teresa con sus vivas oraciones  
Al Divino Pastor llevando greyes;

Herrerías y Riojas y Leones  
En fe, piedad y bélico entusiasmo  
Encendiendo los patrios corazones;

Quevedo hiriendo el mal con el sarcasmo,  
Calderon inundando en luz la tierra,  
Y Cervántes llenándola de pasmo.

De nuevo el grito resonó de guerra,  
Retumbando, en mil tonos repetido,  
Por las cóncavas hoces de la sierra;

Rompíó la muchedumbre en un rugido,  
Rechinó estremecida la armadura,  
Vomitó la bombardá su estampido,

Y á estruendo tal, la realidad impura  
De la España del logro y la miseria  
Desvaneció mis sueños de ventura.

## XXVIII.

Hoy patria, y honra, y Dios, todo se feria;  
Y ¡ ay! donde vierte su ponzoña el agio,  
Se extiende corrosiva la laceria.

Indiferente al público sufragio,  
Siempre sea tu hogar un mundo aparte,  
Donde vivas seguro del contagio;

Y las horas aligeras comparte  
Entre la paz del nido que te has hecho  
Y los goces dulcísimos del arte.

Á soberbia ambicion no abras el pecho,  
No sea que, abrasado por su lava,  
Insomne te revuelques en el lecho.

La más grandiosa condicion y brava,  
Como el fuego que vivo nos deslumbra,  
En humo empieza y en ceniza acaba.

Mas si de dulce y pálida penumbra  
La suerte amiga, por honesto modo,  
Á las regiones de la luz te encumbra,

Sé en todo grande, como puro en todo;  
Que sólo los infames ó insensatos  
Arrastran su grandeza por el lodo.

No calme generosos arrebatos  
En tí la ingratitud; que de los hombres  
Es el mejor el que hace más ingratos.

Para herirte el inicuo, no te asombres,  
Recogerá del suelo las espinas  
Cuando de rosas su camino alfombres;

Y si del bueno esperas, desatinas;  
Hoy habla la bondad quedo, muy quedo,  
Y la envidia y la infamia con bocinas.

En la sierpe engañosa está el denuedo;  
El leon de la verdad, amordazado,  
En estrecho cubil tiembla de miedo.

## XXIX.

El Arte, que fué siempre immaculado  
Como la nieve, y tuvo á vanagloria  
Ser, como el ángel del amor, alado,

Hoy adrede se arrastra por la escoria;  
Y Apolo, en vez de conducir seguro  
El coro de las musas á la gloria,

Sin estro ya y el corazon impuro,  
En campo de inmundicias apacienta  
La cinica manada de Epicuro.

Quien en sus obras la maldad fomenta,  
Y en soez blasfemia contra Dios estalla,  
Y la impudicia por blason ostenta,

Turba de necios y malvados halla  
Que genio le proclamen al ruido  
Del aplauso brutal de la canalla.

¿ Juzgas por siempre el público perdido?  
Ya el Hércules vendrá que le contunda  
Y á su carro triunfal le lleve uncido.

Más potente es la bestia furibunda  
De los circos, y al trueno de las hondas  
Rinde ánimo y cerviz á la coyunda.

No se logra ser genio echando sondas  
En las conciencias lóbregas é impuras,  
Para hallar y mover heces hediondas.

¿ Y qué hallar en el fango y yendo á oscuras?  
El genio sólo es genio cuando asciende  
Á conversar con Dios á las alturas.

## XXX.

¡ Oh Dios! El rayo vengativo enciende,  
Y ciega la memoria que te olvida,  
Y abrasa el labio impuro que te ofende,

Ó libra del tormento de la vida  
Á quien pone en tu gloria sus afanes,  
Y negada la ve y escarneceida.

¿ No te obedecen ya los huracanes,  
Ni el rayo vibras, ni la mar revuelves,  
Ni haces hervir el fuego en los volcanes?

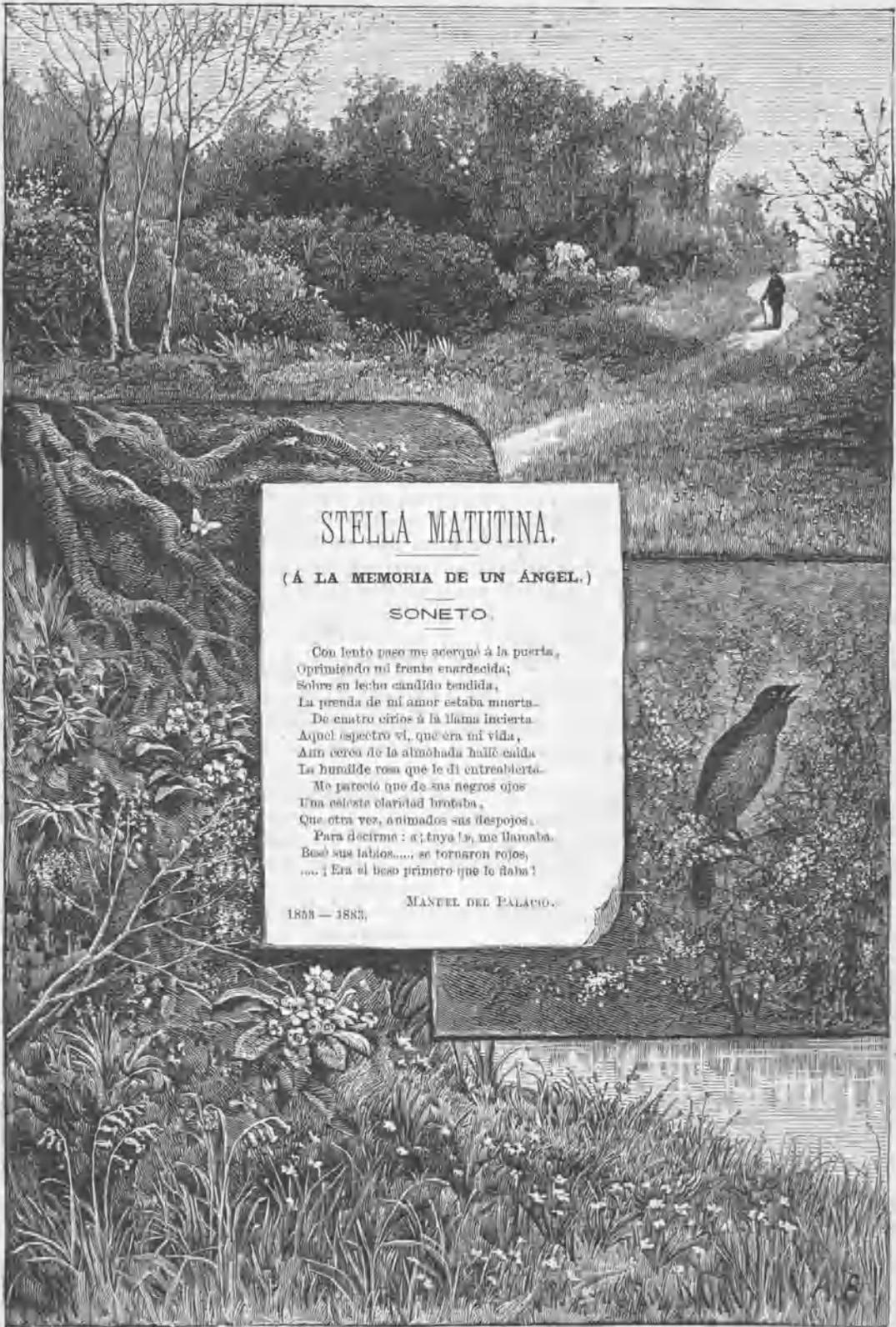
¿ Por qué nos abandonas, y no vuelves  
Por tu templo, que al golpe se desquicia  
De los malvados, que, inactivo, absuelves?

Mas detén, Padre mio, tu justicia;  
Que al increparté soy más temerario  
Que el mismo que te niega ó maleficia.

¿ Á quién fué el mundo nunca tan contrario  
Como á Ti, que naciste en un pesebre  
Y acabaste en la infamia del Calvario?

Dame alientos, Señor, con que celebre,  
Ántes que tus justicias y rigores,  
Tu dulce gracia y amorosa fiebre,

Mas haz que contra todos los rencoros  
Hallen en Ti seguro baluarte  
Patria y Hogar, Naturaleza y Arte,  
Que son, despues que el Tuyo, mis amores.



## STELLA MATUTINA.

(Á LA MEMORIA DE UN ÁNGEL.)

### SONETO.

Con lento paso me acerqué á la puerta,  
Oprimiendo mi frente enardecida;  
Sobre su lecho candido tendida,  
La prenda de mi amor estaba muerta.

De cuatro cirios á la llama incierta  
Aquél espectro vi, que era mi vida,  
Aun cerca de la almohada hallé caída  
La humilde rosa que le di entreabierta.

Me pareció que de sus negros ojos  
Una celeste claridad brotaba,  
Que otra vez, animados sus besojos,

Para decirme: «¡tuya!», me llamaba.  
Besó sus labios..... se tornaron rojos,  
... ¡Era el beso primero que te daba!

MANUEL DEL PALACIO.

1858 — 1883.

# LAS DOS CAJAS.

## NOVELA.

### I.

**V**ENTURA había nacido para violinista. Fué ésta una convicción común á todos los de su casa desde que tuvo ocho años el futuro maestro. Nadie recordaba quién había puesto en poder del predestinado el primer violín, pero si era memorable el día solemne en que cierta celebridad de la música, colocando una mano sobre la cabeza de Ventura, como para imponerle el sacerdocio del arte, dijo con voz profética: «Será un Paganini este muchacho.» A los doce años Ventura hacía hablar al violín y llorar á los amigos de la casa, complacientes y sensibles. La palabra *genio*, que por entónces empezaba á ser vulgar en España, zumbaba algunas veces en los oídos del niño precoz. Un charlatan, que examinaba cráneos y levantaba horóscopos á la moderna, estudió la cabeza del músico y escribió esto en un papel que cobró muy caro:

—Será un portento ó será un imbécil; ó asombrará al mundo por su habilidad artística, ó llegará á ser un gran criminal embrutecido.

La madre de Ventura comenzó á inquietarse. El pavoroso dilema la obligaba á desear, más que nunca, la gloria del artista para su hijo.

—¡Cualquier cosa —decía— ántes que malvado!

—El padre sonreía, seguro del triunfo. Cierta tía materno, aficionado también á estudiar chichones, que era la moda de entónces en muchos pueblos de poco vecindario, exclamaba con tono de Sibila:

—¡El templo de la gloria ó el presidio! ¡El laurel de Apolo ó el grillete!

Ventura estaba seguro de no ir á presidio, á lo ménos por culpa suya.

Mucho amaba la música, pero no era un maniaco del arte, y cultivaba sus buenos sentimientos leyendo muchos libros de esos que confortan la voluntad recta, y haciendo todo el bien que podía. Su inteligencia era precoz como su habilidad de artista, y á los quince años ya tenía bastante juicio para comprender que ante todo era hombre y que aquellas teorías que le predicaban parientes y amigos respecto á la misión excepcional del artista, á la moral especial del genio, eran inmorales y muy peligrosas.

Débil de carácter, se dejaba imponer las *costumbres* y el *uniforme* de genio; pero en el fondo de su alma no se dejaba corromper. Tenía vanidad como todos, y se creía y se sentía un gran músico; pero no por lo que ya sabía hacer, que era lo que admiraban los necios, sus paisanos, parientes y amigos, sino por lo que llevaba dentro de sí, y no podían comprender sus imprudentes admiradores. Amaba mucho más sus sueños que los triunfos ruidosos que iba alcanzando.

Por amor á su padre, que era el encargado de cobrar y tener vanidad, Ventura daba conciertos, que le valían ovaciones nunca vistas. Y el buen muchacho, con una sonrisa un poco triste, inclinada la cabeza, llena de rizos negros, sobre el violín, como un amante se reclina sobre el seno de su amada, saludaba al público y miraba despues al rincón en que se escondía su padre, como consagrando á éste todos aquellos aplausos y diciendo: «Son tuyos, para ti los quiero nada más.» Para sí prefería otros placeres ménos vanos. Él había descubierto en sus soledades de artista misterios de la música, que eran expresion de las profundidades más bellas é inefables del alma. Creía, con fe inquebrantable, que de su instrumento querido podían brotar notas que dijesen todo lo que él inventaba en sus delirios de inspiracion solitaria; pero también sabía que buscar esas notas era empresa superior á sus fuerzas actuales. No bastaba lo que enseñaban los maestros para expresar aquello. Cuanto cabe en la técnica de cualquier arte bello, era inútil para aprender aquella misteriosa manera de ejecución, que era necesaria para llegar al último cielo de la poesia que él columbraba en la música. Si le hubiesen mandado escribir todo lo que él comprendía de aquella nueva estética aplicada á la música, ni aproximadamente hubiera sabido explicar sus ideas. Ni podía hablar con nadie de aquello. Músicos muy celebrados, hasta artistas verdaderos algunos, no le comprendían.

Un célebre compositor llegó á decirle muy seriamente:

—Ventura, déjate de ilusiones y estudia. Puedes ser un grande hombre, y te vas á convertir en un maniaco. Toca lo que tocan los demas, procurando tocarlo mejor, y así conseguirás la gloria y la fortuna.

Lo que se consiguió con esto, fué que el soñador no hablara más á nadie de sus sueños, pero no quiso abandonar aquella esperanza de encontrar lo que él llamaba «la música sincera». Se le había metido en la cabeza, y hasta en el corazón, que todos los usados recursos de la instrumentación eran falsos, afectados; que los efectos de la armonía, y más aún los de las combinaciones melódicas, eran lo más contrario de la sencillez verdadera, que no es la rebuscada. Como para él era el arte religion, pero no en el sentido pedantesco y trivialmente impio en que esto suele decirse, sino como formando parte la expresion artística de la religion misma, como una especie de oracion perpétua del mundo, creía que era profanacion, pecado, blasfemia la falta de ingenuidad en las formas musicales; halagar los sentidos, expresar lo que quiere referirse á los sentimientos puros con voluptuosas caricias de aire en los oídos, le parecía traicion del arte. No quería inventar una música nueva en absoluto; dejaba para quien tuviera las facultades del compositor esta gran empresa; pero pensaba que aun lo que está escrito, lo bueno, que era poco segun él, se podía ejecutar

de modo que esa noble y santa sinceridad apareciese en ello. Esto era lo que él procuraba. Pero no acababa de encontrar el medio. Consagraba á tan peregrino intento el tiempo y el trabajo que otros dedicaban á perfeccionarse en el tecnicismo del arte, según corrientemente se entendía y ponía por obra. Hubo ya quien empezó á decir que había violinistas de ménos fama que Ventura superiores á él.

— Ese chico se duerme sobre el violín — exclamó un crítico famoso, de esos que hablan de música porque los demás no entienden, no porque ellos sepan.

— Hizo mucha fortuna la frase, y algún gacetillero la repitió mejorada en terceto y quinto, por la ocurrencia de darla en latín: *Quandoquē bonus dormitat Homerus*.

El padre de Ventura quiso contestar con un comunicado en el mismo periódico, y sólo se contuvo persuadido por los argumentos del tío aficionado á la craneoscopia.

— Ríete de cuentos, Rodríguez — decía el tío — todos los gacetilleros del mundo, con todos los latines del mundo, no pueden impedir que tu hijo tenga muy desarrollado el órgano de la *filarmónitangüidad*.

Esta palabreja, que el tío había compuesto, pareció á la familia un argumento indestructible.

— Que hablen los envidiosos lo que quieran — exclamaba el sabio — todo lo que puedan decir no impedirá que *filo* signifique amo; *armonia*, lo que ello mismo dice, armonía, y *tango, gis, ere, tetigi, tactum*, tocar. Son habas contadas; latín y griego. Pero, amigo, el estudio de las lenguas sábias no se improvisa.

## II.

Pasaban los años. Ventura había alcanzado muchos triunfos, ya era célebre. Pero aquella fama no crecía. Sobre todo los sueños del padre respecto de la precocidad del chico se habían desvanecido. Como todos los que no tienen un conocimiento justo de lo que vale el talento, ponía el señor Rodríguez la mayor importancia de la gloria en conseguirla muy pronto. Lo que él necesitaba era que su hijo fuese una celebridad europea á la edad en que otros juegan al marro. Pero el muchacho había llegado á los veinte años y el Emperador de todas las Rusias no le había llamado todavía para que enseñara á tocar el violín al *czarevich*. Rodríguez leía un diccionario de celebridades todas las noches, como si fuera la *Leyenda de Oro* ó el *Año Cristiano*. Sabía la vida y milagros artísticos de todos los músicos, pintores, poetas y escritores precoces. La anécdota de César llorando ante la estatua de Alejandro, porque á la edad del griego él no había conquistado el mundo, le llegaba al alma al Sr. Rodríguez. Quería despertar en su hijo la noble emulación, como él llamaba á la envidia, y le recordaba los triunfos del inmortal Rafael, y la inspiración precoz de muchos eminentes compositores; y aún de Jesús, disputando en el templo con los doctores, quería sacar una provechosa enseñanza. Hasta el niño campanólogo le echaba en cara y ponía por ejemplo. Otras veces era la situación económica de la familia la que sacaba á relucir; hablaba de los sacrificios, del capital anticipado para hacerle un violinista eminente. De este argumento no se reía Ventura como de los otros. Contestaba con dinero. ¿No estaban desahogados todos? ¿No vivían como unos príncipes? ¿No tenía Rodríguez un caballo de paseo?—

— Bueno, bueno, decía el padre, torciendo el gesto.... pero.... eso es poco.

La envidia seguía trabajando. Había algunos periódicos que, sistemáticamente, combatían el *amaneramiento* y la *incorrección* del violinista Rodríguez. Era una notabilidad, ¿cómo negarlo? Pero el mundo marcha, y él se empeñaba en no estudiar, y Perez y Gomez, francamente, iban proyectando una triste sombra sobre la fama de Rodríguez....

Esto decían los periódicos enemigos. Se fundó una revista profesional, *Euterpe*, para desacreditar á Ventura. La dirigía un *señor de la orquesta* y la pagaba Gomez, el otro violinista famoso. Rodríguez, padre, quiso desafiar á Gomez, pero Ventura amenazó con romper el violín si no se despreciaba aquella ignominia de las calumnias.

El tío, el de los craneos, dudó entonces que fuera Ventura un verdadero artista. Se preciaba de conocer el corazón humano, ni más ni ménos que la cabeza, y dijo tristemente en secreto á Rodríguez:

— Tu hijo no es un artista; no le lastiman las censuras, no le hacen llorar lágrimas de sangre.... ¡no es un artista!

Por aquel tiempo no lo tenía para pensar en rivalidades y críticas injustas el bienaventurado mancebo. Se había enamorado. Estaba en otro mundo su pensamiento. Cuando encontraba á Gomez y á Perez en algún concierto les apretaba la mano con efusión. — ¡Hipócrita, cómo disimula! — decían ellos por lo bajo; y Ventura, con las mejillas un poco encarnadas, los ojos húmedos y muy abiertos, les sonreía y alababa sus progresos en el violín. No era exclusivista; su manera soñada no era la que conocían Perez y Gomez; pero tocaban muy bien, muy bien por el sistema corriente. Los alababa de todo corazón. — ¡Nos desprecia! — decían ellos á los amigos, y el *señor de la orquesta* llegaba en sus censuras á las personalidades, al insulto. Por culpa de su amor Ventura padecía grandes distracciones, le marcaban las disputas, no quería leer periódicos ni libros, y no sabía lo que pasaba en el mundo artístico. No hacía más que tocar, ganar dinero, y á sus solas querer y trabajar en lo que él entendía que era la nueva manera. *Euterpe* llegó á decir que 'a educación debe ser armónica, que el músico no puede ser hoy, en el estado de cultura á que hemos llegado, un ignorante de las materias afines á su arte; debe conocer la historia, la estética, y sobre todo tener sentido común. Pasó la época de las grandes melenas y de las extravagancias del artista: hoy el músico debe ser como todos: vestir á la moda, conocer el mundo y vivir como la gente. Lo demás es una afectación ridícula con que se quiere aparentar un genio que acaso no se tiene.

— ¡Pero si mi hijo no usa melena! — gritaba Rodríguez arrugando la *Euterpe* entre los puños.

Ventura, después de algunas dificultades, fué correspondido; entró en casa de su novia, y como no tenía pretexto para hacer perder tiempo á la niña, ni él lo quería tener, se casó á los pocos meses.

Don Lucas Rodríguez se quedó estupefacto. Aquello era demasiado. Su cuñado tenía razón; Ventura no era un artista. ¡Que diría *Euterpe*!; Casarse un gran violinista! Casarse, así, ¡cómo un empleado de Consumos!.... El tío meneaba la cabeza de derecha á izquierda. Aquello quería decir que la craneoscopia se había equivocado. No era un artista. Era un instrumentista; no era un artista, no lo era; triste, tristísima confesión.... ¡Pero Ventura era un *burgues*!

## III.

El *burgues* se fué á vivir con su mujer, una rubia de veinte años, que le amaba y le admiraba, á una casita de un barrio, donde tenia jardín con árboles tan altos junto á la tapia, que le ocultaban las casas vecinas; de modo que se creía solo, en el campo, viviendo con su esposa y su violín lejos del mundo. Los más amigos, cuando hablaban del pobre Ventura, á quien no se veía por ninguna parte, ponían una cara compungida, como si se tratase de un muerto; y todos hacían el mismo ademán expresivo, que era figurar con la mano una cuchilla ó hacha y acercar el filo á la garganta, inclinando la cabeza. Con esto se quería indicar que Ventura *se había degollado*, había cortado la carrera: se había casado, en fin.

El ajusticiado, el verdugo de sí mismo, se creía el hombre más feliz del mundo. Su padre apenas le visitaba, y nunca le hablaba del genio ni de la misión del artista.

El tío no parecía por su casa. Los periódicos le habían olvidado. *Euterpe* misma apenas se acordaba de él. El matrimonio le trajo una porción de ideas serias.

La responsabilidad de un padre de familia, como él pensaba serlo pronto, le parecía lo más grave del mundo.... ¡Y él no sabía más que tocar el violín! Lo que empezaba á escasear era el dinero. ¡Si en vez del violín hubré yo tocado el violon toda mi vida! ¡Si estos sueños de la *música sencilla, natural*, serán una locura! ¡Si tendrán razon los otros! Acaso me ciega el orgullo, y esto que yo creo falta de envidia será tal vez sobra de vanidad. ¿Por qué no han de ser, en efecto, superiores á mí Perez y Gomez? Cuando estas ideas se le ocurrian, que solía ser al despertar, el pobre Ventura sentía un sudor frío por todo el cuerpo, y en el rostro mucho calor de vergüenza.... Se le figuraba que el mundo entero se reía de él; y miraba á su mujer, á su hermosa mujer, que dormía tranquila á su lado, y pensaba ¡Pobrecilla! Tal vez le espera el hambre, por lo ménos las privaciones; acaso, por tener fe en un loco, ha expuesto su porvenir.... ¡Y él de sus hijos! ¡Pobres hijos míos! Cuando nazcáis os encontraréis sin más patrimonio.... que la *música sincera*, una música de lo porvenir, que inventó vuestro desdichado padre!.... Pero estas amarguras de la desconfianza duraban poco. De noche, en verano, despues de comer, salía al jardín con su querido instrumento; aquel violín que amaba con el mismo respeto que había en las caricias que encantaban su vida conyugal.

Á sus solas, acompañado por el discreto enchicheo de las hojas de los árboles, que la luna plateaba, y que la brisa removía, osaba el pobre Ventura tener fe en su alma de artista. El violín sonaba con más dulzura que en las salas ahogadas de los conciertos, donde las notas tienen que flotar en una atmósfera cargada de emanaciones impuras; parecía que las cuerdas en aquella dulce soledad tranquila de la noche apacible, se despedazaban con cierta gracia de ingenua confianza; la humedad del relente pasaba al timbre de la cuerda: era más fresca y algo húmeda la nota del violín.... Encontraba el músico cierto parecido entre el rayo de luna que bajaba y la vibración sonora que subía.... Era una corriente de cierto bárido poético, que ascendía y descendía como la escala de Jacob.

—¿Dónde está lo que no es todavía y ha de ser sin fal-

ta? ¿En dónde viven, en qué espacio flotan el alma del que ha de ser hijo mio, un ángel de cabeza rizosa, toda de oro, como la de su madre, y la impalpable idea música que yo sueño, pero que es en la lógica de la belleza una realidad necesaria? Música sencilla y natural, exenta de convenciones rítmicas, amañadas y recompuestas; música de los humildes, dulzura espiritual, remedo de lágrimas y besos y ayes verdaderos, nuevo canto llano, con toda la sublime sencillez del antiguo, pero sin su monotonía; sueño mio, vision benéfica, convicción santa, esperanza, consuelo, virtud, ¡orgullo mio!.... ¿En dónde estás? ¿Qué eres ahora? ¿Idea de Dios? ¿Vives ya en mi cerebro? Como palpita ya en las entrañas de mi esposa el cuerpo del ángel que aguardo, ¿palpitas ya tú dentro de mi espíritu? ¿Eres esto que vislumbro? ¿Ó acaso la ansiedad que siento? ¿Ó la alegría inexplicable, repentina y frenética de algunos momentos en que parece que todo mi sér se transforma y eleva? ¿Dónde estás, música mia? Yo te aguardo; aquí esperaré hasta la aurora. Sé vapor del relente, extracto de aroma, rayo de luna, murmullo de la fuente ó de las hojas.... Ven, ven con el alba á caer sobre las cuerdas de mi violín como el rocío caerá sobre las flores.

Cuando hablaba así para sus adentros, Ventura, gran retórico de lo inefable, en su violín no sonaban más que unos dulcísimos quejidos, que eran como el murmullo que hay en los nidos de las golondrinas cuando los hijuelos aguardan el alimento.... Parecían los ensayos de los gorjeos de aquella bandada de ruiseñores — notas que esperaba Ventura en la próxima primavera.... en la primavera de la música nueva que él debía inventar....

— Ventura, que te vas á constipar, entra — decía una voz amorosa desde una ventana de la casita — y Ventura, volviendo de repente á la realidad, estornudaba cinco ó seis veces, y se metía en su cuarto, con el alma presa de un catarro crónico de desencantos. No sabía su pobre mujercita que al sacar del jardín á su marido, le sacaba del único cielo en que él podía estar contento. Un cielo en que efectivamente había música.

## IV.

Por lo demas, los *negocios* iban de mal en peor. Ventura, cada vez trabajaba ménos; ni él procuraba agradar á los contratistas de conciertos, ni éstos le buscaban ya con el afán de ántes.

Algunos reconocian aún la superioridad de Ventura, pero decían:

— El público aplaude lo mismo, y acaso más á Gomez y á Perez, que son más seguros, que trabajan con más entusiasmo y más asiduamente.

— Vengan Perez y Gomez, y Ventura Rodriguez allá se las haya.

Ventura notó que el *mercado* disminuía, que la *demandá* se alejaba.... El orgullo, lo que él llamaba su dignidad de artista, no le permitía solicitar lo que ya no se le ofrecía espontáneamente. Muchas veces todavía le llamaban para una gran solemnidad, y él contestaba:

— Qué vaya Perez; que toque Gomez....

Cuando nació el ángel rubio que Ventura esperaba, en

aquella casa se iba pasando del lujo pródigo y moderado al bienestar modesto y parsimonioso en los gastos.

La *aurea mediocritas* empezaba á no ser *aurea* y se quedaba en *mediocritas*.

El padre de aquel inocente, que no tenia más patrimonio que la música de un sueño, creyó llegado el momento de pensar en algo, de hacer algo. Cualquiera cosa menos profanar el violín. Él no podía hacer lo que Perez y Gomez. Ni podía ni quería. Pero sobre todo, no podía. Era preciso confesarlo: la habilidad de aquellos hombres era grosera, material, cosa ajena al espíritu, á la inspiración, á la dignidad del ideal artístico..... pero habilidad al cabo. La habian adquirido con mucho trabajo, á fuerza de repetir sus ensayos, dominando poco á poco el instrumento, como quien domestica una fiera. *Le hacian hablar*, y eso era lo que el público exigía. Ventura queria *hacerle vivir*, y eso era imposible por lo visto.

— Si — pensaba él desesperado — el violín de Gomez habla, pero como un loro, como habla Gomez. Mi violín estará mudo hasta que pueda hablar..... como un poeta.

Así es que ni su voluntad, ni sus facultades le permitian sacar del violín el partido que sacaban los otros.

Era un axioma ya en todas partes:

— Gomez es más *correcto* que Rodriguez.

— Rodriguez toca, pero está anticuado.

Esta era una asercion probable.

Y tambien se decía:

— Ese chico no adelanta. Y en este siglo el que se para se hace aplastar.

— Rodriguez no estudia.

— Dicen que bebe, y por eso.....

— Las mujeres; deben de ser las mujeres.....

— Es su mujer; le ha cortado la inspiración, como Dalila cortó á Sanson la fuerza con los cabellos.....

— Rodriguez se ha *chiflado*.

— Era una medianía precoz. Cuando la precocidad no le sirvió de nada, se quedó con la medianía.

— El gusto cambia; Rodriguez no sigue el gusto moderno.....

— ¡ Rodriguez, Rodriguez!..... Ya me cansa tanto Rodriguez..... ¡ Otra celebridad! ¡ Otro nombre!.....

Ventura recibió algunos desaires mal disimulados del público, su antiguo esclavo, que ahora se desquitaba de los días de la servidumbre.

Tragó las lágrimas del despecho, y olvidado algun tiempo de sus aspiraciones de innovador, procuró eclipsar los triunfos de sus rivales..... ¡ No pudo! Pareció amanerado, inferior al modelo.

Seguía una violenta reacción de orgullo salvaje y de loca esperanza. Renunció á tocar en público por algun tiempo, y se refugió en su jardín, para dar conciertos á los pájaros dormidos. Tuvo que vivir de sus ahorros, que no eran muy gran caudal.

Un día su padre entró en casa de Ventura abriendo y cerrando puertas con estrépito. ¿ Qué era aquello? ¿ So dejaba á un padre y á una madre en el arroyo? ¿ Y los sacrificios? En casa no habia un cuarto; todo, todo se habia gastado en criar aquel portento, que no acababa de dar el fruto esperado. Yo he gastado un capital enorme; lo he tirado todo por la ventana, estoy sin camisa. Y ¿ dónde están los inte-

reses de ese enorme capital? En el viento; mi hijo desprecia al público, y no quiere tocar delante de gente; como si no supusiera nada el capital que yo gasté en educarle y prepararle para un porvenir brillante, el señorito viene á dar conciertos á los árboles de su huerto, y se le va toda en suspiros de violín; esto es regular una fortuna al viento. En una palabra, tu madre y yo nos venimos á vivir aquí, á no ser que prefieras dejarnos en el arroyo.....

Las necesidades de la casa comenzaron á aumentarse; ya no bastaban los ahorros: Rodriguez padre no queria economizar; se habia acostumbrado al papel de próximo ascendiente del genio, y ni aun despues de renunciar á la gloria de su hijo podía renunciar á los gastos superfluos que á costa del genio hacia. Fué necesario volver á trabajar. Se gastaba en aquella casa tres veces más que ántes. Pero Ventura tenia ódio al público; no queria dar música á nadie. Preferia consagrarse á otra cosa: al comercio, la bolsa, la industria..... cualquier oficio, por prosaico que fuera, ántes que el violín.

Hizo varias tentativas. Se metió en empresas industriales, y le engañaron. Su ineptitud para el tráfico le parecia un crimen; soy un idiota, pensaba el infeliz, nunca he servido para nada.

Y al verse torpe en los negocios más vulgares, que medianías sin cuento manejaban perfectamente, exacerbado su pesimismo, llegó á creer que ni mediano músico habia sido siquiera. Entónces se le representaba su sueño del arte renovado, de la *música sincera* como una vision de loco, como una estupidez trascendental. Y trabajaba en las ocupaciones que escogia, como quien cumple una penitencia, gozándose casi en la repugnancia que le causaba aquel género de trabajo tan contrario á sus gustos. Se habia hecho tímido como una liebre, escrupuloso, cominero. Daba al por menor una importancia irracional, con una especie de superstición. Hizo esfuerzos dolorosos por adquirir aptitudes que le negara la naturaleza. Pero todos estos martirios eran inútiles; la ruina de la familia iba á ser inevitable.

Rodriguez padre, que habia asistido como testigo mudo y acusador en su silencio á todas las derrotas de Ventura en las varias empresas que acometiera, le dijo al fin, despues de un desengaño que ponía á la casa en grave apuro económico:

— Ventura, no seas tonto.

— El hijo levantó los ojos hacia el padre, como pidiéndole perdón por aquellas tonterías que confesaba, que él tambien creía evidentes. — No seas tonto. Tú no sirves para nada más que para tocar el violín. Yo no puedo ya trabajar; ó tú vuelves á tocar el violín, ó tus padres, tu mujer y tu hijo se te mueren de hambre. Escoge.

Ventura escogió retorcerse las entrañas y volvió á ser violinista. Entónces fué cuando la cabeza se le llenó de cañas. El amor propio recibió tales golpes, tal lluvia de saetas, unas impresas, otras de viva voz, otras consistentes en hechos, tales como desaires, desdenes, desprecios, que de aquella vez Ventura se convenció de que algo se le moría dentro del alma. Era el amor propio, con todo lo que tiene de bueno y de malo, lo que se le moría.

Fuó como un resorte tirante que estalla; la primera impresión fué casi agradable, un respirar tranquilo, una suspensión de dolores agudos; despues, como un ángel que quisiera volar y encontrase roto el juego de las alas, el espíritu de Ventura se sintió como *perniquebrado*, arrastrando; ya no

pretendía volver al cielo del arte: tenía conciencia de aquel descalabro interior; sabía que estaba roto por dentro, que para él se había acabado toda ambición de tender las alas invisibles, en que había creído con fe tan acendrada. *Euterpe*, que había entrado en el año tercero ó cuarto de su publicación, volvió á hablar de Ventura Rodríguez, distinguido violinista.

Ya no le insultaba; tratábase con cierto tono de protección, contaba á los lectores pormenores de su vida, y hacía esfuerzos para persuadirles de que le oírían con gusto. Llegaría á ser una esperanza si se coñía á seguir el camino de los maestros Perez y Gomez.

El padre de Ventura procuraba que los periódicos no llegasen á manos de su hijo. Pero Ventura los leía en el café, se dejaba insultar como un muerto. Algunos críticos nuevos, que hablaban de música como si tuviesen el arte en estado de sitio y ellos fuesen capitanes generales, se encaraban con el violinista redivivo, y declaraban que había perdido mucho en el largo período de silencio en que se había obstinado. Le injuriaban los más atrevidos, y Ventura leía aquello como si se tratase de otro. Ya no quería más que el dinero que le valía su arte. En este punto era todo lo exigente que podía. Con los empresarios regateaba. Les ponía por las nubes su celebridad de otro tiempo, hablaba como un charlatan. Es más, aquellas teorías suyas de la música nueva, que eran implícita censura acerba de la manera de tocar sus rivales, las sacaba ahora á plaza, procurando ponerlas al alcance de aquellos profanos, incapaces de sentir la música de ningún tiempo ni sistema. Quería ver si así ganaba algo más, si se vendía más caro.

Poco á poco fué pagando algunas deudas, y hasta pudo mantener cierto lujo de su padre, que no podía fumar tabaco malo, ni beber vino comun.

Se figuraba el músico desacreditado que él era un vivo enterrado; todos sus colegas, los músicos, los compositores, los cantantes, los críticos, los aficionados, habían ido echando sobre su cuerpo un poco del polvo del olvido, y ahora estaba separado del mundo por una capa de tierra muy pesada, muy pesada. Se hablaba de él como de un aparecido. El *elemento joven* del arte y la crítica no le conocía ya, en cuanto le sonaba su nombre no sabía á qué....

Pero á él no le daba esto pena. Ni pena ni gloria, repetía por lo bajo. Y no atendía más que á ganar dinero para sostener los gastos de su casa.

Un día le llamaron para tocar en la inauguración de un café monstruo.

Rodríguez padre fué quien abrió la carta en que se le invitaba y se le ofrecía una buena suma.

—¿Supongo que no aceptarás?... ¡Esto es demasiado!

—Demasiado es todo,—contestó sonriendo Ventura—pero acepto.

—¿Que aceptas?

—Está muy bien pagado.—Y fué.

Por aquel tiempo empezaron á olvidarle los periódicos. Ni para humillarle le nombraban.

¿Tocaba peor que antes Ventura? No se puede asegurar que sí ni que no. Pero es cosa evidente que tocaba con menos fe, como una máquina. ¿Y la música sincera? ¿Aquella manera nueva de tocar que él estaba descubriendo? Aquello era su renacimiento. Ya no creía en aquel arte restaurado,

Había sido un sueño del orgullo; una extravagancia de una medianía que se revela y quiere ser eminencia, no por el camino recto, sino discurriendo novedades raras, absurdas.

Eso era él, según él mismo. ¿Cómo se había convencido de ello? ¿Con pruebas sacadas de sus estériles ensayos, de sus tentativas inútiles? ¡Oh! no por cierto, eso no. Ni un solo argumento, ni un solo sofisma había podido discurrir contra la nueva manera de la música que en los tiempos felices de la vigorosa inspiración, de la reflexión seria y sabia, se le había aparecido como una necesidad lógica del arte. Pues entónces, ¿por qué había perdido la fe? No lo sabía á punto fijo. Por todo lo demas, por culpa de *Euterpe*, de Rodríguez padre, del empresario, de Gomez, de Perez, por culpa del mundo.... ¡en fin, por el diablo! ¿qué sabía él? pero le daba vergüenza haber creído en su invención, y haber sacrificado á ella la felicidad de su familia.

Empezó á escasear el trabajo en la corte. No bastaba buscarlo con afán y sin poner condiciones: iba faltando *demandas*.... y Ventura admitió contratos con empresarios de provincias.

Dejó á su padre y á su madre en Madrid, y se fué á recorrer Andalucía y Castilla, Cataluña y Aragón con su violín, su mujer y su angelillo. Lo único que había salido como él lo había soñado.

Era hermoso como una flor su Roberto.—¡Adios, Madrid! Todo Madrid le había aplaudido.... y aquel todo Madrid se quedaba allá arriba.... entre aquellos faroles que se iban apagando en la niebla.... Pronto sería Rodríguez como un muerto olvidado; es decir, nada multiplicado por nada.... ¡Buen viaje!

## V.

El *Iris* se abría á las ocho de la mañana en invierno. Los mozos, soñolientos, barrián, limpiaban los bancos, deshacían las torres de sillas que había sobre las mesas, y se iban los más á dormir otra vez. Quedaban dos ó tres para el poco servicio de la mañana. Leía uno el *Diario*, periódico de primer orden en la provincia; otro jugaba con el gato. En el mostrador, silencio. El piano, bien cerrado y abrigadito con su funda verde, extendía su cola sobre la plataforma de pino blanco, majestuoso en su sueño de toda la mañana. Estaba la plataforma en medio de la sala, rodeada por un antepecho de madera pintada de azul y oro. Sobre un musiquero había algunos libros y piezas sueltas de música. Al otro lado del piano una silla alta forrada en terciopelo carmesí, oriunda de algun teatro. Allí se sentaba el señor de Madrid, la celebridad que cobraba cinco duros todas las noches y cenaba de balde. Los mozos del *Iris* no ocultaban su orgullo. La cerillera del portal, que vendía toda la prensa de Madrid y de provincias, oía con religiosa atención á Lucas, el mozo más viejo del *Iris*, por la milésima vez su maravillosa narración.

—El señor de Madrid fué contratado primero por esos granujas del café del *Gran Mundo*, esos tipos llenos de fantasía, que se están empeñando hasta las orejas por hacernos perder á todos.... pero, ¿ve V. cuánto rumbo y cuánto convite á los de los papeles? pues bueno, señora Engracia, por peso de más, peso de menos, el señor de Madrid se quedó sin la contrata y los de allá sin su músico. Entónces el amo,

que lo supo; el amo, que sabe gastar de véras y sin ponerlo en el diario, fué ¿y qué hizo? Pues nada, llamó al señor de Madrid y le dijo:

—¿Que los cinco duros? pues los cinco duros, ¿y que cena? pues que cena.

—Ahora los de allá, despechaos, claro, dicen que valiente ganga, que ellos hacen más ruido; que este señor de Madrid es un arruinado, un trasto viejo; y la verdad es que la gente se va al *Gran Mundo*, porque este pueblo, señora Engracia, no es filantrópico, y vamos.... que no sabe de música; pero V. lo sabe, V. le ha oído, el de Madrid toca como un ángel; y el pobrecillo pone una cara de bueno pa tocar....

La señora Engracia estaba de acuerdo con Lucas, y no había disputa; el mozo se volvía á retozar con el gato.

Por la tarde el *Iris* se llenaba de gente del campo, que en aquella tierra dejan sus faenas mucho ántes de que el sol se ponga. Con su manta al hombro muchos, casi todos con su pañuelo de colores atado á la cabeza, entraban con aire satisfecho, pisando fuerte y llamando recio al mozo.

De cinco á siete había música. Pero nada más que piano. El señor de Madrid tocaba por la noche.

El pianista ganaba cuatro pesetas y cenaba también. Era un viejo calvo, grueso, lacio, mustio. La expresion de su rostro era la de un carnero cansado momentos ántes de morir. Vivía de cobrar un tanto por ciento al clero catedral por derechos de habilitado, y de tocar el piano en el *Iris*. En lo mejor de su edad, á los treinta años, había compuesto habaneras y algunas variaciones sobre la jota; pero ya no escribía música, la copiaba y le iba mejor: se vendía, aunque barata. Él prefería la introduccion de *Semiramis*, *Safo*, *La Cenerentola*, pero el público quería novedades peligrosas, música francesa, una prostitucion. Y tocaba lo que mandaba el amo del *Iris*.

Méno mal por las noches, desde que había venido el señor Rodríguez, un violinista muy aceptable, de la buena escuela. Don Ramon Betegon, el pianista, concluida su tarea de la tarde se iba á comer y volvía al *Iris* á las ocho y media.

Ya estaba allí Rodríguez, con su mujer, su hijo y la niñera al rededor de una mesa cerca de la plataforma.

—Doña Cármen, muy buenas noches—decía Betegon.

Daba un beso á Robertito, un apretón de manos á Ventura y se iba al piano.

Razon tenía Lucas: los habitantes de aquella ciudad noble y leal no eran *filantrópicos*. El café estaba lleno, eso sí; pero no había lo que en aquella tierra, y en otras muchas, se llama todavía *personas decentes*.

Acudían muchos artesanos con los tiznes del trabajo en la cara, de mano callosa y torpe en el manejo de vidrios y lozas del servicio; abundaban los mozos de coches y carros, los pillastres de variadas profesiones, algunas ilícitas; había algunos soldados, casi todos con galones, más cabos que sargentos, y más distinguidos que cabos. Y sobre todo, muchos campesinos que viven en la heroica ciudad y son capaces de madrugar con el sol y acostarse tarde, por darse aires de señorío y *desembrutecerse* con el café y la música. Algunas mujeres honradas, de pueblo, acompañaban á sus maridos, padres ó hijos, mirándolo todo con curiosos ojos que no ven claro, saboreando el gusto con usura, hablaban en voz baja y tomaban su café con religiosa ceremonia, pensando en la importancia de los 25 céntimos que cuesta.

El sexo débil estaba más bulliciosamente representado por algunas mozas del partido, que ordinariamente guardaban la compostura debida, pero que á veces olvidaban su comedimiento riendo como en el lupanar. Algún prudente ¡chiss!.... de Lucas imponía silencio, y la buena crianza volvía á reinar en aquella reunion, donde los pobres procuraban adquirir uno de los vicios más necios de los que pueden gastar dos reales en lo superfluo y mucho tiempo en lo innecesario.

Una noche tocaba Ventura *Dichter und Bauer* (poeta y aldeano), y le acompañaba con mucho gusto el Sr. Betegon en el piano. Allí cerca, junto á la plataforma, Cármen, la digna esposa, el consuelo constante de tantas pesadumbres, apoyaba un codo en la mesa de siempre y contemplaba amorosa á su marido. Cármen era ya su único admirador; en realidad su único público. ¡Aquellos labriegos, aquellos artesanos le oían como quien oye llover! Se les había dicho que el señor de Madrid cobraba cinco duros (eran tres, pero se había convenido en decir cinco), y con esto tenían bastante: saboreaban el café y el placer de estar oyendo á un ricazo de la corte, que estaba allí para divertirlos á ellos. Entre los pillastres había quien le miraba con cierta insolencia, como diciendo: no creas que me asustas, yo he oído cosas mejores, he estado en Madrid y no me asombro por tan poco.

Al terminar una pieza sonaban algunos aplausos; era cuando querían que se repitiese, por gusto de hacer trabajar más á los músicos, por sacarle más jugo al real del café. Después de la repetición nunca se aplaudía, porque eso sería pedir otra repetición, y allí no se querían gollerías. Los domingos había muchos más consumidores; venían al *Iris* niños y perros, y el estrépito era infernal. Cuando algún trozo de música alegre les llegaba al alma, como un solo hombre los baturros pedían «¡La jota, la jota! Venga la jota....»

Cármen se ponía como un tomate allá abajo, en su banco pegado á la pared, y miraba al pobre Ventura como diciéndole:

—¡Perdónales, no saben lo que hacen!.... y á Ventura aquello de «¡La jota, la jota!» le sonaba como si dijeran—¡Crucifícale, crucifícale!

Cármen tomaba café en el *Iris*; el niño jugaba con la niñera, porque su padre quería tenerle cerca, le necesitaba allí para decidirse á ganar el pan de cada día. Á las diez, madre, hijo y criada se iban á casa muy tapaditos. Ventura no dejaba á nadie el cuidado de envolver á Roberto en mantones y pañuelos; le daba cien besos y le ponía en brazos de la muchacha.

Cármen se despedía con una sonrisa animadora.... y él les veía marchar, triste, con una tristeza dulce, lánguida, resignada; y entonces, á solas ya con su violín, entre aquel populacho bueno, pero sin ojos para sus penas ni para su arte, tocaba Ventura, sin conocerlo acaso, como en sus mejores tiempos, mejor tal vez, tal vez como lo pedía aquella su invencion de la música sencilla, sincera, buena, santa, de que ya no se acordaba, ó por lo ménos en que ya no creía. Y entre el ruido de las cucharillas, patadas, tuses, voces de «¡café! ¡que mancho! ¡maza! ¡El Imparcial!» sonaba el violín como una queja de un alma dolorida por pena eterna ante un Dios eternamente sordo á las quejas de las almas. Don Ramon Betegon, impasible, abofeteaba el piano y aprovechaba los solos de Ventura para dar tres ó cuatro chupaditas al cigarro.... Ventura tocaba entonces en el *Iris* como en su

jardín de Madrid; los parroquianos eran testigos tan inteligentes como los árboles..... peores, porque los árboles no pedían la jota.

## VI.

Como iba diciendo, una noche Carmen miraba desde su banco, apoyada en la mesa, á su querido mártir, como ella para sí le llamaba siempre. El público empezaba á acudir.

Suppé, interpretado, como decía Betegon, por Ventura, adquiría nueva gracia y dulzura.

Los ojos del violinista apenas se fijaban algunos segundos en el papel que tenía delante; miraba más á su mujer, con amor inagotable, tan puro y grande, como el primer día de novios. Se diría que de los ojos de Carmen una corriente eléctrica iba hasta los ojos de Ventura, y le llevaba consigo la inspiración, la habilidad artística, aquella *manera sublime de interpretar*, según el pianista.

Otras veces el violinista miraba á su hijo, que al pié de la plataforma iba y venía, ora procurando coger una pierna de su padre, para la que metía sus manos de muñeca entre las rejas, ora saltando al redor del piano, como si fuera mariposa, y la música luz que le atraía. Para seguir los movimientos del niño el padre vigilante necesitaba hacer mil contorsiones, sin dejar de tocar con aquella suavidad y elegancia exquisita de siempre: daba vueltas en redondo; se inclinaba, se ponía sobre las puntas de los pies..... parecía un músico *eccéntrico* que lucía su habilidad entre piruetas.

Después del *Poeta y el aldeano*, hubo un descanso de cinco minutos.

Don Ramon y Ventura fueron á sentarse junto á Carmen. Con la flauta del mundo tomó Betegon media copa de anís doble. Roberto se había subido á las rodillas de su padre, que le acariciaba con la barba y la mejilla, como si fuera su violín, inclinando sobre el niño la cabeza, con los ojos medio cerrados, pálido y triste, con una tristeza que estaba ya petrificada en las arrugas de su rostro. Podía Ventura sonreír, hasta reír á carcajadas: allí estaban las arrugas para protestar, como una fe de muerto de aquel espíritu que se vió adulado con el apodo de genio.

Don Ramon se levantó y volvió al piano. Le siguió poco después Rodriguez. Comenzaron la *Stella confidente*.

Entonces entró en el café un subteniente de caballería. Se sentó en una mesa que estaba enfrente de la mesa de Carmen. Pidió café, distraído. Tardó en notar que tocaban el piano y el violín. Atendió. Le gustaba aquello. Se sentó en otra mesa, más cerca del piano. Miró en derredor y echó de ver que allí no había más *personas regulares* que él y aquella señora..... que debía de ser la de uno de los músicos.

—¡Demonio! qué bien toca ese hombre, pensó, y llamó al mozo.

—Es el Sr. Rodriguez, un músico de Madrid.

—¿Rodriguez? Rodriguezo..... ¡Ah! sí, creo haber oído.....

El subteniente se puso el sable entre las piernas y clavó los ojos en el violinista. Positivamente estaba entusiasmado. Á los pocos compases le hizo acordarse de su madre, que estaba en el otro mundo, y de su novia, que le había dado calabazas. Era forastero, estaba muy solo y muy triste, tenía mucha nostalgia, según él llamaba á su aborrimiento, y aquella música le estaba llegando al alma. ¡Qué modo de tocar! ¡Y no hay aquí más que plebe!..... Él también había

tocado algo. Era la flauta, pero todo es tocar. Además era poeta. Sentía muy bien.

—¡Pues no se me saltan las lágrimas! —Mozo, una copa del *Mono*..... Y aquella señora debe de ser la suya..... es guapa. ¡Canario, yo lo creo, muy guapa!

También él era guapo. Alto, rubio, muy esbeto, de aspecto marcial como un dragon, pero de ojos dulces como un ángel. Y el bigote fino y bien peinado. Era muy guapo. Carmen le había visto desde el momento en que entró.

Había observado su atencion, su asombro, su entusiasmo, su enternecimiento. Pero cuando él la miró, ella separó los ojos y los fijó en su marido. Y así estuvieron: el militar yendo con la vista y el alma del violinista á Carmen, de Carmen al violinista.

Carmen mirando á su esposo con ligeza y viendo al subteniente.

Ventura, arrebatado por la música y la contemplacion de sus amores, Roberto y Carmen, no veía al de caballería. Terminó la *Stella*, y los músicos volvieron á la mesa. El público, que no quería repetir, no aplaudió; el subteniente abrió las manos, pero al ver aquella frialdad, se las metió *inictas* en los bolsillos. —¡Qué lástima! tenía que marcharse sin remedio. Era tarde, le esperaba el coronel. Pagó y salió visiblemente disgustado, según observacion de Carmen.

—Tendrá una ocupacion urgente —pensó— ¡esos militares!.....

Á la noche siguiente el de caballería se presentó á las nueve menos cuarto. Se trataba del *Non tornó*.

El sentimentalismo del amo del café se imponía hasta á los músicos que cobraban cinco duros nominales, tres en efectivo. Ventura vió entrar al subteniente, y no le cayó en saco roto aquel extraño consumidor de café y música. En una de las vueltas que daba con el violín en el brazo para seguir los juegos de Roberto, vió Rodriguez al simpático alférez, que tenía los ojos inflamados por la admiracion, la boca entrecubierta, la mirada fija en el músico. Dió otra vuelta y vió lo mismo. El alférez, no cabía duda, era un admirador. Ventura se lo agradeció en el alma: le echó mil bendiciones con el arco; y aunque haciéndose el desentendido, con una coquetería de artista, se esforzó cuanto pudo, tocó lo mejor que supo; y todo aquello iba dedicado al subteniente, á quien aparentaba no ver siquiera. Carmen notó que su marido se acercaba radiante, como si viniera de un gran triunfo; pero él no dijo nada.

—Está V. hoy contento —dijo D. Ramon, que siempre estaba triste, y sólo simpatizaba con los desconsolados.

—Sí, me siento bien hoy. Y además, el médico me ha dicho que lo de Roberto no es nada.

—Sin embargo, yo recomiendo el aceite de hígado de bacalao..... ese niño crece poco; mire V., parece un tapon.

—Pobrecito mio —exclamó la madre — te llaman tapon.

—Un tapon muy bonito, pero un tapon, señora..... Mire usted, apostaría que cabe en la caja del violín de su padre. Se le podría enterrar en ella.

—¡Jesus! —gritó Carmen estremeciéndose — no tanto..... y no lo quiera Dios.

Mientras la madre apretaba al niño contra su corazón, Ventura tembló reparando la caja del violín; en efecto, parecía un ataud para un angelito..... como un violín. Era de madera negra con chapas de plata.

—Stradella..... *Pietà, signore*..... dijo D. Ramon, y puso con solemnidad las manos sobre el teclado.

Ventura tocaba con una tristeza religiosa, que llegaba á las entrañas al subteniente. Pensó éste que aquello del infierno era muy verosímil. Pidió otra media copa de uvis del *Mono*, y se abismó en reflexiones religiosas. La existencia de Dios era evidente. Pero, á Dios gracias, era un Señor infinitamente justo y misericordioso, que no habia de incomodarse porque un subteniente aburrido se enamorase platónicamente de la mujer de un notable violinista. Porque, no habia para qué ocultárselo á sí mismo, él se iba enamorando de aquella señora. ¡Su posición y su postura eran tan interesantes! Además, él veía en ella un reflejo del talento de su marido. Él habia empezado, y seguía, admirando al músico como tal, pero no era cosa de enamorarse de él..... y..... naturalmente, se enamoraba de su mujer..... platónicamente.

Cármén se confesaba en aquel instante á sí misma que toda la noche habia pensado en el subteniente, que le era muy simpático, aparte de ser buen mozo; porque se le veía que admiraba á Ventura, que sentía aquella manera, que ella comprendía también, y muy á su costa por cierto.

La casta esposa notó al cabo que las miradas del alférez se repartían entre ambos cónyuges..... Pero no lo tomó á mala parte. Con no mirarle ella á él bastaba. Y precisamente para verle no necesitaba mirarle. Ventura volvió á tocar para su admirador; ya le quería, *sin saber por qué*.

—¡Qué vueltas da el mundo!— pensaba— yo desprecié á un público de inteligentes, de maestros..... ¡y ahora me sube á mí el agrado á un alférez que no sabrá ni tocar la corneta!.....

Ventura hacia prodigios de habilidad, de gracia, de elegancia; el violin lloraba, gemía, blasfemaba, imprecaba, deprecaba..... todo lo que quería el brazo. El entusiasmo y el enternecimiento del militar eran sinceros. Pero le gustaba la mujer del violinista, sin menoscabo del arte. La música le cargaba de electricidad, pero la electricidad se le escapaba al depósito común de las pasiones terrenas por los ojos de aquella señora.

Pasaron dias y dias. El subteniente debia de estar de guarnición, porque no se marchaba. No faltaba ni una noche al *Iris*. También Ventura le veía en sueños. Le veía, vestido de capitán general, acercarse á él, que estaba en un trono; y despues de muchos saludos con el tricorno, le entregaba una corona de laurel y oro, y se marchaba, andando hacia atras y con grandes reverencias. Rodríguez ya se atrevia á sonreír frente al alférez, y á dedicarle sus saludos cuando habia aplausos.

Una noche, que se pidió la jota, le agradeció mucho que impusiera silencio á un baturro, que gritaba:

—¡Otra, otra, pues!

Pero no quería hablarle. Prefería tener aquel admirador á distancia. Acaso seria un majadero— aunque no lo encontraba probable— y era preferible no conocerle. Así se podía figurar en él al mismo Wagner disfrazado.

El subteniente tampoco deseaba acercarse. Se le antojaba indigno de su nobleza valerse de la amistad para probar fortuna; todo queria deberlo al poder de sus ojos, nada á la falsedad de una estratagema.

Ventura dijo una noche á su mujer:

—¿No te has fijado en aquel subteniente?

—¿Cuál?

—Aquél, no hay más que ése. Viene todas las noches. Creo que le gusta lo que toco.

—No tendria nada de particular— contestó ella.

Siempre habia sido Cármén muy fiel esposa. Amaba y admiraba á su Ventura. Pero hacia muchos años que en las caricias, en los cuidados, en las confianzas del músico, habia una profunda tristeza, una desesperacion resignada, atónita, humilde, casi servil, que daba frio y sombra en derredor: parecia el contacto de aquel dolor mudo, el contacto de la muerte; no era posible respirar mucho tiempo la atmósfera de desconsuelo en que Ventura vivia: todo organismo debia sentir repugnancia cerca de aquella frialdad pegajosa..... la intimidación del músico amenazaba con una especie de asfixia moral.....

## VII.

Una noche, en Semana Santa, ideó D. Ramon Betegon una especie de concierto sacro, y despues de otras cosas se tocó el *Stabat Mater*, de Rossini. La música religiosa le daba á Ventura escalofrios. Un sacerdote de esos que tiemblan con la hostia en la mano, puesta toda el alma en el misterio, no consume con mayor unción y pureza de espíritu que las que habia en el alma de Ventura al hacer llorar á los ángeles y genir á María en los sonidos de su violin, su sagrario.

Aquella noche, hasta los baturros entendían algo, y habia en el café un silencio de iglesia. El subteniente estaba en su sitio; Cármén en el suyo, toda de negro. Ventura, en el momento en que hablaba con el violin de la soledad de la Virgen al pié de la Cruz, fija la mirada en su esposa, notó en el rostro de ella una dulcísima sonrisa que no iba hacia él; volvióse, y tuvo tiempo de ver llegar aquella corriente de amor triste y lánguido al rostro del alférez, que recibió la sonrisa hesándola con otra..... *Dum pendebat filium*, decía el violin á su manera, mientras Ventura se ahogaba. Tuvo valor para seguir espiondo miradas y sonrisas..... Iban y venían, y él las sorprendía, no en el camino, que allí eran invisibles, sino al llegar á Cármén, ó al llegar al alférez. ¡Qué sonreír, qué mirar! Y ellos, ¡qué ciegos! no veían que el los observaba. Ya se ve, el éxtasis los tenía esclavos; la música sencilla, sincera, que sonaba allí en toda su grandeza, en el lamento religioso..... los arrastraba á regiones de luz, al mundo invisible de la poesia. Era él quien les facilitaba aquel palacio encantado del sueño de amor..... ¡Infames, infames! debió de decir el violin también, porque se puso ronco de repente, desafinó de manera terrible. Betegon volvió la cabeza..... y vió á Ventura con la suya hundida entre las manos y las manos apoyadas en el antepecho de la plataforma. El violin estaba en el suelo, rató bajo los piés del Sr. Rodríguez.

## VIII.

Cuando aquella noche, suspendido el concierto, por indisposición del violinista, volvieron á casa Cármén y Ventura, Roberto, que se habia quedado en casa muy dormidito, despertó con dolor en la garganta. Otro tenía, en la garganta también, su padre; pero al ver al niño calenturiento, medio ahogado, Ventura se sintió bien de repente, ó mejor, no volvió á sentirse. Ocho dias duró la enfermedad del niño, y en todo ese tiempo el padre no pensó en sus propios males, Cármén

men nada sabía de las nuevas penas de su esposo, pues creía que era un secreto para él y para el mundo entero su debilidad, que ella misma maldecía. Velaba al pié de la cuna, queriendo satisfacer con la penitencia del amor de madre puesto en tortura las culpas de pensamiento de la esposa infiel.

Ni una palabra de Ventura pudo hacerle sospechar que su falta estaba descubierta.

Roberto murió á los ocho días. Cármen estuvo enferma de peligro. Ya convaleciente, Ventura le dijo:

—Cármen, tu madre podría cuidarte muy bien, mejor que yo. Allá en tu pueblo hay otros aires..... Allí la salud vendrá de prisa.

—Sí, vamos..... contestó ella.

—No, yo no. Vas tú sola.

—¿Y tú?

—; Yo me quedo..... con mi hijo!

### IX.

Bien se acordaba; á Roberto le habian metido en una caja estrecha y larga, es decir, no muy larga; ; el pobre niño era tan chiquitín! Habia crecido poco. ; Qué importaba ya? La caja tenia chapas de metal blanco y estaba pintada de azul.....

Ventura se vió solo en su casa. Ya podía hacer lo que quisiera. Si era una extravagancia, que fuese..... Demasiadas veces se habia sometido á los caprichos de los demas. Y ahora iba él á hacer su gusto. Ya estaba de acuerdo con el guarda del cementerio. Su dinero le habia costado. Salió á las doce de la noche; debajo de la capa llevaba un bulto, que no debia de pesar mucho. Ventura corria por la carretera; despues dejó el camino real; tomó á la izquierda..... allí era..... aquella masa negra. Llegó á una verja..... dió tres golpes en el hierro. Abrieron.

—¿Es V., señorito?

—Sí, Ventura.

El guarda se llamaba como él. Era un viejo con cara risueña.

—Venga V. por aquí. Cuidado no tropiece V. con las cruces. No haga el menor ruido, no se despierten los perros..... ; Ya están aquí! ; ve V.? ; Silencio, Canelo; chito, Ney!.....

La luna se asomó para ver la extraña ceremonia.

—Con franqueza, señorito; yo me fio de V..... pero..... la verdad..... en esa caja cabe un recién nacido y algo más gordo..... Yo no digo que haya trampa..... pero..... la verdad..... ver y creer.

Ventura respondió:

—¿Dice V. que es aquí?

—Sí, señor, debajo de esa cruz amarilla está el chiquitín.

Ventura se sentó en el suelo. Apoyó un codo en el bulto que puso á su lado sobre la tierra, y dijo:

—Cave V., Ventura.

Cavó el otro Ventura, y pronto tropezó el hierro con la madera.

—Ya está ahí.

—Limpie V. otro poco, que se vea la tapa.....

Se vió la tapa azul, ya muy sucia y raída..... El músico se tendió á lo largo en el camposanto.

—Ahora, meta V. eso ahí dentro.

—Señorito..... yo quisiera.....

—Abra V. con esa llave.

Ventura cogió el bulto que habia traído Rodriguez. Era una caja negra, parecida á un ataúd de niño, y tenia chapas de plata. El guarda abrió y vió dentro un violin con las cuerdas rotas.

—Ahora haga V. lo convenido.

La caja negra cayó sobre la azul, y encima fué cayendo la tierra. Ventura Rodriguez se habia puesto en pié, al borde de la sepultura. El enterrador, que trabajaba inclinado, se irguió de repente y miró con miedo al músico..... ; Un hombre que enterraba un violin!..... ; Si seria!.....

Rodriguez adivinó el pensamiento, y sonriendo, dijo:

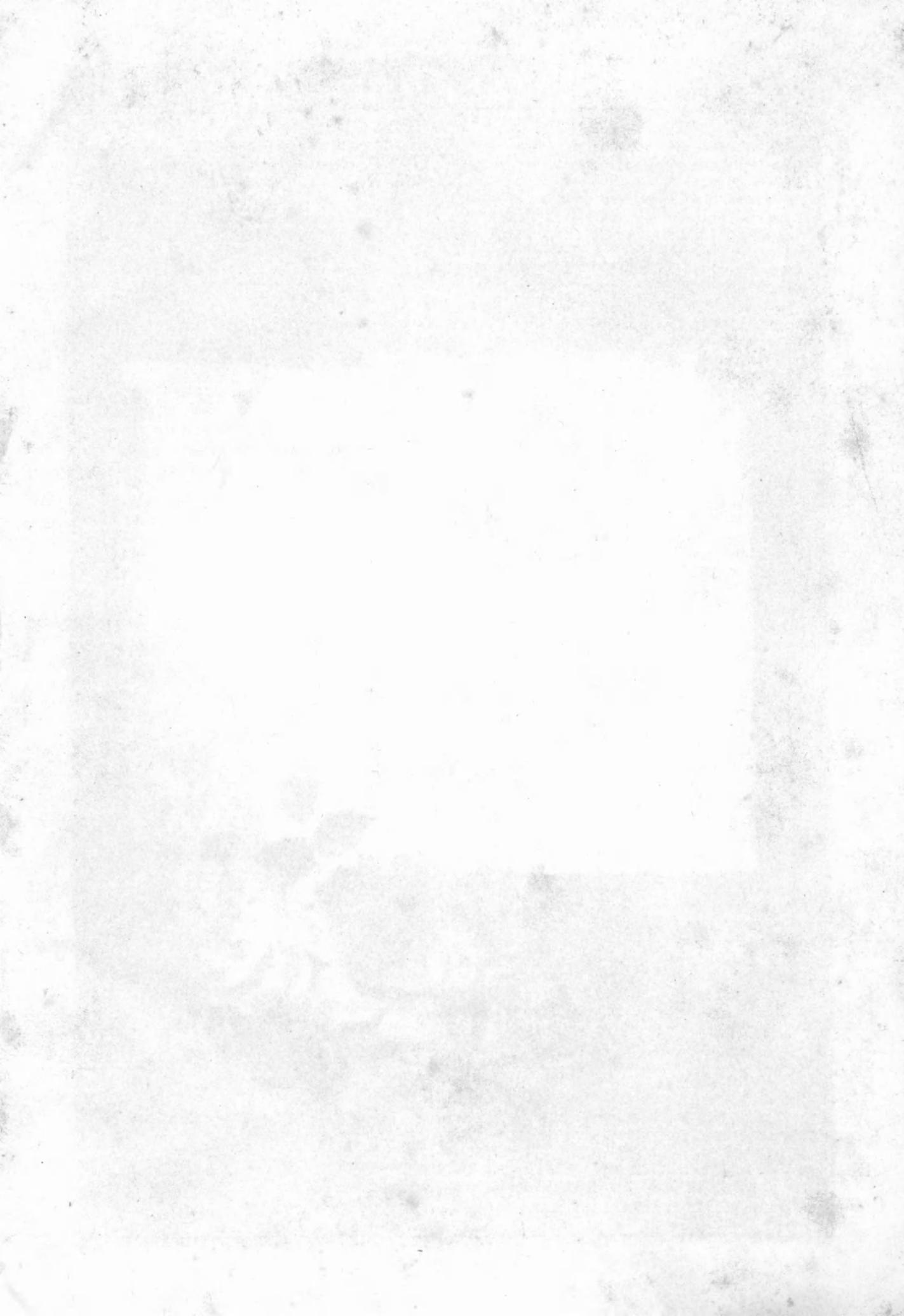
—No tema V.; no estoy loco.

CLABIN.



CAMAFEO ANTIGUO.

( De la obra *La Gravure*, A. Quantin, editor, Paris.)





1884



LA MODA ELEGANTE

PERIODICO ESPECIAL

DE

*Señoras y Señoritas*

INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

*Se remiten prospectos y numeros de muestra, gratis,  
a toda Señora que lo solicite*

Administracion, Carretas 12 p̄ral

MADRID



AÑO XLIII



